

DAD AUT
CIÓN GEN



CAMERO
ORTE
ED
REAS

DP219

.2

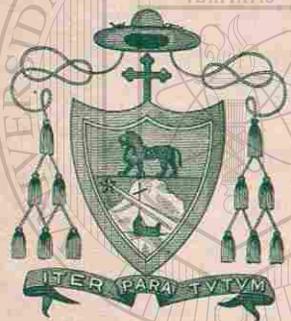
3
C. 1

ALU

006752



1080020206



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

*La casa de Don Carlos
que es el*



EL CAMPO Y LA CORTE
DE
DON CARLOS.

UANTL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL CAMPO Y LA CORTE DE DON CARLOS.

Narración histórica de los sucesos acaecidos en las provincias del Norte desde el momento en que Maroto tomó el mando del ejército carlista hasta la entrada de don Carlos en Francia, acompañada de documentos justificativos y notas aclaratorias.

TERCERA IMPRESION.

ADICIONADA

CON EL

CONVENIO DE VERGARA

y otros documentos relativos á la pacificación de las provincias vascas y correspondencia en re lord Palmerston y los agentes británicos, presentados por el gobierno inglés cerca del general del Duque de la Victoria, al parlamento en el mes de marzo de 1840; con varios datos curiosos para la historia de la guerra.



MADRID, *Cañilla Alfonso*

BOIX, EDITOR.

Impresor y Librero, calle de Coaratas, núm. 3.

FONDO METEORIO
1840
VALLEJO Y LITES
43677



DP219

2

C3



Esta obra es propiedad de su editor, y todos los
ejemplares llevarán su rúbrica.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

5586A

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

El restablecimiento de la paz en las provincias vascongadas ha sido de tanta importancia y trascendencia, que no puede menos de llamar por mucho tiempo la atención de los hombres pensadores de dentro y fuera de España; y como las causas que le prepararon están tan íntimamente ligadas con los sucesos que ocurrieron en el campo de don Carlos algu-

006752

nos meses antes de su fuga á Francia, interesa altamente que se reúnan todos los documentos que puedan servir para juzgar bien acerca de aquellos sucesos, á fin de que algún día la imparcial historia pueda presentar la verdad de los hechos, y dar á cada uno lo que le corresponda. ¡De cuán diferente manera estarían escritas algunas historias si sus autores hubieran podido juntar suficiente copia de datos para juzgar bien del carácter de las personas y de la parte que cada una había tenido en los acontecimientos que se proponían describir! La necesidad de tener documentos auténticos, y en cuanto es posible contemporáneos, para trazar con fidelidad el cuadro de la historia, está demostrada por el ardor con que en el día los escritores de Francia é Inglaterra buscan y desentierran de

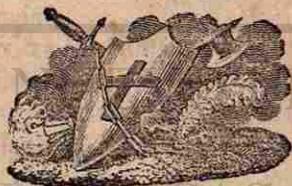
entre el polvo de los archivos las crónicas antiguas para rectificar los errores que pueden hallarse en las historias de diferentes naciones y diversas épocas, y es de creer que los historiadores de la presente, y de las que le sigan, no carecerán de datos para escribirlas con exactitud; pues la imprenta, y sobre todo la imprenta libre, suministra medios de multiplicarlos y conservarlos, que no tuvieron á su alcance los que nos precedieron.

El deseo de contribuir por nuestra parte á reunir los materiales necesarios para levantar algún día el edificio de la historia de la presente época, es el que nos ha movido á traducir y publicar la presente relación, pero al hacerlo creemos de nuestro deber declarar solemnemente que este ha sido nuestro único objeto, y que estamos muy distan-

tes de querer agraviar á ninguna persona en particular con su publicación. Cada una de las interesadas en el drama de que se trata, cualquiera que sea su color político ó el partido que haya abrazado, tiene libre el campo de la imprenta para desmentir los hechos que en este escrito encuentre adulterados: nosotros no hacemos mas que darlos al público, tales como los ha presentado el autor, suprimiendo únicamente algunas palabras que pudieran parecer siempre mal sonantes, y añadiendo algunas notas que nos han parecido oportunas, y que irán al pie de las respectivas páginas, para que no se confundan con las puestas por el mismo autor, que van todas reunidas al fin de la obra.

Nos persuadimos de que despues de hecha esta declaración, nadie tendrá derecho á darse por ofendido de

la publicacion de la presente obra, pues respecto á la inexactitud de alguno ó algunos hechos, no está en nuestra mano rectificarla, si la hay, porque nunca hemos tenido relaciones de ninguna especie en el palacio de don Carlos, como seria necesario para corregir por nosotros mismos tales inexactitudes; y por lo mismo solo podemos responder de que la obra que ofrecemos al público es una exacta traduccion de la publicada en Francia por Mr. Michell.



PROLOGO DEL AUTOR.

El objeto de esta obra es poner á la vista del público una narracion sencilla é imparcial de los sucesos mas notables que han ocurrido en las provincias del norte de España, desde el instante en que Maroto tomó el mando del ejército hasta el dia de la entrada de don Carlos en Francia.

Para evitar la confusion que pudiera presentar la historia de una época tan fértil en intrigas y maniobras de toda especie, he creido conveniente dividir esta obra en cuatro capítulos : el primero contiene una relacion de los hechos militares de Maroto ; el segundo sus actos particulares, ó la parte secreta de su historia, con un bosquejo del interior

del palacio de don Carlos; el tercero presenta una narracion fiel y detallada de la insurreccion de Vera; y el cuarto un examen del estado en que se hallaban las provincias del norte de España en el momento en que Maroto se pasó á los cristinos.

Testigo ocular de los sucesos de aquellas provincias desde el principio de la guerra civil, he recogido documentos preciosos y notas interesantes; y mi intimidad con todos los personajes influyentes en la corte, y en el ejército de don Carlos, me ha puesto en el caso de obtener ciertos datos, con cuyo auxilio puedo ofrecer al público una obra útil, y que acaso no carecerá de interés.

Antes de tomar la pluma he titubeado mucho tiempo; pues conocia que era temeridad tratar de escribir en una lengua extranjera; mas despues de haberlo reflexionado maduramente, me he persuadido de que el mérito del estilo debe ser el menos importante en una obra del género de la que publico, y he creido que bajo este punto de vista podria contar con la indulgencia de mis lectores.

Despus de los acontecimientos de que se trata, se han publicado un gran número de folletos, unos en favor, otros en contra del

general Maroto; pero en todas esas producciones el público no ha podido hallar sino las opiniones personales del autor, mas ó menos influidas por el espíritu de partido. No pretendo estar mas exento que otro de esta debilidad, y si me hubiera entregado ciegamente á mi inclinacion, creo que hubiera podido probar mucho en favor de las opiniones que yo profeso, con razones poderosas y concluyentes; pero habiéndome propuesto escribir una narracion histórica, me veo en la precision de atenerme á los hechos, tales como han ocurrido, y como puedo probarlos con documentos auténticos, y otros testimonios satisfactorios.

Me he querido concretar á referir los sucesos ocurridos desde el mes de junio de 1838; pero para que el lector pueda formar un juicio mas acertado, es necesario hacer antes algunas observaciones.

Una de las razones alegadas por Maroto para justificar su conducta, es que Espartero tenia un ejército tan considerable que le era imposible oponer una resistencia ventajosa. Yo no me hubiera detenido á refutar este aserto; pues todos los que han seguido la marcha de la guerra civil en España, saben cuán ridiculo es; pero deseo evitar que se

equivocuen los que no se hallan en aquel caso, y voy á demostrar que desde el principio de la insurreccion de las provincias, los carlistas han tenido que luchar siempre contra fuerzas superiores.

En marzo de 1834 el ejército carlista se componia de 500 vizcainos, 1500 alaveses, 1500 guipuzcoanos y 500 navarros, todos muy mal armados, algunos 50 caballos y ni una sola pieza de artilleria; veíase perseguido sin descanso por 12000 hombres de tropas de linea, infanteria y caballeria, y por una artilleria numerosa; pues á pesar de esta inmensa desproporcion, los carlistas hicieron la guerra con feliz éxito, y sus filas se fueron engrosando al paso que quitaban armas á sus enemigos.

Desde aquella época hasta 1836 los dos ejércitos fueron aumentando gradualmente, pero siempre la ventaja del número estuvo de parte de los cristinos, y la prueba de esto se encuentra en un documento oficial de 31 de mayo de aquel año, del cual resulta que el general Córdoba, tenia á sus órdenes en las provincias del norte 320 gefes, 2828 oficiales, 100822 infantes y 4685 caballos; cuando al mismo tiempo Eguía, general en gefe del ejército carlista, apenas podia disponer

de 27000 hombres entre infanteria, caballeria y artilleria. ¿Cedió acaso Eguía el terreno á Córdoba, á pretesto de que no tenia bastantes tropas para resistir? No por cierto: antes bien todos los esfuerzos hechos por Córdoba para entrar en las provincias fueron inútiles; siempre fue rechazado con pérdida, y constantemente se declaró la victoria por los carlistas (*).

Los cristinos continuaron reforzando su ejército, primero con la legion portuguesa, y despues con la quinta de Mendizabal: los carlistas se robustecieron tambien con desertores y prisioneros que se incorporaban en los batallones.

Ademas de la ventaja del número, los cristinos tenian otras muchas, pues resulta de un documento presentado á la cámara de los comunes de Inglaterra por lord Palmerston, que el gobierno inglés ha suministrado al de Madrid desde el mes de diciembre de 1834, hasta el 6 de abril de 1838, los efectos si-

(*) No debe perderse de vista que el autor de la obra pertenece á este partido, y que escribe, como es natural que lo haga con esa circunstancia; y aunque en algunas cosas pudiera muy bien refutársele, nos parece inútil hacerlo, porque tratándose de hechos tan públicos, existen suficientes documentos para probar en cualquiera tiempo la verdad.

guientes: 321600 fusiles, 10000 carabinas, 3600 pistolas, 10000 espadas, 4000 carabinas rayadas (*rifles*), 6 millones de cartuchos de fusil, 19856 cartuchos de cañon, 938531 libras de pólvora, 39359 cajas y barriles, 27 cañones de hierro, 12 morteros del mismo metal, 24 piezas de campaña, 14 de grueso calibre, 12 carros de municiones, 18472 balas de cañon y bombas, y 1000 reposteros ó cubiertas.

Un cañon de hierro de 18, 6 carronadas de 18, 30 fusiles, 40 pistolas, 40 espadas, municiones, balas de cañon, etc., etc., para la goleta *Isabela*. Dos cañones de hierro de 32, 80 fusiles, 40 pistolas, 100 espadas, 40 picas y municiones, balas, etc., para el buque de vapor *Isabel II*.

Quince mil fusiles, 1200 carabinas, 8550 pistolas, 1000 espadas, 600 carabinas rayadas (*rifles*), 5608000 cartuchos de fusil, 22023 cartuchos de cañon, 13018 libras de pólvora, 11429 cajas y barriles, 26 cañones de cobre, 2 obuses de hierro, 4730 cohetes á la congreve, 350 cohetes para señales, 18487 cohetes, 13942 balas de cañon y bombas, 90 carros para los cohetes, y muchos objetos para hospitales, etc., etc., con destino á la legion inglesa.

La cantidad de municiones suministrada por el gobierno francés durante la misma época es inmensa.

De 1836 á 1837 los carlistas ganaron terreno, se apoderaron de varios fuertes, y de casi toda la costa de Cantabria; destruyeron la legion británica, diezmaron la portuguesa, y redujeron á un esqueleto la estrangera que habia enviado el gobierno francés.

En octubre de 1837 volvió don Carlos á las provincias, despues de haberse adelantado hasta las puertas de Madrid: su ejército estaba desmoralizado y hecho victima del hambre y de todo género de privaciones. En tal estado se encargó su mando en jefe al general Guergué, confiándose el de Navarra al general don Francisco Garcia. Espartero que contaba con fuerzas, por lo menos triples, y cuyos soldados estaban entusiasmados por la victoria, pues habian hecho correr á don Carlos y su ejército, obligándole á pasar el Ebro, no sin peligro, amenazaba todos los dias con su entrada en las provincias, y en las proclamas que dirigia á sus tropas les prometia el triunfo, y la total destruccion de los carlistas. Mas á pesar de estas amenazas y promesas, á pesar del estado de indiciplina en que se encontraban los carlistas, y de la carencia

casi completa de municiones, vestuarios y dinero, su posicion se restableció tan bien en el corto espacio de tres meses, que Espartero tuvo que estar á la defensiva; y Alaix, yrey de Navarra por los cristinos, se veía reducido á una situacion tan triste á consecuencia de las maniobras militares del general Garcia, que escribió á Espartero un oficio, que fue interceptado por los carlistas, cuyo contenido era el siguiente:

« Excmo. señor. Me veo en la triste necesidad de recordar á V. E. lo que tantas veces le he escrito acerca de las privaciones y sufrimiento de las tropas de S. M. en este vireinato. Penoso me es tener que hablar de nuevo de este punto, pero los males han aumentado de una manera espantosa, y mi deber me obliga á recurrir á V. E. para que trate de remediarlos antes que sea demasiado tarde.

« V. E. no ignora que los auxilios distribuidos á las tropas en el mes de diciembre último fueron reducidos; lo que he podido proporcionarme desde entonces para pagar á las que estaa empleadas en un servicio activo, apenas ha bastado para dar una sesta parte de paga á cada individuo.

« Pero no solamente falta el dinero, sino

que en cada batallon hay un gran número de soldados que hace mucho tiempo estan sin camisas; batallones enteros no tienen mas pantalones que de lienzo á pesar del rigor de la estacion, y es positivo que muchos soldados no pueden salir del cuartel porque estan enteramente desnudos. No hay un solo hombre que tenga zapatos, ni es posible dárselos, porque los almacenes estan vacios. Sin embargo de todas estas privaciones, los soldados cumplen con su deber, pero es muy peligroso es ponerlos á tan duras pruebas en un momento en que el enemigo adquiere cada dia nuevas fuerzas, y recorre á su arbitrio las provincias. El tenerlos asi es esponerlos á que falten á la disciplina y á la obediencia, cuando necesitamos reunir todos nuestros esfuerzos para resistir al enemigo y conservar lo que todavía poseemos.

« Cuando V. E. tan justamente castigó á los principales autores de los excesos cometidos en esta ciudad el mes de agosto último, muchos de los criminales consiguieron librarse del castigo que merecian sus delitos; pues es de temer que estos, prevaleiéndose de mi triste situacion, se aprovechen de ella para fomentar nuevos desórdenes, sobre todo ahora que el enemigo, contenido entonces por

las líneas militares del Arga superior é inferior, recorre el país en todas direcciones y bloquea esta plaza de tal manera, que para ir á buscar algunas raciones me veo precisado á poner en movimiento todas las tropas que tengo á mis órdenes. Algunas veces aun los convoyes tienen que sostener ataques, y mis heridos no pueden ingresar en los hospitales, porque estos establecimientos se hallan desprovistos de todo. En estos combates sin resultado alguno, se gastan muchas municiones, y el comandante de artillería ha presentado un informe en que anuncia que quedan muy pocas. Muchos fusiles se han puesto inservibles, y no tengo con qué reemplazarlos; y en una palabra, nos falta todo á la par, en un momento tan crítico. Es imposible ocultar nuestra deplorable situación, y cuando el enemigo sepa la estension de nuestra miseria se hará mas emprendedor; por consiguiente puede temerse todo en un país en que las simpatías del pueblo son contra nosotros.

«No exagero el mal, pero me veo precisado á pintársele á V. E. tal como es, á fin de que le aplique algun remedio. Tampoco me espanta su vista, pues en tanto que yo mande, ni se verá triunfar al enemigo, ni se renovarán los excesos del mes de agosto últi-

mo, pero mis trabajos y mis sacrificios no salvarán el país, y ya que yo no pueda mejorar la causa de la Reina, no quisiera tampoco verla empeorar. Para esto necesito recursos, y mientras no los obtenga no dejaré de levantar mi voz para reclamarlos. Estoy dispuesto á hacer el sacrificio de mi existencia, pero no puedo tomar sobre mí la responsabilidad de las desgracias que preveo, y que no me será posible evitar en la situación en que me encuentro.»

«Dios guarde á V. E. muchos años. Pamplona 28 de enero de 1833.»

Isidro Alaix,
Virrey de Navarra.

Tal era el estado floreciente y próspero en que los cuidados de los generales Guergué y García habian puesto al ejército carlista, seis meses antes que Maroto tomase el mando supremo de él. Es verdad que desde principios de 1838 hasta junio del mismo año sufrieron los carlistas dos reveses bastante importantes, á saber, la destruccion total de la expedición que mandaba el conde de Negri (1), y la pérdida de Peñacerrada. En cuanto á la primera, sin temor de ser acusado de excesiva malignidad, se podrian sacar de ella consecuencias muy poco favorables al conde de Ne-

gri, pues mas de 1500 hombres, de las mejores tropas carlistas, se dejaron cojer prisioneros sin disparar un tiro por 120 hombres de caballería que formaban la escolta de Espartero. El conde de Negri, que los mandaba, fue casi el único que se libró de aquel desastre, y huyó á Aragon de donde vino poco despues á las provincias para desempeñar en ellas el papel de amigo y confidente de Maroto. El fue quien le sostuvo cuando ocurrieron los sucesos del mes de febrero de 1839: él el que Maroto eligió para llevar sus mensages á don Carlos, y él en fin, el que ha sido gefe de estado mayor de Maroto hasta la vispera de su paso á los cristinos.

Para contrabalancear estas pérdidas, Cabrera habia obtenido grandes ventajas en Aragon, y el conde de España en Cataluña; la Mancha estaba cubierta de partidas carlistas; la insurreccion de Galicia adquiria cada dia mayor consistencia; el tesoro estaba bien provisto, el ejército de las provincias vestido de nuevo, los víveres y municiones eran abundantes, y Merino y Balmaseda traian de Castilla cuatro batallones de infantería, y cerca de 500 caballos; de manera que puede decirse sin temor de ser desmentido, que el ejército carlista, poco despues de haber tomado

el mando Maroto, se hallaba en una situacion mas brillante que la que jamás habia tenido desde el principio de la guerra civil.

Las fuerzas que atacaron á Rmales bajo las órdenes de Espartero, no eran proporcionadas á las de Maroto, pues este tenia en su favor fuertes, parapetos, posiciones naturalmente dificiles y que el arte habia hecho inexpugnables, y desfiladeros en que todo el ejército cristino hubiera debido perecer si los carlistas hubiesen tenido á su frente á cualquier otro gefe que Maroto, mas no sucedió así, porque este habia decidido de la suerte del ejército, y él y no Espartero, fue quien venció á los carlistas.

Háse hablado mucho de una transaccion entre los carlistas y los cristinos, y todos los que, contra el interés de la causa carlista, han apoyado á Maroto, dan por motivo y disculpa de su conducta el que creian que este general trabajaba para verificar una transaccion honrosa entre los dos partidos. Esto podrá ser cierto; pero si de buena fe creyeron que el mejor medio de obligar á los cristinos á que aceptasen una transaccion favorable á los carlistas era permitirles que se apoderasen de casi todas las provincias, no podrán negar que tuvieron bien poca sagacidad poli-

tica, y sin insultarles se les puede muy bien acusar de que carecieron de sentido comun. Hallándose los carlistas dueños de las provincias del Norte, y siendo Cabrera poderoso en Aragon, Valencia y Murcia, como igualmente el conde de España en Cataluña, podian sin duda proponer y obtener una transaccion concebida en términos muy diferentes de los que pudieran ofrecérseles, poseyendo Espartero el centro de las provincias, y hallándose su ejército debilitado y corrompido por el engañoso grito de *Paz y Fueros*.

¿A quién se podrá hacer creer que hombres como el P. Cirilo, arzobispo de Cuba, el P. Gil, superior de los jesuitas, Montenegro, y otros sugetos muy conocidos por su capacidad para la intriga, se dejaron engañar por Maroto hasta el punto de creer que Espartero sin embargo de ir ganando terreno, continuaba tratando de una transaccion honrosa y ventajosa para los carlistas? Seria ciertamente juzgarlos de una manera muy poco satisfactoria para su amor propio, y de que no tendrian motivo para quedar contentos, pues á la verdad seria demasiado ridiculo.

Desde el principio de la guerra, siempre que la causa carlista consiguió algunas ventajas importantes, los cristinos recurrieron á

las tentativas de transaccion. En marzo de 1834 hizo ya Quesada proposiciones de esta naturaleza al valiente Zumalacarreui, mas la respuesta de este guerrero fue digna de él: «Te perdono ese insulto, le dijo, en favor de nuestra antigua amistad, y el dia del triunfo solicitaré tu perdon de mi muy amado Rey.»

En enero de 1835, el general Alava por medio del duque de Wellington, dió pasos para que se hiciese una transaccion, cuyos términos principales eran que don Carlos renunciaria todas sus pretensiones á la corona de España, y en virtud de esta renuncia Isabel II, reina de España, se casaria con el hijo primojénito de aquel príncipe, se publicaria una amnistia general, etc. etc. La respuesta de don Carlos á estas proposiciones que se le hicieron, no oficial sino confidencialmente, fue: «Jamás consentiré en abdicar ni renunciar mis derechos al trono de mis antepasados: nunca abandonaré á mis valientes defensores, y confiando en la justicia de mi causa y en la divina Providencia, quiero vencer ó morir combatiendo.» (*)

(*) La conducta posterior de don Carlos ha demostrado que es mas fácil ser héroe en las palabras que en las obras, pues cuando ha llegado el momento crítico, ni ha vencido, ni ha muerto combatiendo.

Desde entonces hasta el momento de la destruccion del ejército carlista, existió siempre en las provincias un partido dispuesto á entrar en una transaccion, pero estoy íntimamente persuadido que este partido fundaba casi toda su fuerza en los descontentos civiles y militares. Varios oficiales de elevada graduacion que se veían en desgracia, ó procesados por diferentes motivos, se hicieron transaccionistas, porque estaban seguros de que si don Carlos triunfaba jamás serian empleados; y otros por motivos particulares, ó intereses propios, se colocaron bajo el mismo estandarte; ninguno de todos estos procedia con sinceridad; pero habia además en las filas del ejército un gran número de individuos, partidarios sinceros de una transaccion honrosa, que consentian en ella por creer que don Carlos la deseaba, y suponer que la transaccion que se hiciese jamás atacaria los principios que defendian. Maroto supo sacar provecho de esta disposicion de los ánimos, preparada por él y sus agentes, y engañó á todos los partidos.

En medio de todo, debe hacerse justicia á don Carlos, y reconocer que ha estado siempre firmemente persuadido de que su causa era justa, y que tarde ó temprano habia de

triunfar su derecho. Asi es que desde el principio de la guerra civil, trató de concentrarla entre los españoles. En 1835, pasando por un pueblo pequeño, le felicitó el ayuntamiento por haber entrado en el ministerio inglés el duque de Wellington, y don Carlos le respondió: «No admito vuestras felicitaciones por ese motivo, porque yo miraria como una gran desgracia que cualquiera de las potencias estrangeras se decidiese á intervenir con las armas, ya en mi favor ó ya en favor de Isabel. La cuestion es española, y los españoles solos deben decidirla.»

En otra ocasion, observando uno de sus oficiales que si el duque de Wellington llevase á cabo una no intervencion efectiva, carlistas y cristinos podrian proporcionarse igualmente armas en Inglaterra, respondió don Carlos: «Yo no deseo obtener armas de Inglaterra, antes desearia que esa nacion y todas las demas se abstuviesen de suministrar nada, pues la guerra reducida únicamente á los recursos que tiene cada uno de los dos partidos se terminaria mas pronto, y el triunfo resultaria infaliblemente en favor del mas fuerte.»

El gobierao de Isabel ha adoptado otro sistema de política y colocado el trono cons-

titucional bajo la proteccion de Francia é Inglaterra, (*) el tiempo demostrará si de esa manera es mas sólido que los que únicamente se apoyan en la voluntad de los pueblos.—
Bayona 6 de noviembre de 1839.

(*) El autor se equivoca groseramente, ó pretende engañar á los demas, cuando supone que el gobierno de Isabel II ha puesto el trono constitucional bajo la proteccion de Francia é Inglaterra. El trono constitucional de Isabel está protegido y sostenido por todos los buenos españoles amantes de su patria, y en haber aceptado ó solicitado el gobierno los auxilios de dos naciones aliadas, no ha hecho otra cosa que la que hace un particular que en caso de necesidad se vale de los recursos de sus amigos, sin ponerse por eso *bajo su proteccion*. En cuanto al exagerado *españolismo* de don Carlos está, lo mismo que su valor, en las palabras y no en las obras, y hay en él mucho de lo que vulgarmente se llama hacer de la necesidad virtud. Segun el autor, hubiera deseado que ninguna nacion suministrase cosa alguna á uno ni otro partido, pero ese deseo no le ha impedido admitir y solicitar los innumerables auxilios que clandestinamente se le han enviado de Francia, los que mas abiertamente ha recibido de su fiel amigo el rey de Cerdeña, y las considerables cantidades de dinero que se le han remitido por banqueros de Berlin. Por lo demas es fácil creer que mientras él recibia todos estos auxilios se hubiera alegrado de que los gobiernos francés é inglés no hubiesen dado ninguno á la causa de la Reina. Naturalmente esa seria la neutralidad que desease.

CAPITULO I.

Para comprender bien el asunto que forma el objeto principal de este libro, es necesario recordar en pocas palabras cuál era la posicion de la causa carlista en las provincias del Norte el 25 de junio de 1838, en que se dió á Maroto el mando del ejercito. En aquella época las provincias enteras pertenecian á los carlistas, y los cristinos no poseían mas que San Sebastian, Bilbao, Vitoria, Pamplona, los pueblos fortificados de la Rivera, los de las orillas del Ebro, y el camino real de Irun á Hernani en Guipúzcoa, es decir, una distancia de tres leguas; y to-

titucional bajo la proteccion de Francia é Inglaterra, (*) el tiempo demostrará si de esa manera es mas sólido que los que únicamente se apoyan en la voluntad de los pueblos.—
Bayona 6 de noviembre de 1839.

(*) El autor se equivoca groseramente, ó pretende engañar á los demas, cuando supone que el gobierno de Isabel II ha puesto el trono constitucional bajo la proteccion de Francia é Inglaterra. El trono constitucional de Isabel está protegido y sostenido por todos los buenos españoles amantes de su patria, y en haber aceptado ó solicitado el gobierno los auxilios de dos naciones aliadas, no ha hecho otra cosa que la que hace un particular que en caso de necesidad se vale de los recursos de sus amigos, sin ponerse por eso *bajo su proteccion*. En cuanto al exagerado *españolismo* de don Carlos está, lo mismo que su valor, en las palabras y no en las obras, y hay en él mucho de lo que vulgarmente se llama hacer de la necesidad virtud. Segun el autor, hubiera deseado que ninguna nacion suministrase cosa alguna á uno ni otro partido, pero ese deseo no le ha impedido admitir y solicitar los innumerables auxilios que clandestinamente se le han enviado de Francia, los que mas abiertamente ha recibido de su fiel amigo el rey de Cerdeña, y las considerables cantidades de dinero que se le han remitido por banqueros de Berlin. Por lo demas es fácil creer que mientras él recibia todos estos auxilios se hubiera alegrado de que los gobiernos francés é inglés no hubiesen dado ninguno á la causa de la Reina. Naturalmente esa seria la neutralidad que desease.

CAPITULO I.

Para comprender bien el asunto que forma el objeto principal de este libro, es necesario recordar en pocas palabras cuál era la posicion de la causa carlista en las provincias del Norte el 25 de junio de 1838, en que se dió á Maroto el mando del ejercito. En aquella época las provincias enteras pertenecian á los carlistas, y los cristinos no poseían mas que San Sebastian, Bilbao, Vitoria, Pamplona, los pueblos fortificados de la Rivera, los de las orillas del Ebro, y el camino real de Irun á Hernani en Guipúzcoa, es decir, una distancia de tres leguas; y to-

dos estos pueblos se hallaban tan estrechamente bloqueados por los carlistas, que solo podían comunicar entre sí ó adquirir subsistencias por medio de fuertes columnas.

El ejército carlista se componía de 3000 infantes con muy buena organización y 1500 ginetes bien montados; había bastante artillería, abundaban las municiones, y se esperaba dinero de un momento á otro. Espartero tenía entonces á sus órdenes un ejército considerable, siendo imponentes su caballería y artillería, é inmenso el material que se había reunido en Logroño y Puente-la-Reina, pues el gobierno de Madrid había hecho los mayores esfuerzos para apoderarse de Estella. Aunque el general Guergué, comandante en jefe del ejército carlista, no poseía grandes talentos militares, había sabido, si embargo, contener á las tropas cristinas, y á excepción de Peñacerrada, los carlistas no perdieron una pulgada de terreno en todo el tiempo que conservó el mando en jefe, antes por lo contrario estendieron su dominación hasta las puertas de Santander, tomaron á Nanceles, y obligaron á Espartero á evacuar á Balmaseda; y Tarragual, en las frecuentes escursiones que hizo al alto y bajo Aragon, desarmó á los guardias nacionales de los pueblos, y se apoderó de una gran cantidad de ganados.

Para formarse una idea del modo de pensar del pueblo en las provincias, y de los esfuerzos hechos por los cristinos para seducir á los vo-

luntarios de Guipúzcoa, bastará leer la carta siguiente, escrita por un observador imparcial.

Tolosa 8 de junio de 1838.

«Ayer visitó D. Carlos los fuertes y líneas de Andoain acompañándole el infante D. Sebastian, el teniente general D. Rafael Maroto, el ministro interino de la guerra, sus dos ayudantes de campo el general D. Fernando Zabala y el baron de los Valles, y otros dos personajes de su casa. El buen estado de las fortificaciones y el aspecto de las tropas causaron gran placer á D. Carlos, que manifestó públicamente su satisfacción. Fué recibida por el ejército con el mayor entusiasmo entre los repetidos gritos de *viva el Rey!* *¡Viva nuestro padre!* *¡Mueran los cristinos!* y la población de todos los pueblos comarcanos le rodeaba haciéndole conmovér con un recibimiento tan afectuoso. Ni el pueblo ni el ejército se han manifestado nunca tan decididos por su Rey, como en este momento. La tentativa de Muñagorri ha demostrado bien claramente los sentimientos que animan al pueblo; la anécdota siguiente probará los del ejército.

«Hace algunos días que la guarnición de Oyarzun envió un parlamento á D. Faustino Echeta, comandante del batallón 3.º de Guipúzcoa, que se halla en observación en aquel punto, solicitando de él una conferencia, y habiendo convenido en ello Echeta, acudieron al punto señalado tres oficiales cristinos, y á po-

có rato Echeto con otros dos oficiales carlistas. Despues de los primeros cumplimientos, el gefe de los cristinos entabló la conversacion, poco mas ó menos, en estos términos: «Estoy persuadido de que vds. desean la paz con tanto ardor como nosotros, y que la aceptarían con gusto con tal que se les asegurasen sus fueros. ¿Qué nos importa que reine D. Carlos ó Isabel? Que los partidarios de la monarquía den á quien quieran el cetro de Castilla, nosotros debemos reunirnos alrededor del estandarte vascongado que son nuestros fueros y privilegios; abandonemos á Carlos y á Isabel, y combatamos contra todos los que intenten arrancarnos nuestros antiguos y venerandos derechos.» Echeto escuchó con paciencia al sagaz cristino, y cuando este hubo terminado le contestó: «Consiento con mucho gusto en fraternizar con vd., porque veo que sus sentimientos son los de un noble vascongado; pero necesitamos un gefe que nos conduzca á la victoria: ¿y quién mejor que D. Carlos? ¿No ha jurado esté príncipe conservarnos nuestros fueros y arrojar del trono á la reina Cristina que trata de quitarnoslos? Vengase vd. pues, al campo de D. Carlos, porque con él queremos vencer ó morir en defensa de lo mas sagrado que hay para nosotros en el mundo.»

Otra anecdota que me ha contado un inglés, cuya veracidad no puede ponerse en duda, presenta una nueva prueba en apoyo de lo que se asegura en la carta anterior.

«Hace pocos dias, me dijo, entré en una granja cerca de Goizueta, y encontré en ella dos viejos, tres mugeres jóvenes, cuyos maridos servían en las filas de D. Carlos, dos mugeres de edad, y una porcion de muchachos. Comí con ellos y la conversacion recayó naturalmente sobre las hazañas de los voluntarios, maridos de aquellas jóvenes. Todos manifestaron que deseaban mucho la paz, y se quejaron de las cargas que tienen que sufrir, pues el trabajo del dia apenas les basta para pagar las contribuciones, y las mugeres tienen que trabajar parte de la noche para vestir á sus maridos. Les pregunté si á trueque de obtener la paz consentirían en sacrificar á D. Carlos y reconocer á Isabel; pero nunca olvidaré el asombro que les causó esta pregunta, pues creo verdaderamente que si no hubiese ido en compañía de un amigo, me hubieran creído espia y tratado como á tal. Luego que pasó el primer momento de sorpresa me respondieron: «Los vascongados y navarros jamás consentirán en reconocer otro soberano que Carlos V, y para asegurar su triunfo consentiremos en sacrificar cuanto tenemos. Y si mi marido abandonase la causa que defiende, añadió una de las mozas, no seria ya nada para mí, y le perseguiría yo hasta el cabo del mundo para entregarle á aquellos á quienes habia abandonado.» (*) Tales son los sentimientos de los

(*) Sin atrevernos á negar la verdad de esta anecdota.

vascongados y navarros, y en las ciudades no es el entusiasmo menor que en las poblaciones rurales. He acompañado á D. Carlos de Tolosa á Villafranca, y en todo el camino he oido constantemente los gritos de *viva el Rey! viva nuestro padre!* En Alegría fué recibido con repique de campanas, las fachadas de las casas estaban cubiertas de colgaduras, el ayuntamiento y el clero salieron á recibirle, los balcones estaban llenos de señoras, y en toda la carrera no se oía otra cosa que los gritos de *viva el Rey*. Lo mismo sucedió en Villafranca y en todos los pueblos del camino.

Es muy digno de notarse, que á pesar del deplorable estado en que volvió el ejército carlista de su desgraciada expedicion á las puertas de Madrid, indisciplinado, desnudo y sin dinero, y á pesar de que algunos de sus gefes fueron arrestados y procesados, el entusiasmo era tal, que á las órdenes de Guergué, y en presencia de un enemigo victorioso que podia destrozarnos, los carlistas volvieron á adquirir en muy poco tiempo una actitud imponente, y no solo impidieron que Espartero avanzase, sino que aun tomaron la ofensiva contra él.

ta, diremos que solo prueba una cosa sabida de todos, cual es que los fautores de D. Carlos supieron inspirar á muchas de aquellas gentes sencillas un grande entusiasmo, hijo principalmente del fanatismo religioso; mas el resultado final de la guerra ha manifestado bien cuáles eran los sentimientos de las masas,

En los meses de abril y mayo de 1838 se hicieron grandes esfuerzos con D. Carlos por algunos generales no empleados y por el baron de los Valles, para que llamase á Maroto y le pudiese á la cabeza del ejército, pero todos fueron inútiles. Un dia que estaba D. Carlos en Lezaun, cerca de Estella, Villavicencio, el baron de los Valles, y el P. Gil, que habia venido espresamente de Loyola par dar este paso, se presentaron á D. Carlos para demostrarle la necesidad de poner al frente del ejército un hombre de caracter firme, y le dijeron que no habia ninguno que conviniese mejor que Maroto. No habiendo respondido D. Carlos con una negativa absoluta, el baron de los Valles escribió á Maroto en nombre del mismo D. Carlos, mandándole que inmediatamente volviese á las provincias y prometiéndole el mando del ejército y la facultad de elegir un nuevo ministerio. Esta carta se envió á Maroto por conducto de M. Alzine, de Perpiñan, uno de los agentes carlistas.

El 31 de mayo pasó Maroto la frontera y se dirigió inmediatamente al cuartel real, que entonces se hallaba en Tolosa; y la admiracion de los ministros y demas empleados civiles y militares fué indecible, pues nadie creia que D. Carlos tuviese intencion de darle el mando del ejército.

El 15 de junio salió D. Carlos de Tolosa para Elorrio, sin haber dicho á Maroto cosa alguna que pudiera hacerle creer que pensaba en

darle el mando del ejército, y lo que es mas, sin darle noticia de su marcha, ni orden para que le siguiese. Esta conducta irritó á Maroto hasta tal punto que resolvió volverse á Francia, y en una conversacion que tuvo el mismo 15 de junio por la noche con un extranjero, en Tolosa, se espresó así:

«La conducta del Rey conmigo es indigna. Enviarme á buscar á Burdeos para ponerme á la cabeza del ejército, y al cabo de tres semanas que estoy aqui no haberme consultado una sola vez, ni haberme dicho nada que pueda hacerme creer que quiere emplearme, eso es infame. Asi, yo estoy decidido, y mañana me vuelvo á Francia. ¡Ojalá no hubiera venido! Ya es esta la segunda vez que el Rey me insulta, siendo asi que si me hubiese dado el mando del ejército, estoy completamente seguro de que le hubiera colocado en el trono de sus mayores. Conozco mejor que nadie el estado del ejército, y sé que nunca ha habido una causa que tenga mas probabilidades de triunfo: todos los puntos vulnerables de las provincias están fortificados, tenemos mucha artillería, el pueblo está firmemente adicto á D. Carlos, y el ejército cristino completamente desmoralizado. Con tales elementos, yo estaba seguro de triunfar, pero no me quieren, me insultan, y como yo no soy hombre que me dejo tratar así, me vuelvo á Francia.»

De esta conversacion resultan dos hechos importantes; uno que Maroto se consideraba insultado por D. Carlos, y el otro, el juicio que el mismo Maroto formaba acerca del próspero estado de la causa carlista, y de las probabilidades de un próximo triunfo. Maroto jamás ha perdonado ni olvidado una injuria; todo le ha parecido licito para satisfacer su sed de venganza, y además de haber entregado al enemigo las provincias que habia jurado defender, quiso urdir una trama diabólica para entregar en manos de los cristinos al soberano por quien debia combatir.

Hallábase Maroto en Elorrio, cuando el desgraciado suceso de Peñacerrada, que ocurrió el 22 de junio, obligó á D. Carlos á quitar el mando del ejército al general Guergué; los amigos de Maroto sitiaron á D. Carlos y á fuerza de promesas le arrancaron el nombramiento de aquel general para el importante puesto de jefe del ejército.

Maroto tomó el mando el 25 de junio, y el 29 pasó á las inmediaciones de Estella para vigilar los movimientos de Espartero, y fué recibido del modo mas lisonjero por el ejército entre las voces de ¡viva el Rey! ¡viva el general Maroto!

Al ponerse á la cabeza de las tropas, publicó Maroto la siguiente proclama, en la cual se ve, leyéndola con atencion, que su autor fingiendo que invita á los soldados á mostrarse dignos del inmortal Zumalacarreñui, introduce diestramente algunas insinuaciones acerca de tenta-

tivas de seducción de parte de los cristinos, y acerca de la paz, de la conservación de los fueros, etc. Todo esto, unido á los actos subsecuentes demuestra hasta la evidencia que Maroto vino á las provincias con la intencion decidida de vender á D. Carlos para satisfacer su venganza personal.

PROCLAMA.

Voluntarios: el Rey, mi señor, se ha dignado confiarme el mando de su valiente ejército, y yo le he aceptado con confianza, animado por el recuerdo del valor que siempre habeis mostrado al frente del enemigo. Con vosotros recogió el inmortal Zumalacarregui los laureles inmarcesibles que adornan su frente, y á vosotros debió sus mas brillantes victorias. Al recordaros las virtudes de aquel héroe, estoy firmemente convencido de que hareis ver al mundo entero que no habeis olvidado ni los gloriosos ejemplos que os dejó, ni los prudentes consejos que de él recibisteis, y que todos seguireis religiosamente el sendero del honor y del deber que os trazó desde su lecho de muerte.

«Yo quiero imitar á aquel valiente guerrero, y siempre en medio de vosotros, como él estaba, me vereis el primero en el puesto del honor y del peligro. Mas para vencer son indispensables la mas estricta obediencia, y la mas severa disciplina; asi, espero de vosotros la puntual ejecucion de las órdenes de vuestros gefes.

Cada cual será responsable de la mas ligera falta contra la disciplina pues seré inexorable en el castigo de todo lo que propenda á alterarla.

«El Rey y nuestra santa religion son los sagrados objetos cuya defensa se nos ha confiado. ¿No deberemos sacrificarlo todo por tan noble fin? Si los enemigos tratan de sembrar entre vosotros la desunion y la discordia, probadles con la lealtad de vuestra conducta que sus intrigas no encontrarán acogida en vuestras filas, porque las pasiones viles y bajas no encuentran eco en los apasionados corazones de los valientes realistas que se han armado para defender la mas justa de todas las causas.

«Observad la conducta de vuestros enemigos; el asesinato de vuestras mugeres é hijos, el incendio y saqueo de vuestras casas y logares, tan pronto como consiguen cualquiera ventaja. La esperiencia de lo pasado os enseña lo que podeis esperar de ellos, y la fé que podreis dar á las promesas de sus agentes; tratadles, pues, con el desprecio que merecen. La paz que os ofrecen, la conservación de vuestros fueros, son otros tantos cebos engañosos que os presentan para seduciros, ó para adormeceros en una peligrosa inaccion. Creed en sus promesas, y en breve la devastacion de vuestras provincias, y el asesinato de todos cuantos amais, vendrán á sacaros, aunque demasiado tarde, de vuestra peligrosa seguridad, pues han jurado la muerte de todos vosotros sobre la ruina de vuestros pueblos reducidos á cenizas.

¡Odió eterno á tales mónstruos! ¡Pelead con vuestro valor acostumbrado, y quedad vencedores ó morid como héroes en el campo del honor!»

Cuartel general de Estella 28 de junio de 1838.

Rafael Maroto.

Nunca hubo general alguno mas feliz que Maroto. Poco despues de haber tomado el mando, ingresaron en el tesoro cantidades considerables. Cabrera obtuvo grandes victorias en Aragon, tales como la desastrosa retirada de Oráa y la destruccion de la division de Pardiñas; en fin, todo se reunía para favorecerle. Maroto por su parte, no perdía ninguna ocasion de hacerse popular en el ejército, y estaba tan convencido del buen efecto que las importantes ventajas obtenidas en Aragon debian producir en sus soldados, que publicó la siguiente orden del dia.

«Ejército real vasco-navarro.—Cuartel general de Morentin 29 de agosto de 1838.—Orden del dia.

«Las noticias que ha recibido el gobierno del Rey relativas á los sucesos de Morella, confirman la retirada forzada del enemigo. Dos asaltos infructuosos dados en los dias 16 y 17, le han hecho perder en la brecha de 600 á 700 hombres. Oráa, careciendo de viveres, y ostigado continuamente por el general Cabrera, ha tenido que levantar el sitio despues de haber perdido 4000 hombres entre muertos, heridos y enfer-

mos, y ha ido á ocultar la vergüenza de su derrota, lejos de una plaza que habia jurado reducir á cenizas. Asi se han desvanecido los impotentes esfuerzos de la revolucion.

«Este ha sido un dia mas de gloria para las armas del Rey, que merece toda nuestra admiracion.

«Espartero teme levantar el velo que le cubre, y entre tanto nos amenaza todavia con la ocupacion de Estella; pero la enormidad de sus preparativos nos descubre sus temores, su indecision, y el juicio que forma de lo imponente de nuestras faerzas; y la desercion, que cada dia es mayor en sus filas nos hace ver el desaliento de sus soldados.

«El Dios de los ejércitos protegerá la causa del mejor de los reyes. Una obligacion sagrada nos impone el deber de vencer ó morir, y el ejército vasco-navarro no cederá en nada al de Aragon.»

Asi lo espera vuestro gefe de estado mayor general.

Rafael Maroto.

Despues de los inmensos preparativos hechos por Espartero para apoderarse de Estella, su retirada sin haber disparado un fusil aumentó mucho la popularidad de Maroto, y al mismo tiempo probó hasta la evidencia á que punto habia llegado el entusiasmo del pueblo y del ejército en favor de D. Carlos. ¿Qué razones pue-

de alegar Maroto para hacer creer que en el corto espacio de un año hallase, como el mismo dice, en la indiferencia del pueblo y del ejército hácia aquel príncipe una justificación de su conducta? Voy á seguir los actos de este general hasta el momento en que se pasó á los cristinos, y se le verá constantemente emplear el mismo lenguaje que usó en su famosa proclama de 28 de junio citada.

El 7 de julio dirigió á sus soldados la proclama siguiente:

«Voluntarios: ensoberbecido el enemigo con las ventajas que ha conseguido últimamente, se prepara á atacarnos; marcha hácia Estella, despues de haber organizado una diversion sobre nuestras líneas, espera encontrarnos abatidos y se promete vencernos fácilmente; probémosle que se engaña. Acordaos de que en todos los combates, aunque inferiores en número, siempre habeis sido vencedores; recordad las gloriosas jornadas de Asarta, Alzazua, Artasa y Gulina, las batallas de Descarga, de Arguijas, de las Rocas de San Fausto, de las llanuras de Vitoria, de la que se dió en las alturas de esta ciudad, y otras muchas no menos brillantes.

«El enemigo no ha olvidado la manera con que le recibisteis en Arrigorriaga. Espartero, á pesar de sus veinte batallones y de la legion inglesa, hubiera visto destruido su ejército, á no haber sido por una circunstancia imprevista que se opuso á nuestro completo triunfo, y sin em-

bargo, tuvo necesidad de buscar amparo detras de los muros de Bilbao.

«Obedeced mis órdenes, tened confianza en vosotros mismos, y el triunfo es seguro; presentaos, pues, con valor al enemigo. Por experiencia sabeis la suerte que os espera, á vosotros, y á vuestras mugeres, madres é hijos; todos vereis sacrificados, quemarán vuestras casas y destruirán vuestras cosechas; ya sabeis que el enemigo está sediento de vuestra sangre, y no se satisfará sino con la muerte de todos vosotros. El que muere huyendo á la vista del enemigo es un cobarde; los que teman salgan de nuestras filas, pues no queremos con nosotros sino valientes. Confíad en vuestro general, y sed vencedores, ó morid en el campo del honor.»

Rafael Maroto.

El 7 de setiembre publicó la siguiente orden del dia.

«Espartero, despues de habernos amenazado varias veces se ha decidido por fin á avanzar. Voluntarios: el Rey N. S. ha puesto en vosotros todas sus esperanzas, y no quedará engada su confianza; sobrepujad, si es posible, al heroico ejército de Aragon, que conducido por el valiente Cabrera acaba de derrotar al ejército de Oráa, que se atrevió á emprender el sitio de Morella.

«Voluntarios: que la usurpacion reciba el

golpe mortal bajo los muros de Estella; presentaos al combate con la resolucion de vencer ó morir. Vuestro general quiere conducirnos á la victoria, ó como vosotros, morir combatiendo. A las armas, pues, valientes voluntarios.

Rafael Maroto.

La carta siguiente, escrita por el secretario íntimo de Maroto, dá algunos pormenores interesantes acerca de la conducta de Espartero delante de Estella, y en ella se ven tambien los sentimientos que entonces animaban á la poblacion de las provincias y al ejército carlista; un testimonio como este es muy importante, porque no puede dudarse de su verdad.

Alzua 11 de setiembre de 1838. A las tres de la mañana.

«Ya sabe vd. que el teniente general Maroto, cansado de la indecision y de las amenazas de Espartero, se adelantó el dia 1.º de este mes á hacer un reconocimiento á la cabeza de algunos batallones, con el objeto de provocarle, mas las tropas que ocupaban á Lodosa abandonaron este pueblo á nuestra vanguardia para retirarse al otro lado del Ebro, de donde no fué posible sacarlas para presentarse al combate, y el general tuvo que volver el 2 á su cuartel general de Morentin.

«Sin embargo, escitado por este movimien-

to que no tenia otro objeto, se apresuró Espartero á dejar en los puntos fortificados las guarniciones mas cortas que pudo, y reunir todo su ejército en la orilla izquierda del Arga, entre Lárraga y Puente-la-Reina, es decir, en un espacio de menos de tres leguas, donde sus soldados han permanecido amontonados hasta el 9 por la mañana. Durante este tiempo, ha reunido Espartero tres consejos de guerra, sin duda con el fin de animarse unos á otros para el combate, y el del 7, sobre todo, debió tener este objeto, pues el 8 antes de ser de dia, se pusieron en movimiento con direccion á Estella, pero apenas habian dado algunos pasos cuando recibieron contra orden, y el dia siguiente 9 verificó Espartero una completa retirada, despues de haber hecho quemar una enorme masa de faginas y otros objetos de esta especie que tanto tiempo habia estado reuniendo. Es verdad que habia recibido un emisario de su gobierno, y sabia quº mas de un batallon de su ejército esperaba tan solo atravesar el Arga, para pasarse en masa á las filas del Rey (*). Estas dos consideraciones parece que deben disminuir un poco la vergüenza de aquella retirada, pero crea vd. que las disposiciones de nuestro general, y

(*) Esta es una infame calumnia, pues jamás cuerpo alguno del ejército español ha pensado un momento en pasarse á D. Carlos.

la confianza que ha sabido inspirar á sus valientes voluntarios y al pueblo, no han contribuido poco á producir este resultado, que por esa razon no carece de gloria para nosotros y para nuestro digno gefe. Este habia seguido con su acostumbrada actividad los movimientos del enemigo, trasladando sucesivamente su cuartel general á Morillo y á Gorsoci, y recorriendo el territorio para sacar de él toda la ventaja que le proporcionasen su celo y esperiencia. Por una orden del dia, que siento no tener á mi disposicion en este momento, anunció el ataque para el dia siguiente, porque realmente creyó que se verificara aquel dia. Ayer recorrió otra vez toda nuestra línea sobre el Arga, sin duda para observar si el general Espartero volvia al puesto conducido por algun remordimiento de su conciencia, pero solo vió seguir su dispersion y retirada.

«Aseguro á vd. que es tan triste para la causa del Rey, como ridículo para la de la usurpacion, que las cosas se hayan arreglado de esta manera. Si vd. hubiese visto á los habitantes de las inmediaciones de Estella, procurar poner en seguridad hasta los mas insignificantes objetos de sus propiedades, con el fin de no dejar nada al enemigo, ni aun agua potable, y á los que podian armándose para unir sus esfuerzos á los del ejército, si hubiese vd. visto el espíritu que les animaba, hubiera pensado, como yo, que los alrededores de Estella habrian sido el

sepulcro de la revolucion. Dudar de ello hubiera sido ser mas incrédulo que el mismo Espartero.»

El estado en que se encontraba el ejército cristino se colige de las órdenes del dia publicadas el 3 y 4 de setiembre por el brigadier Tena, concebidas en estos términos:

«Orden general del 3 de setiembre de 1838 en Lodosa.

«El Excmo. señor general en gefe tiene motivos para creer que los agentes del Pretendiente redoblan sus esfuerzos para corromper la fidelidad de los valientes de este ejército. Los enemigos, suficientemente convencidos de la impotencia de sus armas, recurren á la perfidia y á las seducciones para hallar medios que no puede proporcionarles la justicia de su causa. Y siendo el interés de S. E. conservar la reputacion de su ejército, se ve obligado, al dar estas advertencias, á tomar medidas que prevengan y castiguen á los que puedan dejarse seducir. En su consecuencia ha mandado lo que sigue:

«Artículo 1.º Todo individuo dependiente del ejército, de cualquiera grado que sea, que deserte despues de la publicacion de esta orden, sea para pasarse al enemigo, sea para volverse á sus hogares, ó por cualquiera otro motivo, será pasado por las armas en el momento que sea cogido, y sin otra formalidad que la reunion de un consejo de guerra verbal para comprobar el delito y mandar proceder á la ejecucion de la

sentencia, que será dictada por el gefe de la division á que pertenezca el cuerpo del delincuente.»

«Art. 2.^o Todo individuo perteneciente al ejército, de cualquiera graduacion que sea, que despues de la publicacion de esta orden se haya pasado al enemigo y sea hecho prisionero, será igualmente pasado por las armas, con las formalidades espresadas en el artículo anterior.

«Art. 3.^o Toda persona de cualquiera clase, sexo, ó condicion que sea, que dé asilo á los desertores, ó les incite á cometer este crimen, será tambien pasada por las armas, sin otras formalidades que las mencionadas para los desertores.

«Si los individuos que han provocado la desercion ó dado asilo á los desertores, consiguiesen huir, se les confiscarán sus bienes, y su producto se aplicará á las necesidades del ejército.

«Art. 4.^o Esta órden general se leerá por los oficiales de semana á todas las compañías, por tres dias consecutivos, á fin de que nadie pueda alegar ignorancia acerca de su publicacion.»

El brigadier G. de E. M. interino.

Tena.

Orden general del 4 de setiembre de 1838 en Artajona.

«Cuatro soldados del regimiento de guias han tratado de cometer la noche pasada en el distrito de Carcar en que pernoctaban, el crimen de desercion. Su delito se ha comprobado inme-

diatamente de la manera indicada en la órden general de ayer, y en su consecuencia han sufrido la pena de muerte. Las tropas han presenciado este acto de severa justicia desfilando por las inmediaciones de Lerin. El Excmo. Sr. general en gefe espera pue este ejemplo bastará para mantener en su deber á cualquier individuo á quien engañosas promesas inclinen á separarse de él; pues todos los que intenten seguir el ejemplo de estos desgraciados, pueden estar seguros de que sufrirán igual suerte.»

El brigadier G. de E. M. interino

Tena.

El extracto que sigue lo es de una carta escrita por el secretario intimo de Maroto.

Mondragon 22 de octubre de 1838.

«Continúa la desercion en el ejército enemigo, en tanto que el nuestro aumenta rápidamente cada dia y mejora en equipo, disciplina, bienestar é instruccion. De aquí á dos meses estará mil veces mas fuerte y hermoso que ha estado nunca. Varios batallones de Navarra, sucesivamente reducidos por las catástrofes que precedieron á la toma del mando del general Maroto, se van llenando ahora, en las incursiones que se hacen en la Rivera, y pronto se hallarán completos del todo.

«Hace tres meses que no se hubieran podido reunir 300 caballos; hoy se pueden reunir

mas de mil, y todavía se aumentará su número.»

Es de notar que á pesar de las proclamas de Maroto y de sus repetidas promesas de empezar las operaciones, á pesar de la inesplicable inacción de Espartero, desde su retirada de Estella hasta la muerte de los principales generales carlistas, que se verificó en febrero de 1839, la actividad de Maroto se redujo á marchas y contramarchas de Estella á Balmaseda y de Balmaseda á Estella. D. Carlos y sus ministros esperaron con ansiedad durante todo este tiempo el principio de una campaña tantas veces anunciada, y bajo la creencia de que se pondrían en ejecución tantas y tan pomposas promesas, se escribieron y comunicaron las notas siguientes, documentos curiosos, pues manifiestan el estado de incertidumbre en que se encontraba el ejército carlista.

Cuartel general de Alazua setiembre 11 de 1838.

«La noche pasada hemos salido de Estella, y todos nuestros batallones están en movimiento. El general Maroto se separará de nosotros á medio día para pasar al cuartel real, y el estado mayor tiene orden de marchar á las tres con direccion á Durango. La prudencia no me permite decir á vd. mas por el momento, pero vd. puede fácilmente adivinar nuestro destino ulterior.

Cuartel real de Elorrio 15 de setiembre.
El general Maroto ha tenido una larga con-

ferencia con S. M. esta mañana, y en seguida ha vuelto á Durango.

«Han salido de Oñate varias piezas de artillería que se llevan á toda prisa hácia Durango.»

Elorrio 17 de setiembre.

«Maroto permanece en Durango, y se halla en comunicacion diaria con el Rey. Se preparan operaciones muy importantes. Ayer llegaron á Durango una compañía de zapadores, otra de artillería y tres cañones.»

Balmaseda 23 de setiembre.

A consecuencia de una orden del general Maroto, Merino pasó ayer el Ebro para venir aqui; trae cuatro batallones aragoneses y 400 caballos. Carrion viene con él escoltando 250 infantes y 40 soldados de caballería prisioneros.

«Está convocado para hoy un consejo de guerra, en el que parece se discutirán movimientos de grande importancia.»

Balmaseda 26 de setiembre.

«Ayer hizo el general Maroto un nuevo reconocimiento adelantándose hasta los muros de Villanueva de Mena, pero no se ha tirado ni un fusilazo.»

Zornoza 29 de setiembre.

«El general Maroto permanece en Balmaseda, y se cree universalmente que van á empezar las operaciones. Ayer salió de Durango para Balmaseda la artillería gruesa.»

Elorrio 1.º de octubre.

«Espero que muy en breve podré anunciar à vd. alguna cosa mas interesante que hasta ahora, pues Maroto ha declarado que ya es tiempo de empezar à obrar con actividad.»

Elorrio 10 de octubre.

«El general Maroto ha salido de Balmaseda para Estella. Espartero observa sus movimientos desde la Rivera derecha del Ebro.»

Elorrio 11 de octubre.

«Debemos esperar que Maroto tendrá tiempo suficiente para dar el golpe que medita, antes que Espartero llegue à Navarra.»

Elorrio 15 de octubre.

«El 9 entró Maroto en Estella, y el 10 hizo un reconocimiento en la direccion de Lodosa. Nuestras tropas ocupan la línea de la Rivera y los alrededores de Lodosa.»

Azcoitia 22 de octubre.

«Maroto ha creído conveniente abandonar à Navarra, y esta mañana despues de una conferencia con S. M. ha emprendido su marcha hácia Balmaseda. Se dice que va à atacar à Villanueva de Mena.»

Azcoitia 25 de octubre.

«El 23 à la caída de la tarde llegó el general Maroto à Balmaseda, donde habian entrado

antes que el ocho batallones de infantería, y cuatro escuadrones de caballería. Estas tropas han pasado por las llanuras de Alava.»

Azcoitia 29 de octubre.

«Al fin estamos en visperas de empezar seriamente la campaña. Maroto, que continúa siempre en Balmaseda, ha hecho reconstruir el puente del Berron, indispensable para el paso de la artillería de grueso calibre.»

Azcoitia 8 de noviembre.

«La lluvia nos impide empezar las operaciones, Maroto sigue en Balmaseda.»

Azcoitia 15 de diciembre.

«Maroto ha salido de Balmaseda el 12 y atravesando por la montaña de Descarga, ha entrado en Navarra. Las tropas marchan en la misma direccion por las llanuras de Alava.»

Azcoitia 17 de noviembre.

«Maroto ha vuelto otra vez à Estella, y ahora, no hago mas que repetir sus mismas palabras, van à principiar las operaciones con actividad.»

Azcoitia 29 de noviembre.

«Continúa el *statu quo*; sin embargo, tenemos esperanza de verle cesar.»

Azcoitia 3 de diciembre.

«Maroto sigue en Estella.»

Azcoitia 5 de diciembre.

«El ministerio ha recibido una comunicacion oficial del general Maroto, en que promete marchar contra el general D. Diego Leon.»

Azcoitia 9 de diciembre.

«Maroto no ha avanzado hácia el enemigo como habia prometido; sin duda tendrá razones para permanecer inactivo, pero la mayor parte de los generales distan mucho de estar contentos. Tenemos todos los elementos para poder esperar el triunfo y es una desgracia el que los que debieran aprovecharlos para preparar una pronta conclusion á nuestros negocios sean justamente los que promuevan los obstáculos.»

Azcoitia 17 de diciembre.

«El general Maroto llegó aqui ayer; y en seguida le recibió el Rey en audiencia particular.»

Azcoitia 20 de diciembre.

«Al fin tengo esperanzas de que cese nuestra inaccion y que el sol de la prosperidad vuelva á lucir para nosotros. El general Maroto ha salido el 18 para Audoain.»

Azcoitia 24 de diciembre.

«¡Maroto está de vuelta en Estella!»

Azcoitia 10 de enero de 1839.

«El general Maroto ha salido de Estella

para Balmaseda, y actualmente se encuentra en Alava.»

Azcoitia 14 de enero.

«Maroto y Espartero continúan observándose uno á otro, sin atreverse ninguno de los dos á dar el primer golpe.»

Azcoitia 17 de enero.

«Maroto estaba el 15 en Salvatierra.»

Azcoitia 4 de febrero.

«Todos los movimientos militares se han suspendido por causa de las nieves que han caido estos dias. Maroto está en Durango.»

Azcoitia 7 de febrero.

«Gracias á Dios vuelve el buen tiempo y todos estamos dispuestos á obrar, y no pensamos ni soñamos mas que batallas. El Rey y la corte se preparan á marchar á Vergara, y continuamente salen y entran correos con pliegos del ministro de la guerra al general Maroto y *vice-versa*; todo este movimiento presagia alguna cosa importante y espero que la correspondencia será de grande interés. La campaña va á principiar de un modo brillante. El general Maroto, si hemos de dar crédito á sus amigos, no ha perdido el tiempo este invierno, pues ha meditado y preparado un vasto plan, cuya ejecucion está muy próxima. El general continúa en Durango.»

Vergara 9 de febrero.

« Todo el ejército está en movimiento, y dentro de pocos días tendré que anunciar á vd. grandes maniobras militares. »

Vergara 11 de febrero.

« El Rey, acompañado de los infantes y del general Maroto, pasó ayer revista á los batallones 9.º, 10.º y 12.º de Castilla, 1.º y 7.º de Navarra, escuadron del príncipe de Asturias, caballería de Carrion y 4.º escuadron del regimiento 1.º de lanceros. Despues de haber desfilado estas tropas por delante del Rey, se han puesto en marcha con direccion á Tolosa. Los soldados están bien vestidos, su aspecto es escelente, y su entusiasmo no tiene límites.

« El general salió ayer para Tolosa, y todo este movimiento nos da motivo para esperar que las operaciones militares, tanto tiempo deseadas, van á empezar por fin, y que serán de una naturaleza muy importante. »

Vergara 18 de febrero.

« Maroto ha vuelto á Navarra. »

Vera 21 de febrero.

Comisaría de vigilancia.—« Apenas tengo ánimo para tomar la pluma, á fin de anunciar á vd. que el general Maroto ha hecho fusilar en Estella á los valientes y puros carlistas los generales D. Fraciseo García, D. Pablo Sanz,

Guergué y D. Teodoro Carmona, al intendente general Uriz y al secretario de la guerra Ibañez. »

Como en el capítulo siguiente pienso tratar á fondo de las causas que ocasionaron la muerte de estos generales, voy ahora á continuar la narracion de los movimientos militares de Maroto.

Despues de la célebre proclama de 24 de febrero, en que D. Carlos casi pide perdon á Maroto, este general pasó á Vizcaya. Habia ya separado de las filas del ejército á los oficiales que consideraba opuestos á sus miras, y puesto hechuras suyas á la cabeza de los batallones, principalmente de los vizcainos. Varios puntos importantes se dejaron sin defensa, de manera que Espartero hubiera podido penetrar á su gusto hasta el corazon de las provincias.

El 27 de abril atacó Espartero á una de las divisiones de Maroto en el monte Ubal, tomó la formidable posicion del Moro, y obligó á los carlistas á retirarse. Espartero tenia 30 batallones para atacar posiciones inespugnables; Maroto tenia 24 para defenderlas. Toda la ventaja estaba pues de su parte, pero estaba tan decidido á entregar el país y sacrificar el ejército carlista, que confió la defensa de estas posiciones á un corto número de soldados que, abandonados á sí mismos, perecieron casi todos. Durante la accion, Maroto permaneció en Nuestra Señora del Suceso, á una distancia bastante considerable del sitio del combate.

El 8 de mayo abrieron los cristinos sus bate-

rias contra Ramales, que aquella misma tarde fué abandonado por orden de Maroto.

El 9 atacó Espartero el fuerte de Guardamino, y muy en breve se apoderó de él, porque un accidente imprevisto hizo reventar durante el ataque las cuatro piezas de artillería de los carlistas; es decir, que los cañones estaban demasiado cargados. (2)

Las tropas entretanto murmuraban altamente. Maroto, para apaciguar la tempestad que empezaba á levantarse contra él, reunió un consejo de guerra, compuesto únicamente de sus parciales, el cual declaró, no solo que el general habia obrado bien durante los desastrosos combates de los dias precedentes, sino que era urgente la evacuacion de Balmaseda, Arciniega, Orduña, y otros puntos de igual importancia. Asi, el consejo de guerra no produjo otro resultado que el de aprobar lo que el general habia hecho, y ayudarle á poner en práctica sus planes.

Maroto que mientras duraron las operaciones activas habia estado en Manzanera, punto distante del teatro de las operaciones, trasladó entonces su cuartel general á Llodio y Orozco, desde cuyos puntos publicó un gran número de órdenes del dia y de proclamas enunciando su intencion de anonadar al enemigo si se atrevia á penetrar en las provincias.

Hacia algunos dias que circulaban entre los soldados rumores relativos á correspondencias entre Maroto y Espartero, y aun se hablaba de

una transaccion que estaba para concluirse. Estas voces produjeron tal irritacion en el ejército que Espartero mandó publicar en el *Mensajero* un artículo en que decia que las conferencias entre Maroto y lord John Hay, habian tenido por único objeto la cuestion de represalias. Maroto, por su parte, creyó que debia desmentir tambien estos rumores, y con este fin publicó la siguiente proclama.

«Voluntarios: se acerca un dia de combate, en el cual probaremos al mundo entero que los defensores de la legitimidad, no concederán jamás el triunfo á los usurpadores. Si el abandono voluntario que hemos hecho de algunos puntos que no me presentaban las ventajas que debo buscar para combatir contra las fuerzas enemigas les ha hecho creer que les tememos, cuando salgan de las posiciones que ocupan, sino retroceden, hallarán la muerte que vuestros brazos deben darles, en recompensa de la conducta infame que observan, saqueando y quemando vuestros campos y aldeas. La campaña que han empezado con fuerzas tan desiguales como todos vosotros habeis visto, es la mas bárbara que puede imaginarse; en Navarra, en la Solana, en Alava, á la parte de Vitoria, en Guevara y aldeas inmediatas, lo queman y lo saquean todo, sin que nada se libre de su rapiña; y veis al rebelde Espartero destruir en Amurrio, Orduña y Arciniega todo cuanto puede satisfacer su inhumanidad y su barbarie.

«En vano algunos viles intrigantes esparcen rumores de transacción, pues jamás puede haberla entre dos partidos cuyos principios son tan opuestos. Sea nuestra constante divisa el Rey y la religión; es necesario triunfar ó morir con las armas en la mano.»

Cuartel general de Orozco 23 de julio.

Vuestro general y compañero

Rafael Maroto.

El mismo Maroto dirigió también desde Orozco á uno de sus amigos la carta siguiente:

«Dicen que Espartero se dispone para atacarme; yo lo creo, pero si cometiese tal temeridad, esté vd. seguro de que él y su ejército hallarán la muerte en el campo de batalla.»

«Sé que mis enemigos trabajan contra mí con ardor, pero desprecio todos sus esfuerzos. Desgraciados si llega el día en que crea que debo ocuparme de ellos, porque mi venganza será tal que no se volverá á hablar de los sucesos de Estella.»

El 8 de agosto se decidió Espartero á poner á Maroto en el caso de ejecutar sus amenazas, ó mas bien seguro de antemano de que no le inquietaría en el camino, trató de pasar de Amurrio á Vitoria, por el peligroso desfiladero de Altube, y al llegar á Vitoria dirigió el siguiente parte al ministro de la guerra.

«Comandancia general de los ejércitos del Norte.—Secretaría de campaña.—Excmo. Sr.:

Conforme manifesté á V. E. en mi último parte desde Amurrio, emprendí ayer la marcha penetrando en el país enemigo por el difícil tránsito de Altube, creído de que Maroto, que tan orgulloso y sanguinario se ostentó en la proclama que anteriormente dirigí á V. E. se opondría al paso, favorecido de las ventajas del terreno y de las trincheras y parapetos que había construido en la serie de aquellas formidables posiciones.

«Resuelto á darle la batalla, que esperé aceptase, mandé por el camino de Orduña á Miranda todo el bagage, á fin de estar mas espedito; pero con asombro de todo el ejército, solo se vieron algunos batallones á larga distancia, y verificué la marcha á Murguia sin ninguna oposición, pues únicamente las guerrillas sostuvieron un débil fuego, del que resultaron tres heridos.»

«En Murguia y pueblos inmediatos pernoctaron las tropas y hoy por la mañana he llegado á esta capital, desde donde emprenderé las nuevas operaciones que juzgue mas convenientes, quedando en dar oportuno conocimiento á V. E. de sus progresivos resultados.»

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Vitoria 9 de agosto de 1839.

Excmo. Sr.

El duque de la Victoria.

Excmo. Sr. secretario de Estado y del despacho de la guerra

Un oficial adicto al estado mayor de Maroto escribía pocos dias despues en una carta lo que sigue.

«El descontento del ejército carlista, y aun de los mismos batallones que rodean á Maroto, aumenta cada dia, y sus soldados le acusan altamente de traicion, reconvenccion que parece merecida si se atiende á que el otro dia, cuando Espartero vino de Amurrio á Vitoria por los desfiladeros de Murguia, todo su ejército fué contenido por 30 castellanos en guerrillas, por espacio de media hora. Estas guerrillas no cesaban de gritar: *adelante los batallones: que avancen los batallones;* y es indudable que si estos se hubiesen presentado, hubiera podido quedar destruido todo el ejército; pero Maroto lejos de mandar avanzar las tropas dió á las guerrillas á órden de retirarse, permitiendo asi que Espartero saliese sano y salvo de un paso en que debió dejar la flor de sus soldados. El combate que hubo el dia 14 cerca de Villareal, ha continuado á aumentar la mala disposicion de las tropas, y aun el batallon 1.º de Navarra que asi como el 7.º era muy afecto á Maroto, se ha indignado de la cobardía manifestada en estas dos ocasiones.

En tanto que Maroto preparaba con Espartero la entrada en Guipúzcoa por Durango, debilitaba de tal modo las divisiones de Alava y Navarra, que don Martín Barea pudo devastar impunemente los pueblos de las llanuras de

Vitoria, y don Diego Leon los de las inmediaciones de Estella.

El 23, despues de haber entrado Espartero en Durango, dió Maroto una proclama, en que presentaba la situacion como muy crítica, habiéndose aprovechado el enemigo de la falta de recursos para hacer una invasion, á la cual no habia podido oponerse. En dicha proclama, despues de muchas declamaciones pomposas, se declara contra una transaccion en estos términos: «¿Qué transaccion podeis esperar con un enemigo que lo quema y lo devasta todo, como en Navarra y Alava? Seria una vergüenza, una cobardía: no nos queda otro partido que el de morir con las armas en la mano.»

Espantado D. Carlos de los progresos de los enemigos, convocó una junta en Villareal de Zumarraga, mas habiéndolo sabido Maroto, trató de impedir aquella reunion. Con este fin, envió á decir á D. Carlos que debiéndose reunir el 25 de agosto un consejo en Elorrio, era necesario que viniese á presidirle. Don Carlos marchó con efecto á Elorrio con su escolta de caballería, y al llegar le recibió Maroto: los batallones estaban sobre las armas, y D. Carlos, despues de haberlos revistado, les dijo: «Voluntarios: ¿me reconocéis por vuestro Rey? ¿Estáis dispuestos á seguirme á todas partes?» — «Si sí; hasta la muerte. *Viva el Rey.*» Tales fueron las voces que se oyeron al principio en todas las filas; mas en seguida se manifestó algun tanto de duda; D. Car-

los notó que Maroto, que se hallaba colocado detrás de él, hacia señas á los comandantes de los batallones, y al momento resonaron por todas partes las voces de *viva Maroto, viva nuestro general.*

Entonces D. Carlos se dirigió á los soldados y les dijo: «Voluntarios: donde está vuestro Rey no hay general. Vuestro Rey se dirige á vosotros: responded, os repito, ¿quereis seguirme?»

Los batallones de Guipúzcoa guardaron el mas profundo silencio. Don Carlos creyó que como aquellos soldados generalmente no hablaban mas que en vascuence, no habrian entendido lo que les decia, y mandó á Iturbe que repitiese sus palabras en aquella lengua; mas éste, en vez de obedecer, dijo á los soldados: «Este hombre os pregunta si quereis seguirle, y yo os digo que seria mucho mejor declararse por la paz.» Inmediatamente empezaron los guipuzcoanos á gritar: *viva la paz;* y D. Carlos, aljido con esto, y notando que recíprocamente se hacian señas Maroto y los comandantes, creyó que todo estaba perdido; temió que se apoderasen aun de su persona, y volviéndose hácia su escolta exclamó: «Estamos vendidos» con lo que salió al galope, y pronto llegó á Vergara, donde estaba el cuartel real. En esta escursion acompañaban á don Carlos su hijo y el infante D. Sebastian.

En Vergara dió noticia D. Carlos á la princesa de lo que pasaba, y todo el cuartel real se puso en marcha, sin llevarse siquiera, los efec-

tos de palacio, y la fuga empezó con tanta precipitacion que ni aun se detuvo la familia real á comer hasta Villafranca, adonde llegó á las once de la noche.

Parece positivo que si D. Carlos hubiera tenido un poco de resolucion en Elorrio, hubiera podido hacer arrestar á Maroto, porque los batallones de Castilla le eran afectos, y hubieran obedecido á sus órdenes; pero titubeó, y aquel acto de debilidad decidió su ruina.

Como la voz de traicion se habia hecho general en las provincias, creyó Maroto que debia dirigir las siguientes comunicaciones á su amigo Montenegro, ministro de la guerra, que entonces se hallaba en Villafranca.

Estado mayor general.—«En la noche del día de ayer, se me presentó un parlamentario del ejército enemigo, haciéndome las proposiciones siguientes de parte del gobierno de Madrid.

«Reconocimiento del Sr. D. Carlos María Isidro de Borbon, mi Rey y señor, como infante de España; reconocimiento de los fueros provinciales en toda su estension: reconocimiento de todos los empleos y condecoraciones en el ejército, dejando á mi arbitrio el ascenso ó premio de alguno que se considerase acreedor á ello.

«Lo digo á V. S. para que poniéndolo en conocimiento de S. M. se me prevenga lo que debo contestar; y como en las presentes circunstan-

cias me he propuesto patentizar mi comportamiento hasta en los asuntos mas reservados, ruego se me permita dar al público esta mi comunicacion; advirtiendo á V. S. que en la tarde de este dia me he propuesto tener una conferencia con el jefe superior enemigo, para pedirle mas amplias aclaraciones sobre el particular.»

«Lo que comunico á V. S. para que lo haga saber á todos los pueblos y cuerpos de tropa de la comandancia general de su mando, á fin de que todos los que la componen tengan de ello noticia, y para que sirva á todos de gobierno.»

Dios guarde á V. S. muchos años. Cuartel general de Elgueta 25 de agosto de 1839.

Rafael Maroto.

Sr. encargado del despacho de la guerra.

«En la mañana de hoy he tenido una conferencia con el jefe enemigo, segun me habia propuesto y avisé á V. S. en mi oficio de ayer; pero convencido de la astucia y duplicidad de sus proposiciones, he resuelto combatirle con las fuerzas de mi mando. Espero que V. S. lo pondrá todo en conocimiento del Rey N. S. (que Dios guarde), á fin de que tenga á bien darme á conocer su soberana voluntad, que estoy resuelto á cumplir.»

Dios guarde á V. S. muchos años. Elorio 26 de agosto de 1839.

Rafael Maroto.

Sr. encargado del despacho de la guerra.

Luego que se recibió el parte del 25 de agosto, mandó publicar D. Carlos la proclama siguiente.

«Voluntarios: un acortecimiento tan extraordinario que no tiene ejemplo en la historia de vuestro pais, vendria á manchar las glorias que habiáis justamente adquirido en esta heroica lucha, si continuásen algunos de vosotros en la defeccion á que hoy os han inducido. Con el pretexto de paz se ha dado entrada al enemigo en vuestro suelo, y las cadenas de la esclavitud, la ignominia de vencidos van á reemplazar los laureles de que hasta ahora estabais cubiertos. La lealtad de muchos ha sido sorprendida: son indignas de vuestro valor las proposiciones hechas al Rey N. S. y no es de vosotros abandonarle en manos de sus enemigos. A esto solo, y á ligaros á vosotros al carro de la revolucion, se reduce la paz con que á muchos han alucinado. Seguid al Rey, voluntarios, considerad vuestro heroismo de seis años, y no querais mancharle con un feo delito. Una paz en que se exige la abdicacion del Rey que habeis jurado, una paz convenida entre jefes militares sin autorizacion ni garantia alguna; qué otra cosa puede ser que un engaño para apoderarse de un pais que no han podido dominar por las armas?»

«Desengañaos; esta es la traicion mas infame que han visto los nacidos; morir primero que sucumbir. La causa de Dios peligra, y la de un Rey en cuya defensa está comprometida vuestra

conciencia y vuestro honor. Sois leales por caracter: sois valientes: sois héroes, y nada mas tengo que deciros. Voluntarios: *viva la Religion: viva el Rev.*

Villafranca 26 de agosto de 1839.

Juan Montenegro.

El 27 de agosto escribió Maroto una carta á D. Carlos cuya copia es la siguiente.

SEÑOR:

«Al ponerme á L. R. P. de V. M. como lo ejecuto á nombre de todos los que me acompañan, me atreveré solo á decir á V. M. que nunca es mas grande un monarca que cuando perdona las faltas de sus vasallos. Don Eustaquio Laso presentará á V. M. los sentimientos de mi corazon, para que se digne dirigirme las órdenes que fueren de su soberano agrado. Dios guarde á V. M. dilatados años. Elgueta 27 de agosto de 1839.

Señor:

A. L. R. P. de V. M.

Rafael Maroto.

El 30 publicó D. Carlos otra proclama á la que siguió otra todavia el 31, yendo unida á esta última una de Maroto. Estos tres documentos son los siguientes:

«Pueblos de Navarra y provincias vascongadas:

«Mientras que el enemigo invadía sin resistencia el territorio de estas provincias fidelísimas, abandonándoseles posiciones en que un puñado de valientes, hijos vuestros, habia en otro tiempo rechazado con gloria el impetu reunido del ejército revolucionario y de las legiones extranjeras auxiliares suyas, se os halagaba con palabras de paz, haciéndoos creer que la paz estaba hecha, y que los adelantos del enemigo eran consecuencia de ella, cuando en realidad eran solamente efecto de la mas vil cobardía, si no de un delito mayor. Rey y señor vuestro por el derecho que Dios se dignó concederme con la vida, acepté la guerra que vosotros, sin mas estímulos que los de vuestra lealtad, movisteis al instante mismo de la muerte de mi hermano (q. e. e. g.) y esta guerra que empezásteis con una decision sin ejemplo, y que habeis sostenido con un heroísmo que parecerá fabuloso á los venideros, no es solamente una guerra de sucesion, sino de principios.

«No solo sosteneis con ella mis derechos á la corona, sino tambien los vuestros á la inviolabilidad de la religion santa y de los fueros venerandos de vuestros padres, cuya existencia es incompatible con la del gobierno usurpador y revolucionario. Escuchad sino al jefe de su ejército, al rebelde Espartero en su proclama del 23 de este mismo mes desde Durango, decir á sus soldados las precisas siguientes palabras: *El enemigo desconcertado será batido sino se acoje á*

nuestra generosidad deponiendo las armas, ó sosteniendo con ellas la Constitución de la monarquía española, el trono legítimo de Isabel II, y la regencia de su augusta madre. Los que así lo hagan serán admitidos como miembros de una familia, pero al mismo tiempo la rebeldía será castigada como en Allo y Dicastillo.

«¿Quieren mas pruebas de lo que vuestra religion, vuestras leyes y vuestros fueros y costumbres van á ser con el triunfo de la revolucion? ¿Es esta la paz con que os han halagado, y quereis que vuestros sacrificios heroicos de seis años rematen en la vergüenza de rendidos sin combatir, á discrecion del enemigo? Padre nuestro al mismo tiempo que Rey, yo deseo la paz tanto como vosotros mismos; agradecido á vuestros sacrificios, nada deseo tanto como verlos cesar para poder premiarlos; pero ¿podré suscribir á vuestra ignominia? ¿podré consentir en dejaros á merced de vuestros enemigos? No: moriré antes con vosotros y entre vosotros, pues que no dudo que vuestra decision es tambien la de morir antes que echar un tal borron sobre vuestro heroismo.

«El rebelde Espartero os dice lo que debeis esperar de su victoria á que os conduce infaliblemente la falsa seguridad de paz con que se ha procurado entibiar vuestro ardor contra el enemigo. He dado orden para que se publique tambien la correspondencia del general Maroto, en

la que vereis que aun suponiendo ciertas las indignas proposiciones de Espartero, habeis sido engañados torpemente por los que os han hecho creer en una próxima paz. Vuestro heroismo se resentirá de este engaño y de la facilidad que con él se ha dado al enemigo para ocupar un pais que nunca hubiera logrado pisar por la sola fuerza de sus armas; y mientras animados por vuestras palabras, y aun por vuestro ejemplo, corren vuestros hijos á vengar vuestra buena fé burlada, y vuestro honor ultrajado, rechazando de vuestro territorio á los rebeldes, confiad para la obtencion de una paz justa y duradera en el afecto y agradecimiento de vuestro Rey.»

Carlos.

Real de Lecumberri 3o de agosto de 1839.

«Secretaría de estado del ministerio de gracia y justicia.

«Pueblos de Navarra y de las provincias vascongadas:

«Ved ya consumada la mas negra traicion, y al traidor anunciándoosla con un insolente descaro en la proclama adjunta. Habeis sido vendidos al vil oro del extranjero, y al vil premio de la conservacion de algunos grados, y con vosotros han sido vendidos tambien vuestro Dios, vuestro Rey, vuestro pais y vuestros fueros. El traidor se abstiene de daros á conocer las condiciones de la infame venta que llama tratado de paz, pero sabed que estas condiciones son las

siguientes, estipuladas en Vergara con Espartero en la noche del 28 al 29 del corriente.

«1.^a La conservacion de los grados y empleos militares y civiles, con facultad á los oficiales de continuar sirviendo, y dando á los que no quieran esto ó su licencia ilimitada ó su retiro, y á los que prefieran pasar al extranjero, cuatro meses de paga anticipados.

«2.^a Que los voluntarios depongan sus armas en una comida que se dé á los dos ejércitos, y terminada se entreguen al enemigo todos los efectos y municiones de boca y guerra.

«3.^a Que los prisioneros sigan la ruerte de los cuerpos á que pertenecen.

«Por lo que hace á los fueros de estas provincias, Espartero ha dicho abiertamente que ni su gobierno ni él pueden conservarlos, y la única concesion que ha hecho respecto á este punto, se reduce á prometer que empleará su influjo con las Cortes para su conservacion.

¿Habéis oido jamás una perfidia semejante? Pueblos vasco-navarros y voluntarios: elegid entre vuestro Rey y el traidor que de una manera tan vil corresponde á la confianza que habiais puesto en él, entre vuestro deber y vuestra deshonra; y en fin, entre el gobierno prudente y justo de vuestros padres y el inmoral y desordenado de la Constitucion de Madrid. Vuestra decision, la lealtad que es innata en vosotros, y vuestra constancia, no dejan dudar de vuestra eleccion; seguid á vuestro Rey, y estad seguros

de que S. M. no os abandonará en vuestros peligros y fatigas, hasta que se haya obtenido una paz verdadera, y proporcionada á los sacrificios que habeis hecho por espacio de seis años.»

Cuartel general de Lecumberri 31 de agosto de 1839.

Por real orden,

Paulino Ramirez de la Piscina.

«En vista de la infame conducta de D. Rafael Maroto, S. M. le ha declarado traidor; sujeto á todas las penas que las leyes señalan para el delito de traicion, y puesto fuera de la ley.»

«Voluntarios y pueblos vascongados: nadie se ha manifestado mas entusiasta que yo para sostener los derechos al troño de España del señor D. Carlos Maria Isidro de Borbon; en la época en que me declaré en su favor; pero nadie está mas convencido que yo por la esperiencia de una multitud de sucesos, que jamás podría este príncipe hacer la felicidad de mi patria, único objeto de los deseos de mi corazon. Por esto, unido en sentimientos con los jefes militares de Vizcaya, Guipúzcoa, Castilla, y algunos otros, he convenido para poner término á una guerra desoladora, que se haga la paz, la paz tan deseada por todos, segun se me ha manifestado pública y secretamente.»

«La falta de recursos para sostener la guer-

ra despues de tantos años , y las demostraciones públicas de odio á la conducta de los ministros, me han decidido á dar este último paso.

« Declaré al Rey mis pensamientos y proposiciones con la noble franqueza que me caracteriza , y cuando debia prometerme una acogida digna de un príncipe, se tomó una resolucion en que se me designó como victima.

« En tan crítica posicion se inflamó mi espíritu, y se multiplicaron los trabajos para llegar al término de nuestras desgracias. Al fin he convenido con el general Espartero, estando autorizado en debida forma por todos los jefes que antes he nombrado, en que se acabe para siempre la guerra en estas provincias, que nos consideremos recíprocamente como hermanos y como españoles, y que se publiquen las bases de nuestro tratado. Si las demas provincias quieren seguir nuestro ejemplo y evitar la ruina de sus padres, amigos y parientes , serán admitidas á participar del tratado, mas para esto es necesario que se decidan inmediatamente , y abandonen á los que les aconsejan la continuacion de una guerra que no conviene ni puede sostenerse.

« Los hombres no son de bronce, ni pueden como los camaleones alimentarse de aire. La miseria ha llegado al estremo en el ejército despues de tantos meses en que no ha recibido socorro alguno ; los jefes y oficiales están peor tratados aun que el soldado, pues éste á lo menos está vestido, mientras aquellos reciben úni-

camente una miserable racion, y se les ve marchar con los pies desnudos , sin camisa, y sufriendo bajo todos aspectos las fatigas y privaciones de una guerra tan penosa. Si han venido algunos fondos del extranjero , los habeis visto disiparse entre los que los recibian y manejaban.

« El pais se encuentra agobiado con escesivas cargas ; nadie tiene para atender á sus propias necesidades, y los militares que contaban antes con los socorros de sus familias, participan hoy de la miseria de sus padres , que deploran la generosidad de un sacrificio que solo les produce la desolacion y la muerte.

« Provincianos : sea eterno en nuestros corazones el voto de paz y de union entre los españoles, y desterremos para siempre los rencores y los resentimientos personales. Esto os aconseja vuestro compatriota y general,

Rafael Maroto.

El mismo dia 31 de agosto se pasó á Espartero con 5 batallones de la division de Castilla, 3 batallones, 4 compañías y un escuadron de la de Guipúzcoa, 8 batallones de la de Vizcaya, y 4 obuses de à 12.

CAPITULO II.

Es opinion bastante generalmente admitida entre las personas que han estudiado las cosas de España, que Maroto, antes de entrar en las provincias en mayo de 1838, estaba ya en relacion con los cristinos, y habia formado un plan para entregarles á don Carlos y su ejército; y esta opinion adquiere casi un grado de certeza, cuando se examina la conducta de Espartero desde el momento en que Maroto se presentó á la cabeza del ejército carlista.

Espartero habia empleado los meses de mayo, junio y julio de 1838 en reunir en Logroño, Viana y Puente-la-Reina cerca de 30000 hombres. Un inmenso parque de artilleria se

habia trasladado á la ribera, y se habian traído viveres de todos los puntos de España.

Los carlistas temblaban por la suerte de Estella, y sin embargo, cuando toda la atencion estaba fija en este punto, cuando todos los dias señalaba el del ataque la prensa de Madrid, Espartero se retiró y salió de Navarra sin haber disparado un fusilazo. A vista de este hecho ¿no deberá creerse que la retirada de Espartero delante de 12000 carlistas no tuvo otro objeto que el proporcionar á Maroto una popularidad, que dándole un grande influjo en el ejército le ofreciese medios de poner en práctica su plan? Obsérvense las maniobras de Espartero desde julio de 1838 hasta abril de 1839. y se verá que siempre á la defensiva permite á Maroto que se pasee de un extremo á otro de las provincias, y no se mueve de Logroño ni aun en los momentos en que fueron fusilados algunos generales carlistas en febrero de 1839, y fueron desterrados á Francia los ministros y personas mas influyentes de aquel partido, y en que don Carlos dió un dia un decreto por el que declaró traidor á Maroto, y al dia siguiente espidió otro en que le declaraba su mas fiel vasallo. Cuando el ejército carlista, sumido en un profundo estupor no sabia á quien obedecer y todo en las provincias era confusion y desorden, Espartero, que hubiera podido muy fácilmente penetrar en ellas, y que por lo menos debió intentarlo, con grande asombro de

todos los partidos, permaneció en su pasiva inmovilidad. Mas es porque sabia que obrando Maroto con arreglo á las instrucciones de los clubs jovellanistas de Madrid (3) preparaba la destruccion total de los carlistas, y que hubiera sido imprudente obrar antes que estuviere todo preparado para asegurar el buen éxito del plan que se formaba en silencio.

Maroto pensó al principio unirse al partido que entonces ejercia el poder (4), y trató de atraerse el favor del partido navarro, que en realidad no era otro que el de los realistas puros; mas pronto se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, pues los ministros, que conocian sus antecedentes, no correspondieron á sus ofrecimientos, y el mismo don Carlos no podia olvidar que en cierto modo se le habian impuesto (5). Mas tal era su deseo de captarse la amistad de aquellos mismos á quienes despues sacrificó, que habiendo puesto en sus manos los documentos de los procesos de Elío y Zariategui, opinó que debian ser fusilados, y aun ofreció á Don Carlos, que entonces se hallaba en Elorrio, que él mismo haria ejecutar la sentencia al frente del ejército.

Desechado por el partido realista dirigió Maroto sus miras hácia otra parte, y se declaró protector de los generales que estaban en desgracia, colocándose á la cabeza de los descontentos. Su primer acto fue unir á su persona los batallones 1.º y 7.º de Navarra, que eran muy

afectos á Zariategui, á quien consideraban como una víctima de las intrigas de la corte; y estos batallones bien mantenidos, bien pagados, y siguiendo casi constantemente al general, no tardaron en entregarse á él esclusivamente, y se dispusieron á sostenerle contra todo el mundo.

En seguida trató Maroto, auxiliado por su íntimo amigo el ministro de la guerra Valdespina, de hacer cambios en el personal de los batallones. Con este objeto, cerca de 350 oficiales que se hallaban en servicio activo fueron enviados á los depósitos, y reemplazados por igual número de oficiales que por diferentes motivos se hallaban sin empleo, y que por consiguiente eran enemigos del gobierno y estaban dispuestos á vengarse si se presentaba la ocasion.

Apoyado de esta manera, se acercó Maroto á un partido que habia crecido en la oscuridad y se habia aumentado considerablemente hacia algun tiempo, y este partido se componia de los que pretendian terminar la guerra por medio de una transaccion: cuyas bases fuesen la abdicacion de D. Carlos en favor de su hijo mayor, que se proclamaria Rey de España y se casaria con la joven Isabel, haciéndose algunas concesiones de principios, y sin que ninguno de los dos partidos se considerase como vencido.

Maroto les persuadió que para llegar á la ejecucion de este proyecto era preciso que los comandantes de las diferentes divisiones fuesen

hombres seguros, y dispuestos á sostenerle en todo lo que pudiera emprender para asegurar el buen éxito del plan. Empezó tratando de seducir al brigadier Balmaseda, cuyo influjo temia, y cuya actividad era preciso neutralizar, pues era muy querido en el ejército. Maroto salió mal de su tentativa, pues Balmaseda se mantuvo firme, pero fue privado del mando. Este acto de autoridad tenia un doble objeto, esto es, satisfacer el odio que le habia tomado por el chasco que acababa de llevarse, y probar hasta dónde podia estender el ejercicio de su autoridad, pues no ignoraba el afecto que D. Carlos profesaba á Balmaseda (6). Don Carlos, por razones que no es de este sitio examinar, en lugar de castigar estos actos arbitrarios, segun le aconsejaban sus ministros, cedió, y su silencio persuadió á las tropas de que Balmaseda era criminal y que la conducta de Maroto merecia la aprobacion de D. Carlos. Este triunfo, seguido de algunos otros de la misma clase, animó á Maroto que se afirmó en su designio de deshacerse de los jefes navarros, igualmente que de todas las personas que ejercian algun influjo en el pueblo, y gozaban de la confianza del príncipe.

Desgraciadamente para la causa de los verdaderos carlistas, al llegar la princesa de la Beira á las provincias el 16 de octubre de 1838, venia muy prevenida contra los ministros y contra el partido navarro. Habíale dicho que

estos querian eternizar la guerra para mantenerse en el poder, y que con este fin impedian á don Carlos que tomase ciertas medidas, que hubieran podido conciliarle las potencias de Europa, tranquilizándolas acerca de su conducta futura, y en fin, que con sus intrigas habian hecho quitar el mando del ejército á su hijo D. Sebastian y se oponian á que se le confiase de nuevo. La irritacion de la princesa era grande, y de ella se aprovechó Maroto que hizo circular la voz de que estaba sostenido por ella, y obraba con arreglo á sus órdenes.

La justicia me obliga á decir del modo mas positivo, que ningun acto de la princesa, ninguna palabra salida de sus labios autoriza para creer que jamás haya aprobado ni conocido los planes de Maroto; al contrario, tan pronto como se convenció de las intenciones de este general trabajó quanto pudo para quitarle el mando. ¿Por qué no pudo nunca conseguirlo? Eso permanece cubierto todavia con un velo misterioso.

Por esta época fue cuando habiéndose convencido los generales Sanz y D. Francisco Garcia de que Maroto estaba en correspondencia secreta con Espartero, y que esta correspondencia se sostenia por el intermedio de oficiales que, bajo el pretexto de desercion ó cange, pasaban y repasaban de un campo á otro, y que algunos de estos oficiales, entre otros el coronel Paniagua, habian venido hasta el cuartel general de Maroto, sin motivo alguno ostensible, creyeron que

debían dar parte de sus sospechas á D. Carlos; mas viendo que sus quejas no eran escuchadas, perdieron que se les separase del ejército, por temor de que Maroto al saber que le habían conocido, quisiera sacrificarlos á su propia seguridad. Don Carlos no prestó atención alguna á sus justas reclamaciones, y solo les respondió que tuviesen confianza en él, pues nadie tenía el derecho de quitarles el mando contra su voluntad y mucho menos el de atentar á su vida. Maroto por su parte atormentaba sin cesar á D. Carlos, pidiéndole que mudase el ministerio y todos los jefes de las diversas divisiones del ejército. D. Carlos siempre irresoluto, no satisfacía á ninguno de los dos partidos.

El 5 de diciembre de 1838 alarmados los ministros por el atrevimiento con que se conducía Maroto, rogaron á D. Carlos que aceptase su dimisión, ó pusiese en otras manos el mando del ejército, mas D. Carlos no se decidió á nada, y tuvo en esta irresolución á sus ministros hasta el mes de febrero. Cinco veces le presentaron su dimisión, y siempre los ruegos y promesas del príncipe les decidieron á permanecer en sus puestos. Un día, hablando el obispo de Leon á D. Carlos, le dijo: «Señor, caminamos á pasos precipitados hácia una revolución; hoy es todavía tiempo de que V. M. pueda detener el torrente, pero mañana acaso será arrebatado por él. Permítame V. M. que le suplique me conceda la libertad de retirarme, si prevaleceu

los perniciosos consejos de Maroto; no me obligue V. M. á permanecer en mi puesto para ser testigo de la ruina de la causa mas sagrada y de la deshonra de V. M.» La respuesta de don Carlos fue tal, que el prelado creyó que debía continuar en el ministerio.

A principios del mes de febrero, renovó el obispo sus instancias, y acabó por pedir permiso á D. Carlos para retirarse á Francia. «V. M., le dijo el venerable prelado; parece que está decidido á consumir su ruina: evítad, señor, á vuestros fieles y afectos servidores el triste espectáculo de la degradacion de la dignidad regia, de la pérdida de sus mas gratas esperanzas, y de la de V. M.» D. Carlos rogó de nuevo al obispo que permaneciese á su lado y le ilustrase con sus consejos. «¿Y qué he de hacer?» le preguntó el príncipe.—«Señor, contestó el obispo, ó mude V. M. de ministros, ó su general en jefe. Nosotros no queremos obligar á V. M. á que siga una política que creemos la única capaz de asegurar su triunfo y la tranquilidad del reino; pero ha llegado el momento de que V. M. se coloque á la cabeza de una sangrienta revolución, ó fortifique el poder entre las manos de sus consejeros, poniendo al frente del ejército un general que esté de acuerdo con los principios de aquellos.» D. Carlos manifestó al obispo lo satisfecho que estaba de la política seguida por sus ministros, que no era otra que la continuacion de aquella cuyas bases

había establecido el mismo en Portugal, y terminó prometiéndote que retiraría el mando de manos de Maroto.

Advertido este á tiempo de lo que pasaba, se presentó el 11 de febrero en el cuartel real, que entonoés se hallaba en Vergara, acompañado de algunos batallones en que tenía entera confianza, y es de suponer que su intención fuese fusilar á los ministros y á todos los que él miraba como obstáculos á sus planes, y apoderarse de la persona de D. Carlos. Los consejos de sus amigos produjeron algunas modificaciones en este plan, pues le hicieron observar que cuando los generales navarros supiesen la muerte de los ministros, marcharian contra él y librarian á D. Carlos, y que por consiguiente antes de emprender nada era preciso desembarazarse de aquellos rivales peligrosos. Maroto aprobó este consejo; se puso rápidamente en marcha para Estella, y el dia 18 habian dejado de existir los generales Guergué, García Sanz y Carmona, el intendente Uriz (7) y el secretario Ibañez. (8)

Después de esta horrorosa ejecución publicó Maroto la proclama siguiente:

«Voluntarios: pueblos del reino de Navarra y de las provincias vascongadas:

«Cinco años enteros de heroicos sacrificios en que vuestra sangre se ha vertido á torrentes, vuestras haciendas se han disipado, y habeis sufrido otros mil males que quedarán con-

signados en la historia de vuestra admirable resistencia, no han bastado todavía para saciar la codicia de esos hombres inmorales que, al abrigo de la protección del monarca gozaban de todas las comodidades de la vida, y miraban con indiferencia vuestras fatigas, y aun vuestra muerte, con tal de que ellos pudieran reposar en la molicie y vivir á costa vuestra.

«Todos sabeis cual era el deplorable estado del ejército cuando yo tomé el mando y la dirección de él, y sabeis tambien las fatigas que he arrostrado para merecer vuestra confianza.

«Si mis ruegos al monarca han influido en parte para que se os concediese lo que justamente se os debía, no he podido, sin embargo, obtenerlo todo. Algunas especulaciones particulares que tenían por objeto intereses privados, se han opuesto á mis deseos y han alejado las esperanzas que yo habia concebido, fundadas en reiteradas promesas en que se me habia asegurado que no se olvidaria jamas la justa consideracion que tan bien mereceis. La audacia de esos hombres malévolos ha llegado á tal punto, que han hecho circular noticias en que os injurian, diciendo que con estar bien vestidos y bien pagados nada haceis sino ser gravosos á las poblaciones.

«Han querido obligarme á que os lleve contra las fortificaciones enemigas, ó á que os sacrifique en nuevas expediciones; y cuando han visto la tenaz resistencia que he opuesto á tal

desprecio de vuestras vidas, han recurrido à la traicion y à medios infames para seduciros; han publicado un gran número de escritos subversivos, han declamado en las calles y plazas, y aun en los lugares santos, esparciendo sus ideas de anarquía, de sedicion y de sangre; en fin, han querido envolveros en nuevas calamidades en recompensa de vuestras pasadas desdichas. Los partes que justifican todo esto me han llegado à Tolosa, y me han obligado à cambiar mi plan y pasar apresuradamente à este suelo del honor, de la fidelidad y del valor, para castigar gravemente semejantes escesos.

« Todos vosotros conoceis los hechos, que son notorios; pero ignorais que por tres veces he pedido al monarca por medio de personas respetables que se hallan cerca de mí, que me permita dejar un mando que yo no solicité, pero que una vez aceptado, no puedo dejar envilecer. He visto vuestra constancia, y no ignoro vuestros padecimientos, y agradeciendo la reputacion fraternal que os he merecido, moriré en medio de vosotros, pero no sufriré mas tiempo el triunfo de la astucia, la codicia y la mala fé.

« Los que provocaban una sedicion militar han sido arrestados, y he mandado ejecutar con ellos un castigo ejemplar, que espero pondrá freno à maquinaciones que harian interminables vuestros trabajos, y acaso inútiles, causándoos las mayores desgracias. Acaba de hacerse sentir

el rigor de las penas que imponen las leyes militares, y seré inexorable en aplicarlas à todos aquellos que olviden sus sagrados deberes.

« Cuando se haya disipado el primer germen revolucionario que se ha esparcido entre vosotros, presentaré yo mismo una justificacion legal, que haré con el parecer del consejero de guerra, auditor general del ejército (9), à quien entregaré las pruebas de todo, que se hallan ya en mi poder. (10)

« Voluntarios y nobles hijos de este reino y de las provincias vascongadas: *viva el Rey, viva la subordinacion.* Sea nuestra divisa la religion ó la muerte, y la restauracion de nuestras antiguas leyes. Por esos principios estamos decididos à morir todos. Lancemos de enmedio de nosotros à los ambiciosos que no cooperen de una manera eficaz al triunfo de la causa que defendemos, y por la cual veis à vuestros padres y à vuestros pueblos cubiertos de luto y de miseria.

« Estella 18 de febrero de 1839.»

El G. de E. M. G.

Rafael Maroto.

El 20 dirigió una carta à D. Carlos, haciendo al mismo tiempo publicar su copia, y estaba concebida en los términos siguientes:

SEÑOR:

« La indiferencia con que V. R. M. ha es-

cuchado mis clamores por el bien de su justa causa desde que tuve la honra de ponerme á sus R. P. en el reino de Portugal para defenderla, y mas particularmente desde mis agrias contestaciones con el general Moreno, oscureciendo y despreciando mi particular servicio prestado en la batalla sostenida contra el rebelde Espartero sobre las alturas de Arrigorriaga, la que pudo y debió haber presentado el término de la guerra, puesto que el enemigo contaba solo por aquel entonces con el resto de muy pocas fuerzas despues de que Bilbao hubiera sucumbido encerrado en el todo su ejército con la division inglesa, amilanado y sin recursos para subsistir ocho dias, herido su caudillo, y con la positiva confianza que yo tenia de que un solo hombre no podia escaparse, y de consiguiente la franca marcha de V. M. para Madrid, evitando con su ocupacion los arroyos de sangre que han corrido posteriormente, me han puesto en el duro caso, no de faltar á V. M. como habrán procurado hacerle creer mis enemigos personales, ó por mejor decir, los de la causa de V. M., si, de adoptar algunas medidas que asegurarán el orden para en lo sucesivo, la sumision y disciplina militar y el respeto que las demas clases y personas deben tenerme por el preferente encargo á que he llegado con honor y constantemente, sirviendo con utilidad á mi patria y á mi rey.

«Es el caso, señor, que he mandado pasar

por las armas á los generales Guergué, García, Sanz, al brigadier Carmona, al intendente Uriz, y que estoy resuelto, por la comprobacion de un atentado sedicioso, para hacer lo mismo con otros varios, que procuraré su captura, sin miramiento á fueros ni distinciones, penetrado de que con tal medida se asegurará el triunfo de la causa que me comprometi á defender, no siendo solo de V. M. cuando se interesan millares de vivientes que serian victimas si se perdiera; sirviéndome en el dia para el apoyo de mis resoluciones la voluntad general tanto del ejército como de los pueblos, causados ya de sufrir la marcha tortuosa y venal de cuantos han dirigido el timon de esta nave venturosa cuando ya divisa el puerto de su salvacion.

«Sea alguna vez, mi rey y señor, que la voz de un vasallo fiel hiera el corazon de V. M. para ceder á la razon, y escucharla aun cuando no sea mas que porque conviene; seguro, como debe estarlo, de que el resultado le patentizará el engaño y particulares miras de cuantos hasta el dia han podido aconsejarle.

«En manos de V. M. está, señor, la medida mas noble, mas sencilla y mas infalible para conciliarlo todo. No desconoce V. M. el germen de discordia que se abriga y sostiene por personages en ese cuartel real; mándeles V. M. marchar inmediatamente para Francia, y la paz, la armonía y el contento reinará en todos sus

vasallos: de lo contrario, señor, y cuando las pasiones llegan á tocar su término de acaloramiento, los acontecimientos se multiplican y se enlazan las desgracias, que siempre deben estimarse como tales, la precision de proceder contra la vida de sus semejantes.

«Resuelto he estado para retirarme al lado de mis hijos, porque yo, señor, no vine á servir á V. M. por buscar fortuna ni reputacion; pero al presente no puedo ya verificarlo, consagrada mi existencia al bienestar y felicidad de los pueblos y del ejército que pertenece á estas provincias, por y lo tanto ruego á V. M. de nuevo se preste á conceder lo que todos desean, y que tal vez facilitará el término de una guerra que inunda el suelo español de sangre inocente, vertida al capricho y á la ferocidad de algunos ambiciosos.

«Tengo detallado á V. M. repetidas veces las personas que por sus hechos han buscado la odiosidad general, y muy cerca de si tiene las que merecen opinion, no solo entre nosotros; llámelas V. M. á su lado para la direccion y consejo en todos los asuntos que particularmente en el dia nos agitan, y V. M. se convencerá de haber dado el paso mas prudente y acertado.

«Sabe V. M. que tiene sepultados en rigurosas prisiones por años enteros á gefes beneméritos, que la emulacion, ó la mas negra intriga indudablemente, pudo presentar á V. M.

como criminales ó traidores, bajo cuyo principio se formó una causa que la malicia tiene oscurecida con admiracion de la Europa entera, y V. M. debe conocer que hay un empeño sin-luego de sostener el concepto que arrojó desde luego su real decreto que le hicieron firmar y publicar despues de su regreso á estas provincias (11); y V. M. no habrá olvidado cuanto sobre este particular tengo dicho al secretario D. José Arias Tejeiro para venir en conocimiento de quién es el autor de tanto compromiso.

«Yo debo salvar mi opinion y justificar mi comportamiento á la faz del mundo entero que me observa; y por lo tanto me permitirá V. M. que dé al público por medio de la imprenta esta mi reverente manifestacion; asi como sucesivamente todo cuanto haga referencia á tales particulares. Dios guarde la R. P. de V. M. dilatados años para bien de sus vasallos.

«Cuartel general de Estella 20 de febrero de 1839.

Señor:

A L. R. P. de V. M.

Su vasallo y general

Rafael Muroto.

El 19 supo D. Carlos la muerte de sus mas fieles generales y de sus mas firmes apoyos, en Estella, y su sentimiento y el de su esposa fué tan grande, que se alarmó toda la servidumbre

de palacio. Los ministros en cuerpo se presentaron al príncipe y le suplicaron que partiese al momento para ponerse á la cabeza del ejército, conjurándole que tomase una resolución digna de él y de sus valientes defensores. D. Carlos lo escuchó todo, pero no dió respuesta alguna, y se pasaron los días 19 y 20 sin que tomase ninguna determinacion. El 21 pareció que despertaba de su letargo, y queriendo hacer entonces lo que hubiera debido hacer desde el 19, dictó á Arias Teijeiro la siguiente proclama:

Voluntarios fieles vascongados y navarros.

« El general D. Rafael Maroto, abusando del modo mas péfido é indigno de la confianza y la bondad con que le habia distinguido á pesar de su anterior conducta, acaba de convertir las armas que le habia encargado para batir á los enemigos del trono y del altar contra vosotros mismos. Fascinando y engañando á los pueblos con groseras calumnias, alarmando, escitando hasta con impresos sediciosos y llenos de falsedades á la subordinacion y á la anarquía, ha fusilado sin preceder formacion de causa á generales cubiertos de gloria en esta lucha y á servidores beneméritos por sus servicios y fidelidad acendrada, sumiendo mi paternal corazon en amargura. Para lo raro ha supuesto que obraba con mi real aprobacion, pues solo asi

podria encontrar entre vosotros quien le obedeciese. Ni la ha obtenido, ni la ha solicitado, ni jamás la concederé para arbitrariedades ni crimines; conoceis mis principios; sabeis mis incantes desvelos por vuestro bienestar y por acelerar el término de los males que os afligen.

« Maroto ha hollado el respeto debido á mi soberania y los mas sagrados deberes, para sacrificar alevemente á los que oponen un dique insuperable á la revolucion usurpadora, para esponeros á ser victimas del enemigo y de sus tramas. Separado ya del mando del ejército, le declaro traidor, como á cualquiera que despues de esta declaracion, á que quiero se le dé la mayor publicidad, le ausilie ú obedezca. Los gefes ó autoridades de todas clases, cualquiera de vosotros está autorizado para tratarle como tal si no se presenta inmediatamente á responder ante la ley. He dictado las medidas que las circunstancias exigen para frustrar este nuevo esfuerzo de la revolucion, que abatida, impo- nente, próxima á sucumbir, solo en él podia librar su esperanza. Para ejecutarlas, cuento con mi heroico ejército y con la lealtad de mis amados pueblos, bien seguro de que ni uno solo de vosotros al oir mi voz, al saber mi voluntad, se mostrará indigno de este suelo, de la justa y sagrada causa que defendemos, de las filas en que me glorio de marchar el primero para salvar el trono, con el auxilio de Dios, de to-

dos sus enemigos, ó perecer si preciso fuere entre vosotros.

«Real de Vergara 21 de febrero de 1839.»

Carlos.

Al momento que se publicó esta proclama, se reunió en palacio un consejo á que asistió el príncipe de Asturias. La mayoría de los individuos que la componian, fué de parecer de que D. Carlos debía ponerse á la cabeza del ejército, y proceder inmediatamente á la prision de Maroto; la minoría opinó que D. Carlos se retirase á Segura, de allí á Alzua y en seguida á Estella, ganando asi tiempo y evitando toda reunion con Maroto, á fin de probar á las tropas que estaba firmemente decidido á llevar á efecto su proclama. Desgraciadamente prevaleció la opinion de la minoría. En dicho consejo manifestó el príncipe de Asturias una energía digna de su nacimiento. «Señor, dijo á don Carlos, permitame V. M. que vaya al ejército; leeré la proclama de V. M. á los valientes voluntarios, me presentaré solo á los fieles defensores de V. M. y haré prender al general Maroto. No me lo niegue V. M., pues estoy seguro del buen éxito.» D. Carlos se negó á ello.

Algunas horas despues se reunió segundo consejo, al que asistió el brigadier Balmaseda, á quien D. Carlos habia enviado á buscar al castillo de Vergara, donde se hallaba detenido.

Balmaseda prometió apoderarse de Maroto vivo ó muerto, mas encontró la misma negativa de parte de D. Carlos. Al fin en otro consejo se acordó llamar á Villareal y darle el mando de cuatro batallones que se hallaban en Alzua tomando el de todo el ejército el príncipe de Asturias. Pero cuando el duque de Granada de Ege, que habia sido nombrado ministro de la guerra en lugar del marques de Valdespina, presentó el decreto á D. Carlos, este se negó á firmarle diciendo que habia reflexionado que el príncipe era demasiado jóven para ocupar un puesto tan importante, Villareal dijo que no consentiria en aceptar empleo alguno, á menos que Urbistondo, Latorre y Guibelalde volvieran á ser ocupados activamente. Concedióseles esto, y las tropas destinadas á proteger á Tolosa se confiaron á Urbistondo, que vino á recibir instrucciones, en las cuales se le previno que impidiese á cualquiera costa que Maroto entrase en la ciudad de Tolosa.

El 23 se hallaba el cuartel en Villafranca, y se hacian los preparativos para la marcha á Segura. A las ocho y media de la noche estaba el caballo de D. Carlos ensillado y á la puerta de palacio, y los ministros, parte de la servidumbre y la mitad de la guardia real, caminaban ya para Segura, cuando en el momento mismo en que D. Carlos iba á montar á caballo se presentó en palacio el conde de Negri, y á pesar de la oposicion de la guardia real queofre-

ció á D. Carlos morir peleando en su defensa, entró Negri y obtuvo que D. Carlos le recibiese en audiencia secreta. Apenas habia salido de palacio cuando llegó Urbistondo (12) que declaró á D. Carlos que Maroto acababa de entrar en Tolosa y que lejos de oponerse á su entrada en dicha ciudad, se habia unido á él, como igualmente las tropas que tenia á sus órdenes. La posicion de D. Carlos se hacia cada vez mas difícil, y se decidió á permanecer en Villafranca.

D. Juan Echegarri esperaba las órdenes de D. Carlos, á quien acompañaba en todos sus viajes, y se habia recostado en su cama cuando vinieron á decirle lo que pasaba, y anunciarle que no se verificaba la marcha; inmediatamente pasó al cuarto de D. Carlos y le pidió permiso para separarse de él y poner su vida á salvo. Don Carlos le rogó que no le abandonase en aquel momento. «¿Puede V. M. protegerme?» le preguntó D. Juan.—«Yo suplicaré en favor tuyo,» contestó.—«No señor; jamás permitiré yo que V. M. se humille hasta ese punto delante de un vasallo suyo. Permitame V. M. que me retire.»—Y ¿á dónde irás que no te prendan?»—«Tranquílcese V. M. sobre eso, que yo sabré defenderme; no podrian cogermé, si yo no quisiera.»

Arias Tejeiro y los demas ministros pasaron una noche cruel en Segura, y al rayar el día 24 Tejeiro volvió á Villafranca. Al llegar

pasó á palacio y pidió una audiencia á D. Carlos, la cual obtuvo á pesar de los obstáculos que le opusieron las personas que rodeaban al monarca. Don Carlos estaba todavía acostado, pero se levantó á las siete y media para recibir á Tejeiro. Cuando el ministro le preguntó por qué no habia pasado á Segura, como habia prometido, D. Carlos le dió esta lacónica respuesta: «Todo está acabado; he consentido en cuanto han exigido de mí; ponte en cobro, porque yo no puedo protegerte.» Don Carlos estaba muy conmovido, y al separarse de Arias Tejeiro, le estrechó entre sus brazos diciéndole: «Mis actos son fruto de la violencia, te lo aseguro bajo mi palabra. Informa á Cabrera y al conde de España de lo que ha pasado aquí; díles que no estoy libre, y si puedes ir á reunirme con ellos será lo mejor de todo.»

El mismo dia firmó D. Carlos la siguiente proclama, obra de Arizaga, auditor general del ejército y amigo íntimo de Maroto. Los términos en que está concebida, ofendieron algo á D. Carlos que se atrevió á hacer algunas objeciones; pero Arizaga le dijo: «El general me ha prohibido que deje cambiar ni una sola palabra,» y D. Carlos firmó.

«Animado constantemente de los principios de justicia y rectitud que he consignado en todos los actos de mi soberanía, no he podido menos de ser altamente sorprendido cuando con nuevos antecedentes y leales informes he visto y

conocido que el teniente general D. Rafael Maroto ha obrado con la plenitud de sus atribuciones y guiado por los sentimientos de amor y fidelidad que tiene acreditados en favor de mi justa causa. Estoy ciertamente penetrado de que siniestras miras fundadas en equivocados conceptos, cuando no hayan nacido de una criminal malicia, si pudieran ofrecer á mi régia confianza hechos exagerados y traducidos con dañada intencion, no deben permitir pase mas tiempo sin la reparacion debida á su honor mancillado; y aprobando las providencias adoptadas por dicho general, quiero que continúe como antes á la cabeza de mi valiente ejército, esperando de su acendrada lealtad y patriotismo, que si bien ha podido resentirle una declaracion ofensiva, esta debe terminar sus efectos con la seguridad de haber recobrado aquel mi gracia y la vindicacion de su reputacion injuriada. Asimismo quiero se recojan y quemem todos los ejemplares del manifiesto publicado, y que en su lugar se imprima y circule esta mi espresa soberana voluntad, dándose por orden en la general del ejército, y leyéndose por tres dias consecutivos al frente de los batallones.

Real de Villafranca á 24 de febrero de 1834.

Carlos. (13)

El 25 pasó Maroto á Villafranca, acompañándole algunos batallones afectos á su persona,

y el escuadron de Carrion. Esta caballeria llegó á las puertas mismas de palacio y formó en batalla en frente de ellas, llevando cargadas las carabinas. Maroto subió á la antecámara donde encontró á Villavicencio, y apoyando las dos manos en el puño del sable cuya punta tocaba al suelo, le dijo: «Esto ya es otra cosa; ahora se puede venir á palacio, sin peligro de volver á encontrar en él á toda esa canalla.» Admitido á la presencia de D. Carlos, le pidió Maroto del modo mas imperioso las cabezas del obispo de Leon, Arias Tejeiro, Lamas Pardo, D. Celestino Celis y D. Diego Miguel Garcia, y estaba tan resuelto á mandarlos fusilar que la víspera habia encargado á Urbistondo que dijese á don Carlos que aunque los ocultase entre las suelas de sus zapatos, vendria á sacarlos de allí. Don Carlos, sin embargo, se negó á satisfacer tan bárbara exigencia; Maroto no se atrevió á insistir mas, y se decidió su destierro. (14)

El 27 salió D. Carlos de Villafranca y fue á Tolosa, y el dia siguiente se puso Maroto en marcha para Vizcaya con 4 batallones de infanteria y 2 escuadrones de caballeria. Desde aquel momento fue dueño de todas las provincias, y auxiliado por el ministro de la guerra el brigadier Montenegro, emprendió la reorganizacion del ejército. Ello recibió el mando de Navarra; D. Simon Latorre el de Vizcaya; Alzáa fue confirmado en el de Alava, é Iturriaga en el de

Guipúzcoa; los batallones castellanos se pusieron á las órdenes de Urbistondo; Villareal fue nombrado ayudante de campo de D. Carlos, y Zariátegui agregado al estado mayor. Por medio de estos nombramientos quedaba todo el ejército á disposicion de Maroto, y le era imposible á don Carlos dar paso alguno sin su conocimiento.

Verificados estos cambios en el mando del ejército, dió una orden al ministro de la guerra, por la cual se mandaba á Zorrilla, baron de Juras Reales, Otal y Villeda, consejeros de Castilla, Arpe, corregidor de Vizcaya, y Piedra, corregidor de la isla de Leon, que examinasen las piezas del proceso formado contra Elió y Zariátegui. Los anales de la historia no presentan un hecho semejante al de esta supuesta investigacion judicial; dos de estos magistrados habian tenido ya parte en el proceso en la época en que se intentó juzgar á los generales, y entrambos los habian declarado culpados; ahora se les pedia una nueva opinion acerca de las causas, y los acusados no solamente estaban en libertad, sino que acababan de ser colocados á la cabeza del ejército. Para hacer mas ridiculo este simulacro de justicia, un ayudante de campo de Elió fue el que llevó á cada uno separadamente los documentos del proceso, rogándole de parte de su general que abreviase su despacho lo mas que pudiera.

Al llegar á Vizcaya caminó ya Maroto re-

sueltamente hácia el fin que se habia propuesto desde mucho tiempo. Su correspondencia con Espartero recibió mayor actividad, y fueron exorbitantes sus exigencias; mas las respuestas de Espartero, evasivas al principio, se hicieron menos satisfactorias cuando por la toma de Ramales y otros puntos pudo internarse en Vizcaya. Asustado Maroto, se dirigió á lord John Hay, rogándole que obtuviese de Espartero algunas promesas positivas, y si fuese posible la garantia de la Inglaterra. Lord John Hay consintió en ello, y habiéndose puesto de acuerdo con Espartero, envió un oficial con pliegos para lord Palmerston. Este ministro recibió con tal placer las proposiciones hechas por Maroto para vender al monarca, que en medio de su alegría olvidó su acostumbrada circunspeccion, comunicando á alguno sus esperanzas, y su confidente fue sin duda bastante indiscreto, puesto que un amigo de D. Carlos recibió la siguiente carta.

Londres 29 de mayo de 1839.

«Mi querido amigo: supongo que estará usted al corriente de todo lo que pasa, así como de la traicion de Maroto (*), que por el vil in-

(*) Repetimos aqui en particular, lo que en general hemos dicho en la advertencia preliminar; no

terés de una cantidad en dinero, y la promesa de la capitania general de la Habana, ha vendido á su patria, á su rey y á sus hermanos.

«De los partes oficiales que ha recibido este gobierno del coronel Lacy, y que yo he visto, resulta que el rey se hallará muy pronto en la misma situacion que se encontró D. Miguel cuando se hizo el tratado de Evora-Monte.

«Parece que el gobierno español queria encerrar á D. Darlos en Iviza, pero el ministerio inglés, mas generoso, ha pasado notas pidiendo que se le permita fijar su residencia en Italia.

«En este momento deben haberse atacado ya todas las líneas para estrechar el terreno y hacer mas facil la ejecución del plan convenido. He dado noticia de todo esto al gobierno del rey, y aun he remitido documentos justificativos por diversos caminos, pero parece que Ramirez de la Piscina se ha puesto de acuerdo con M. de L. para que se le entregue toda mi correspondencia. Nada llega á noticias del rey, que

tratamos de ofender al general don Rafael Maroto ni á nadie, y así es que cuantas veces hemos encontrado en el testo espressiones que podrian denigrarle, las hemos suprimido, y hemos omitido varias notas enteras del autor que tenian ese caracter. Sin embargo, en los documentos, de cualquiera clase que sean, nos hemos visto en la necesidad de conservar el lenguaje que usan, aunque sea duro porque lo contrario habria sido desfigurar dichos documentos.

ignora absolutamente la suerte que le preparan, y yo no veo otro medio de salvacion que el que S. M., ó á lo menos el príncipe, vaya á reunirse con los condes de España y de Morella. Cuando esten ocupadas las provincias y entregado el rey, debe pasar Espartero á Aragon con un ejército de 80000 hombres para destruir al conde de Morella, y en seguida al de España. Solo Dios puede salvarnos; tengamos confianza en él, pero seria preciso un milagro para desbaratar los planes del arzobispo de Toledo y del capitán general de la Habana, pues ya sabrá vd. que se han ofrecido estas dos dignidades al P. Cirilo y á Maroto, y demas asociados marotistas, que bien merecian tener la misma suerte que Quesada.

«He recibido cartas del cuartel real, del 17, y son verdaderamente desconsoladoras, pues SS. MM. y AA. estan cautivos, desesperados y sin un cuarto. El P. Cirilo ha hecho ir á Tasset al cuartel real á fin de contraer un empréstito, pero no creo que pueda conseguirse nada de él, pues es tan sagaz como S. E. y aunque no es fraile, tiene mas habilidad que la que el otro se imagina.

«Don Manuel Aznarez ha salido para Paris, donde se pondrá á la cabeza de la junta.

«El decreto dado para la devolucion de los bienes de los cristinos es obra del P. Cirilo; le habia redactado aqui, y era una de las primeras medidas que debian ponerse en planta luego que

se hallase en el poder. Su amigo Chacon, ministro de marina por el gobierno de Madrid, ha caído, y esto es una felicidad para nosotros.

«Zea Bermudez se encuentra aquí; está mejor informado que nosotros de todo cuanto pasa en el cuartel real, y detesta á Maroto á causa de sus infamias.

«Otras muchas cosas pudiera decir á vd. pero supongo que ya las sabe.»

R. S.

En la misma época que se escribió esta carta, los realistas desterrados recibieron del mismo sugeto otra muy importante, que les decidió á publicar la siguiente proclama.

«Voluntarios de Carlos V, y pueblos vascongado-navarros.»

«El hombre de maldicion, el impío Maroto ha consumado su obra de iniquidad; ha vendido á los cristinos el ejército, el pueblo y vuestros venerandos fueros, y á los ingleses vuestro rey, prometiéndoles entregársele en San Sebastian.

«Una feliz casualidad ha revelado el detestable proyecto del infame Maroto.

«Se ha interceptado en Francia su correspondencia, y en ella se ha hecho el espantoso descubrimiento de la sacrilega venta que ha hecho el miserable, de su patria y de su rey.»

Esta proclama produjo una gran sensacion, pero era tal el terror que inspiraba Maroto que nadie se atrevia á quejarse, y mucho menos á examinar en público sus acciones. Su poder se habia aumentado considerablemente con el apoyo que le daba el partido de los transaccionistas, pues creyendo estos que trabajaba para su interés, hicieron los mayores esfuerzos á fin de mantenerle en su puesto; formaron juntas en diversos puntos del pais, sus principales agentes Madrazo y Orejon iban y venian de Bayona, á Paris y á las provincias, y las correspondencias secretas eran sumamente activas. Los individuos de estas juntas suponen que su objeto era legitimo, pues estando los pueblos fatigados y deseosos de la paz, el único medio de obtenerla era la abdicacion de D. Carlos en favor de su hijo y un casamiento entre éste y la joven Isabel; pero protestan altamente contra toda intencion de abandonar sus principios, y se quejan amargamente de Maroto, que, segun dicen, les ha engañado hasta el último momento. Pensando caritativamente se debe creer en su sinceridad, pero es de temer que la historia se muestre mas severa con respecto á ellos.

Los realistas desterrados, asustados al ver la suerte que esperaba á la causa por quien habian sacrificado sus bienes y familias, y temiendo mucho por la seguridad personal de D. Carlos, tomaron algunas medidas para que llegase á conocimiento de este el peligro de su situa-

cion. Con este objeto publicaron varios documentos, y entre ellos el siguiente dirigido á los habitantes de las provincias vascongadas.

Voluntarios y pueblos vasco-navarros.

«Maroto está pronto á consumir vuestra ruina; entrega todas vuestras plazas fuertes y va á imitar la conducta de los generales portugueses en Evora-Monte. Como lo fue don Miguel, D. Carlos será entregado á sus enemigos.

«No creais los rumores que hacen circular de que vienen 50000 franceses á sostener á Maroto; ese es un engaño que no tiene otro objeto que el de adormeceros en una engañosa seguridad, para tener el tiempo necesario para consumir el crimen.

«Maroto está abandonado por las potencias del Norte, y el gobierno francés prepara una escuadra para bloquear vuestros puertos.

«Voluntarios y pueblos: ¡á las armas! Salvad á vuestro rey y con él vuestras personas y fueros.

«¡Viva la religion! ¡viva el rey! — 19 de junio de 1837.»

Inmediatamente que se abrió la campaña contra Ramales, escribió Maroto á D. Carlos, pidiéndole que le diese el mando en jefe de todos los ejércitos carlistas, y para apoyar esta

pretension decia que hallándose próximo á poner en ejecucion un vasto plan que habia meditado mucho tiempo, era indispensable que los condes de España y de Morella estuviesen á sus órdenes, pues necesitaba su cooperacion. D. Carlos sometió esta estraña pretension al consejo supremo de la guerra para que la examinase y diese su parecer acerca de ella. El consejo se componia de los generales Eguía, Lardizabal, Saraza, Cabañas, y el conde del Prado, y de los magistrados Lorenzo, Mozo, Arrizaça, Ventos, Frias, y Maruri; del fiscal civil Eyaralar, y del fiscal militar el brigadier Estrau.

Habiéndose reunido el consejo se suscitó un violento debate; la peticion de Maroto fue apoyada fuertemente por Eguía, Saraza, el conde del Prado y Arizaga, pero la mayoría se declaró en contra y fue desechada. Eyaralar para probar que debia negarse la pretension se fundó principalmente en la imposibilidad de poner á un antiguo militar como el conde de España á las órdenes de Maroto, y añadió que ni el ni Cabrera, que tan eminentes servicios habian hecho á la causa carlista, consentirian jamas en ver á Maroto generalísimo y obedecerle.

En los primeros dias del mes de julio envió Espartero á Maroto un periódico de Madrid que publicaba algunas cartas que se habian interceptado, y estaban escritas por Arias Tejeiro desde el campo de Cabrera, y enviadas á don Carlos con sobre al ministro de hacienda Mar-

có del Pont. Terrible fue la cólera de Maroto, y con trabajo pudieron sus amigos impedirle que se dirigiese al cuartel real á satisfacer su rabia en el mismo D. Carlos, mas al fin le hicieron conocer que su precipitacion iba á desbaratar un plan tan bien concebido, en el cual se trabajaba tanto tiempo hacia, y que tan buenos resultados debia producir. Tranquilizado Maroto escribió á Marcó del Pont que sabia que estaba en correspondencia con los desterrados en Bayona, y que esta conducta podia atraer sobre él grandes desgracias, poniendo en peligro su cabeza y aun la de D. Carlos, pero que su generosidad era tal, que se lo advertia para que saliese del cuartel real, y no volviera á poner los pies en él.

Marcó del Pont presentó esta carta á don Carlos, mas cediendo á las instancias de éste consintió en permanecer á su lado. Cuando Maroto supo que Marcó del Pont habia desobedecido sus órdenes, resolvió hacerle asesinar, mas prevenido aquel á tiempo, creyó que debia ponerse á cubierto de la venganza de Maroto, y abandonando á Oñate se retiró á un sitio seguro, donde permaneció hasta despues de haberse pasado Maroto, que fue de nuevo llamado por D. Carlos. Desde su retiro escribió Marcó del Pont para engañar á Maroto, una carta con fecha de San Juan de Luz, á un tal Beotas, empleado en el ministerio de hacienda, circunstancia que dió origen á la voz de que se había

refugiado en Francia, y le libró de las persecuciones.

El 18 de julio envió Maroto á Montenegro, para que la refrendase, la siguiente real orden, dirigida al mismo Maroto.

« Excmo. Sr.: A medida que se acerca el término fijado por la divina Providencia para la cesacion de la actual lucha fratricida, la revolucion agota los mas execrables medios para retardar su caída, poniendo en juego maniobras infernales y procurando introducir la desunion entre los valientes y fieles defensores de la justa causa, mientras sus batallones aterrados por los intrépidos esfuerzos de los heroicos voluntarios, salen únicamente de sus guaridas para destruir con la tea incendiaria las haciendas de los pacíficos habitantes, sembrando por todas partes adonde puede alcanzar su tiránico poder, la desolacion y la ruina, y huyendo cobardemente en el momento que se les descubre: ensayando por otra parte las viles armas de la intriga, aprovechando las mezquinas pasiones y los innobles deseos de algunos apóstatas de los principios monárquicos, espulsados de estas provincias por causa de su criminal ambicion y de sus excesos, y que, si acaso no obran de acuerdo con la revolucion, como parece muy probable, la sirven por lo menos con la mayor utilidad con sus infames planes, urdidos para volver á obtener en el gobierno un influjo que no adquiriran jamás; pues la justicia del sobe-

rano está cada vez mas convencida de la peligrosa direccion que estos falsos realistas daban á los negocios del Estado, asi como de las medidas arbitrarias, cubiertas con la máscara de una lealtad á toda prueba, por cuyo medio sostenian su omnipotencia.

«Desesperados por su bien merecida separacion del lado del monarca, tan luego como este los ha conocido, arrojan ya la hipócrita máscara de su mentida adhesion á la causa legítima, y para tratar de destruirla por medio de otro plan, envian á uno de sus corifeos, dotado de sagacidad, al mismo tiempo que lleno de ambicion al lado de un general joven y cubierto de recientes laureles, y aprovechándose de su ardiente entusiasmo, y de su apasionado amor á su rey; le pintan á éste como privado de su libertad y rodeado de enemigos que abusando de su real nombre dictan medidas propias para minar y destruir sordamente el trono, á fin de que aquel heróico guerrero, persuadido asi de esta intriga, se niegue á escuchar la voz legítima de su soberano, cuando se le transmita por órganos que se suponen infieles. Tambien quedarán engañados en esta última esperanza, como lo han sido en las anteriores, pues tan luego como la verdad consiga disipar las sombras de la impostura en el corazon de aquel jefe, será el primero á detestarlos y procurar su castigo, que no está distante, uniendo sus esfuerzos como ha hecho hasta aqui con

los de V. E. y de sus mas valientes soldados para terminar la lucha.

«A la vista tenemos varios ejemplos que confirman esta verdad. Las cartas de un desterado, y del general Cabrera, circulan en los periódicos revolucionarios, y no siendo todo cuanto contienen mas que un tejido de falsedades y enredos, no tienen otro objeto que el de introducir en este valiente ejército la desconfianza y la falta de union que es indispensable para el triunfo.

«Por otra parte, han esparcido noticias relativas á la direccion que se ha dado á los fondos que suponen existentes, y destinados á nuestros leales defensores; y finalmente en todo lo que han hecho circular, se sirven de espresiones dirigidas á deprimir y envilecer la autoridad real, y á difamar á su gobierno y á los jefes militares. Y como desgraciadamente hay personas que por malicia, ignorancia ó debilidad, dan á lo que oyen diferentes interpretaciones, este inconveniente ha llamado la atencion del soberano, y á fin de evitar los resultados que la circulacion de tantas falsedades pudiera causar en su leal ejército, y entre los fieles habitantes de estas provincias, me manda el rey diga á V. E. como de real orden lo ejecuto, que S. M. reprueba altamente un medio tan infame, y que dictará las medidas mas oportunas para castigar con mano fuerte á los que olvidando la indulgencia con que en otras

ocasiones ha perdonado sus faltas, hacen todos sus esfuerzos para alterar la buena armonía y confianza que reina entre sus vasallos, falsificando instrucciones que no tienen, é invocando los sagrados nombres de Dios y de su Santísima madre, para ocultar el veneno de sus escritos.

« En resumen, quiere S. M. que no solo re-doble V. E. su actividad, sino que á fin de evitar la circulación y propagacion de semejantes imposturas, vigile la conducta de aquellos que olvidando sus deberes como militares y como vasallos, puedan tener parte en tales maquinaciones que S. M. detesta y trata de castigar.

« De real orden lo digo á V. E. para su conocimiento, previniéndole que con esta misma fecha, y sin perjuicio de las instrucciones que V. E. pueda dar á los comandantes generales, se les traslada esta soberana resolucion para su puntual y exacto cumplimiento.

« Dios guarde á V. E. muchos años.

« Cuartel real de Oñate 18 de julio de 1839. »

Montenegro.

Excmo. Sr. jefe de estado mayor general del ejército.

* Pocos dias despues de la publicacion del documento anterior, dió Maroto una orden general, que decia así:

« Orden general del ejército.—Orozco 23 de julio de 1839.

« El Excmo. Sr. secretario de estado y del despacho de la guerra, en real orden de 20 de este mes, me dice lo que copio.

« Excmo. Sr.: — Al conde de Morella digo con esta fecha lo que sigue.—Excmo. Sr.: El real corazon de S. M. se ha affligido de ver en los periódicos revolucionarios y extranjeros dos cartas dirigidas á su real persona por V. E. y por D. José Arias Tejeiro, interceptadas por el enemigo, y cuyo tenor desgraciadamente censura la voluntad soberana con que S. M. gobierna libre y espontáneamente á sus leales pueblos, y dicta las medidas que deben salvar á los que todavia gimen bajo el pesado yugo de la usurpacion. Su dignidad y el triunfo de la justa causa exigen que se destruyan los desagradables y trascendentales efectos que su lectura y publicidad pueden causar, y en su consecuencia, ha decidido S. M. que D. José Arias Tejeiro, conforme al relato de su mismo escrito, no solo ha quebrantado su destierro, sino que ha supuesto una autorizacion real, por cuyo medio ha sorprendido á V. E. y le ha persuadido de que llevaba instrucciones del monarca para manifestar el estado de abatimiento en que se hallaba.

« De este modo ha tratado Arias de oscurecer la gloria de V. E. separándole de la obediencia del gobierno, lo cual seria el mayor triunfo para la revolucion, á la que ha dado Arias la mejor prueba de afecto, invocando de una manera sacrilega el nombre de Dios y el del rey.

Arias queda privado de su dignidad de consejero de Castilla y demas honores con que S. M. habia tenido á bien recompensarle, y de que ha hecho un abuso tan criminal. S. M. manda que Arias, Alvarez Arias, y todos los demas que con él han traspasado los limites de la frontera de Francia, sean enviados con escolta al comandante general de Cataluña, bajo la mas estrecha responsabilidad, quedando aquel encargado de conducirlos del mismo modo hasta la frontera. En fin, para quitar á su real ejército y á sus pueblos todo motivo de inquietud que puedan inspirar la permanencia en la frontera de todos los comprendidos en el decreto de destierro con el revolucionario Arias Tejeiro, se les prevenirá que se internen en el reino de Francia, lo que deberán ejecutar con toda la brevedad posible, y los que inmediatamente no cumplan esta soberana voluntad, quedarán privados de sus empleos y de todas las dignidades que deben á su real munificencia.

« El rey quiere que esta real resolucion, que notifica igualmente á V. E. en una carta autógrafa, se ejecute sin la menor dilacion, y yo estoy persuadido de que V. E. celoso de su reputacion y de la gloria que ha adquirido en las señaladas victorias que tantas veces ha ganado, no permitirá que se empañe ni por un solo momento su honrosa carrera militar, ni la fidelidad y obediencia que siempre ha mostrado á la soberana autoridad, cuyo órgano es el gobierno.

S. M. espera tambien que V. E., á fin de tranquilizar su real corazon, hará cuanto le sea posible para que por un camino pronto y seguro reciba una respuesta que le asegure de que su voluntad ha sido completamente cumplida.

« Lo cual se leerá en la orden general del ejército. »

Maroto.

Habiéndose manifestado algunos síntomas de descontento en los batallones navarros, que llegaron á dar voces de *muera Maroto*, le pidió permiso Elío para separarse del ejército, bajo pretexto de tomar unos baños que necesitaba. Maroto le envió en respuesta la siguiente carta, que fue interceptada por el comandante del 5.º batallon de Navarra.

Llodio 6 de agosto de 1839.

« Muy señor mio y amigo : He recibido su carta de vd. del 4, en que tiene la bondad de comunicarme los rumores que hacen circular los desterrados y la orden dada por el gobierno con este motivo. Lo mas singular es que nada se me dice de todo esto, cuando al mismo tiempo me aseguran que el rey piensa pasar á Estella. El diablo anda en Cantillana; parece que no tengamos otro objeto que el de hacernos ilusion y engañarnos reciprocamente. Lo que hacen los desterrados es introducir papeles en que

nos tratan lo peor que pueden, y sobre todo á mí, que me arrepiento de haber sido tan generoso, por ceder á los deseos del monarca; pero lo hecho, hecho; adelante.

« La incorporacion de los desertores castellanos en los escuadrones y batallones de Castilla debe llevarse á efecto, pues es indispensable por diferentes consideraciones.

« Tengo un gran deseo de ver reunidos á todos los castellanos, porque en el curso de esta campaña me prometo sacar de ellos el partido que no podria sacar de los de las provincias; ceda vd. pues, á lo que se le manda, cuidando únicamente de que no se interprete mal.

« Páselo vd. bien, restablecido de sus indisposiciones, como se lo desea su afectisimo servidor q. s. m. b.

Rafael Maroto.

« P. S. No crea vd., amigo mio, que le quiero negar el permiso para ir á los baños, sino que tengo presente el gran compromiso en que nos encontramos todos, y al cual no creo á vd. indiferente.»

Convencido Maroto de que los soldados conservaban mucho afecto á Don Carlos, emprendió la obra de degradarle á sus ojos. Para conseguirlo le acusaba en todas ocasiones de dureza de corazon, diciendo que se interesaba menos por la vida de los hombres que por la de los caballos. « Siempre que se le da cuenta del resul-

do do una batalla, decia, su primera pregunta es: ¿Cuántos caballos hemos perdido? pero jamás pregunta, cuántos valientes voluntarios han muerto en defensa suya.»

En el mes de julio invitó Maroto á D. Carlos á que viniere á pasar una revista cerca de Orozco, en la cual fue recibido muy friamente por los soldados. Terminada la revista, manifestó D. Carlos la intencion de permanecer con el ejército para asistir á la accion del dia siguiente, pero Maroto le puso una porcion de objeciones, diciéndole que su presencia intimidaria á las tropas por el peligro en que estaria, y que por otra parte seria necesario destinar á lo menos dos batallones á la custodia de su persona. Cediendo á estas observaciones se volvió don Carlos á Durango, y apenas habia marchado, cuando dirigiéndose Maroto á los soldados les dijo: «Ya veis como os abandona en el momento del peligro; no tiene ánimo para permanecer entre vosotros que peleais por él, y quiere mejor estar en su palacio. ¡Y por un hombre como ese hace seis años que estais arriesgando vuestras vidas!» (*)

Siguiendo este sistema queria Maroto hacer perder á D. Carlos el afecto y aprecio de los soldados, y lo consiguió sobre todo en Guipúzcoa

(*) Por diversas razones nos parece muy inverosímil este hecho.

y Vizcaya. Al mismo tiempo no desperdiciaba medio alguno para aumentar su popularidad personal; un día mandaba en secreto prender á varios habitantes de cualquier pueblo, y al siguiente los ponía por sí mismo en libertad, achacando á otros la odiosidad de la prision, atribuyéndose á sí mismo el mérito de la libertad. Agotaba el tesoro, y cuando los soldados recibían algunos dias de paga, se decia que el general, compadecido de las privaciones de la tropa, daba aquel dinero de su propio bolsillo. Hacía creer que estaba sostenido por el gobierno frances, y esparcía la voz de que las potencias del Norte le habían prometido subsidios, con otras mil exageraciones semejantes, que encontraban eco en el ejército.

Mientras D. Carlos pasaba su última y funesta revista en Elorrio el 25 de agosto, se presentó Velasco en palacio y solicitó una audiencia particular de la princesa. Concediósele esta inmediatamente, y habiendo recaído la conversacion sobre el triste estado de las cosas y sobre los progresos de la revolucion, dijo la princesa á Velasco: «¿Es posible que me acusen de ser marotista?» — «Señora, respondió él, los que rodean á V. M. son los que esparcen esa atroz calumnia.» — «¡Cómo! ¿Pues no saben que yo he sido la primera víctima de los revolucionarios?» — «Es cierto; señora, y el día en que V. M. marchó á Portugal, fue cruel para todos los verdaderos realistas, pues consideraban

á V. M. como el principal apoyo de su causa.» — «Y pueden creer que yo sostenga á Maroto, que trata de quitar la corona á mi marido? Ya he dicho á Carlos (continuó con noble energía): «ponte á la cabeza del ejército, y yo participaré de tus peligros, que mas vale morir con gloria que sucumbir cobardemente á los golpes de tan horrible traicion.» Al separarse Velasco de la princesa, dijo á esta: «Señora: yo manifestaré á todo el mundo los sentimientos de V. M. Jamas habia dudado de ellos, pero para mí es una gran satisfaccion el haber recibido una nueva seguridad de boca de V. M. misma.»

El 25 era ya muy tarde cuando D. Carlos llegó á Villafranca. Velasco estaba cerca de allí en Beasain, con un diputado de Guipúzcoa, cuando vinieron á decirle que si D. Carlos iba á Tolosa estaba perdido, pues las tropas de la línea de Andoain habían resuelto entregarle. Inmediatamente pasó Velasco á Villafranca, y cuando llegó á las dos y media de la madrugada, D. Carlos, que estaba acostado, se levantó para recibirle, y habiendo sabido lo que pasaba, decretó el nombramiento de Guibelalde para la comandancia general de Guipúzcoa, esperando que con el influjo que ejercía sobre sus paisanos, podría conservarles algunos batallones de aquella provincia, y acaso reunir á los estraviados. (15)

El 25 de agosto, despues de la revista, pa-

só Maroto á Durango, donde se hallaba Espartero, y convinieron entre sí en que el primero retardaría algunos días su sumisión á la Reina, á fin de llevarse mayor número de batallones, y dar tiempo á Iturbe para que completase la seducción de los de Guipúzcoa, y los condujese cerca de Vergara. Esperaban también por este medio, y con el auxilio de los amigos que Maroto tenía en palacio, buscar una ocasión favorable para apoderarse de la persona de D. Carlos, con cuyo fin se retiró Maroto á Azpeitia, fingiendo un rompimiento con Espartero, y escribió á D. Carlos la carta de 27 de agosto. (16)

Maroto no permaneció allí ocioso, sino que continuó trabajando en la desorganización del ejército, y el 29, estando en Villareal de Zumarraga escribió el oficio siguiente, dirigido al comandante de armas de una de las principales poblaciones de Guipúzcoa.

«Todas las fuerzas que están á mis inmediaciones se han decidido por terminar la guerra, y en el día de mañana se publicará la paz celebrada, cuya circunstancia podrá V. S. comunicar en contestación á su oficio de esta fecha. Dios guarde á V. S. muchos años. Zumarraga 29 de agosto de 1839.»

Rafael Maroto.

Con motivo de haber empezado á murmurar los batallones guipuzcoanos contra Iturbe, y á manifestar los de Castilla las sospechas que

les inspiraba la conducta de Maroto, se vió este en el caso de precipitar el desenlace del drama, cuya última parte había estado tan bien representada que engañó al mismo lord John Hay, pues este creyó de tal manera en la ruptura de Maroto con Espartero, que acusaba al último de haberlo echado á perder todo por su precipitación en ocupar las provincias. Resulta, pues, de esta confesión de lord John Hay, que si el pueblo y el ejército hubiesen penetrado las intenciones de Maroto, no hubiera podido llevarlas á efecto, y esta me parece que es la mejor respuesta á la justificación publicada por el mismo Maroto en Bilbao.

Más si Maroto no encontraba apoyo en el pueblo, ni en el ejército (*), no dejaba de tenerle en la corte misma de D. Carlos. En un consejo que se celebró en Villafranca el 26 de agosto, á que asistieron el P. Cirilo, el marqués de Valdespina, el barón de Juras Reales, Montenegro, ministro de la guerra, Ramírez de la Piscina, ministro de negocios extranjeros, Erro, y Otal, se decidió que D. Carlos debía retirarse hácia la frontera, para pasarse á Fran-

(*) La tranquilidad en que han quedado aquellas poblaciones después del convenio de Vergara, y la alegría con que los soldados han dejado las armas para volverse á sus acostumbradas faenas, muestran claramente que esto es una insigne falsedad.

cia, único medio de salvacion que le quedaba.

Cuando dieron parte á D. Carlos de lo que habia pasado, no se mostró convencido de la necesidad de abandonar á sus fieles voluntarios.

«Suponeis, dijo, que la mayor parte del ejército se ha pasado al enemigo, y que el resto se halla completamente desorganizado; sin embargo, me parece que los batallones alaveses y navarros me han permanecido fieles, y si estas tropas no son suficientes para resistir á Espartero, lo serán por lo menos para escoltarme hasta el campo de Cabrera.»

Tan decidido estaba D. Carlos á trasladarse á Aragon, que al llegar á Lecumberri Marcó del Pont tuvo una conversacion sobre esto con Elio, que aprobó el proyecto, y aun añadió: «Con ocho batallones me comprometo á conducir al rey hasta el ejército de Aragon.» Inmediatamente que D. Carlos supo esta contestacion de Elio, mandó reunir un nuevo consejo, que presidió, y al cual asistieron los ministros de la guerra, hacienda y negocios extranjeros, los generales Eguía, Villareal, Elio, y Valdespina, el arzobispo de Cuba, el baron de Juras Reales, Erro y Otal. Despues de una larga deliberacion, declaró el consejo que era imposible la marcha de D. Carlos á Aragon. En el calor de la discusion, dijo el P. Cirilo que si D. Carlos pasaba á Aragon no le acompañaria, á lo cual contestó uno de los concurrentes: «Yo lo creo; demasiado sabe vd. el re-

cibimiento que le haria el valiente y leal Cabrera.» En aquella reunion fue nombrado Elio comandante en jefe del ejército, y recibió instrucciones para cubrir la retirada de D. Carlos.

Este luego que se levantó la sesion del consejo, se manifestó sorprendido de la decision que se habia tomado, y sobre todo de la mudanza que se observaba en las resoluciones de Elio. Habiéndole preguntado á éste Marcó del Pont la causa de tal mudanza, respondió que habia reflexionado la gran dificultad de semejante empresa, sobre todo conociendo á los navarros, que nunca consentirian en salir de su pais é ir á Aragon. Don Carlos tuvo, pues, que renunciar ostensiblemente á su proyecto, pero conservaba tales esperanzas de poder llevarle á cabo, que á todos los oficiales que se presentaban á solicitar permiso para retirarse á Francia, se les entregaba una orden concebida en estos términos:

Primera secretaria de Estado.

«El rey N. S. satisfecho de la adhesion de vd. á su augusta persona y á su justa causa, y de sus buenos y fieles servicios, ha tenido á bien autorizar á vd. en vista de las circunstancias críticas de la época actual, para que se traslade á pais extranjero, ó á cualquiera punto del reino, cuidando de dar noticia del sitio de su residencia, á fin de que cuando convenga se le pueda avisar para que se presente á ejercer de nuevo las funciones de su empleo, sin que esta ausen-

cia le ocasiona ninguna especie de perjuicio.
« Se lo comunico á vd. para su inteligencia y efectos convenientes. Dios guarde á usted, etc.

« Cuartel real de Lecumberri, 1.º de setiembre de 1839. »

Durante su permanencia en Lecumberri, don Carlos, continuamente atormentado, fingió que consentía en abandonar las provincias y retirarse á Francia. El 8 salió para Elizondo, acompañándole la guardia real, los batallones de Alava y algunas otras tropas, y aunque Espartero se encontraba todavía muy distante de Lecumberri, se abandonaron en este pueblo una gran cantidad de municiones.

En la retirada hacia la frontera de Francia se separaron de D. Carlos sin pedirle licencia, y aun sin despedirse de él, el P. Cirilo, Valdespina, Erro, Otal, Ramirez de la Piscina, y otros varios; pero lo que sorprendió mas que todo á D. Carlos fue la precipitada y secreta fuga del ministro de la guerra, y así es que dijo asfiliado á Marcó del Pont: « ¿Sabes que tambien Montenegro me ha dejado? Tú eres hoy el único ministro que me queda. » Abandonado, pues, por todos cuantos dirigian sus negocios, no tuvo D. Carlos mas recurso que el de acercarse á las fronteras, á fin de buscar refugio en Francia. El 13 salió de Elizondo para Urdax, adonde llegó á medio día, y

sabiendo poco despues que Espartero habia entrado en Elizondo, envió al general Zabala á preguntar á las autoridades francesas de la frontera, si en el caso de que desease entrar en aquel reino, se le concederia permiso para ello. La respuesta fue muy satisfactoria.

El 14 á las dos de la tarde, se presentaron los cristinos en las alturas de Urdax y empezaron un fuego muy vivo contra el regimiento Cantabro que defendia las inmediaciones del pueblo, y habiendo sabido el general Zabala que se aproximaba Espartero, envió á uno de sus ayudantes de campo para dar aviso á D. Carlos, el cual montó inmediatamente á caballo, como tambien la princesa y los infantes, y habiendo mandado D. Carlos al comandante de la guardia que colocase á la familia real en el centro de la compañía, se emprendió la marcha hácia la frontera. Apenas estaria la familia real á cien pasos del pueblo, encontraron al general Elío que se dirigia al punto de la accion, viniendo de su alojamiento que estaba entre Urdax y la frontera. Se detuvo y previno al comandante de la guardia de infantería que volviese hácia donde se oia el fuego; optóse á ello el infante D. Sebastian, y mandó á los soldados que siguiesen adelante, pero habiendo insistido Elío, tuvo que ceder el principe, y la compañía volvió á Urdax, donde Villareal mandó que pusiese los fusiles en pabellones cerca del convento. No quedaban ya tropas carlistas

en el pueblo, y llegaban los cristinos; el comandante de la guardia vió el peligro en que se encontraba y no permitió á sus soldados que dejasen las armas, pero no sabiendo de quien recibir órdenes, y viendo ademias que no habia otra tropa que le sostuviese, y que los cristinos se acercaban en gran número, abandonó el puesto, y pasando el canal se atrincheró detras de una pared, desde la cual hizo un fuego vivísimo que contuvo un poco á los cristinos. Al ruido del fuego llegaron por detras del pueblo Elio y Villareal y mandaron á la guardia que se retirase, lo cual verificó sin obstáculo hasta el fuerte de Urdax. Allí formó Villareal la guardia, y continuó el fuego hasta que se presentaron los cristinos con bastante fuerza, sobre todo de caballería. La guardia continuó su retirada, y habiendo formado en batalla cerca del puente, permaneció allí hasta que pasaron todos, y entonces Villareal mandó que continuase su marcha hasta el puente.

Don Carlos y su familia entraron en Francia el 14 de setiembre de 1839.

CAPITULO III.

La insurreccion de los batallones 5.^o y 12.^o de Navarra en el mes de agosto último, hizo una gran sensacion en las provincias, y los diferentes partidos que trabajaban para la destruccion de la causa carlista, se han apoderado de esta circunstancia, valiéndose de ella para disculpar sus actos, y aun el abandono de las provincias por D. Carlos. Es, pues, muy importante restablecer los hechos como fueron en sí, y presentar bajo su verdadero punto de vista el origen, progresos y fin de aquel levantamiento. Esta fiel narracion ofrecerá una página muy im-

en el pueblo, y llegaban los cristinos; el comandante de la guardia vió el peligro en que se encontraba y no permitió á sus soldados que dejasen las armas, pero no sabiendo de quien recibir órdenes, y viendo ademá que no habia otra tropa que le sostuviese, y que los cristinos se acercaban en gran número, abandonó el puesto, y pasando el canal se atrincheró detras de una pared, desde la cual hizo un fuego vivísimo que contuvo un poco á los cristinos. Al ruido del fuego llegaron por detras del pueblo Elio y Villareal y mandaron á la guardia que se retirase, lo cual verificó sin obstáculo hasta el fuerte de Urdax. Allí formó Villareal la guardia, y continuó el fuego hasta que se presentaron los cristinos con bastante fuerza, sobre todo de caballería. La guardia continuó su retirada, y habiendo formado en batalla cerca del puente, permaneció allí hasta que pasaron todos, y entonces Villareal mandó que continuase su marcha hasta el puente.

Don Carlos y su familia entraron en Francia el 14 de setiembre de 1839.

CAPITULO III.

La insurreccion de los batallones 5.^o y 12.^o de Navarra en el mes de agosto último, hizo una gran sensacion en las provincias, y los diferentes partidos que trabajaban para la destruccion de la causa carlista, se han apoderado de esta circunstancia, valiéndose de ella para disculpar sus actos, y aun el abandono de las provincias por D. Carlos. Es, pues, muy importante restablecer los hechos como fueron en sí, y presentar bajo su verdadero punto de vista el origen, progresos y fin de aquel levantamiento. Esta fiel narracion ofrecerá una página muy im-

portante para la historia, y probará hasta la evidencia la esclavitud en que tuvieron á don Carlos sus supuestos amigos, y el estado de exasperacion en que esta persuasion, y las maniobras de los marotistas, pusieron á la parte fiel del ejército.

Las últimas palabras de D. Carlos al separarse de Arias Tejeiro fueron, como hemos dicho, las siguientes: «Mis actos son fruto de la violencia, te lo aseguro bajo mi palabra. Informa á Cabrera y al conde de España de lo que ha pasado aquí; diles que no estoy libre, y si puedes ir á reunirte con ellos será lo mejor de todo.»

Estas palabras, profundamente grabadas en el corazón de los ministros desterrados y de sus amigos, se consideraban como una orden para librar á su soberano del tiránico yugo que se le habia impuesto, esta orden era muy sagrada para ellos, y resolvieron hacer cuanto estuviere de su parte para cumplirla.

Con este objeto sus fieles y afectos vasallos obispo de Leon, D. Juan Echeverría, D. Basilio Garcia, D. José Lamas Pardo y otros varios, establecieron su residencia cerca de la frontera, á fin de vigilar los movimientos de Maroto y sus agentes, y dar á D. Carlos oportunas noticias de todo cuanto se fraguase contra su persona ó su causa.

No tardaron en adquirir la certeza de que existia una correspondencia secreta entre las per-

sonas que rodeaban á D. Carlos, y una comision establecida en Paris para la realizacion de un plan, cuyo resultado debia ser la abdicacion de D. Carlos en favor de su hijo primogénito (17). La inteligencia entre Espartero y Maroto, que hacia ya tiempo que sospechaban, quedó tambien demostrada para ellos de una manera que no admitia la menor duda.

Estas advertencias enviadas á una persona segura se presentaron á don Carlos, y su respuesta confirmó todos los temores, pues se vió que estaba en una posicion tal que no le era posible tomar aquellas medidas que reclamaba el estado de los negocios. En semejante situacion ¿qué habian de hacer los desterrados? Dirigirse al ejército y al pueblo, escitar á los fieles vascongados y navarros á que se reuniesen alrededor de su rey y le arrancasen de las manos de los que se habian conjurado para perder á todos. Con este objeto se publicaron y circularon por las provincias diversos documentos.

La opresion en que se hallaba don Carlos y la vigilancia que sobre él ejercian los que le rodeaban, se patentiza por el hecho siguiente. Apenas llegaron á noticia del príncipe los portadores de las maniobras secretas de Maroto y de los transaccionistas, cuando lo supieron los gefes de este partido, y dirigieron por el ministro de la guerra y Ramirez de la Piscina, á los desterrados que residian junto á la frontera de Francia, una orden que decia asi:

Secretaría de estado y del despacho de la guerra.

«Es la voluntad del rey N. S. que se separe vd. de las fronteras de España, fijando su residencia en lo interior de Francia ó en otro país, hasta que la real clemencia se digne concederle permiso para volver á entrar en su patria. De real orden lo digo á vd. previniéndole que S. M. me ha mandado le haga saber que por el solo hecho de la falta de obediencia, quedará vd. privado de todos los empleos, honores y condecoraciones que debe á su soberana munificencia.

«Dios guarde á vd. muchos años. Cuartel real de Oñate 20 de julio de 1839.

Montenegro.

Como esta medida arbitraria exaltó hasta el mas alto grado la indignacion de los desterrados, algunos de ellos dirigieron á los ministros respuestas escritas con dignidad, acusándolos de obrar contra los intereses del soberano á quien habian jurado servir, y ninguno obedeció dicha orden, que no creían emanada de don Carlos.

Poco tiempo despues, cayó en manos de los desterrados un documento muy importante, á saber, una copia de los convenios celebrados entre Maroto y Espartero, para que este entrase en las provincias y se apoderase de la persona de don Carlos. Este documento fué presentado

al mismo don Carlos, asi como una proclama que circulaba por las provincias, y si bien la respuesta secreta que dió á la persona que servía de intermedio entre él y los desterrados fué muy satisfactoria, el príncipe, ó mas bien los ministros en su nombre, publicaron contra ellos una proclama en que les acusau de estar de acuerdo con los cristinos y de favorecer los intereses de la revolucion.

A vista de actos tan contradictorios, ¿qué debían pensar los desterrados y cuál habia de ser su conducta? Cuando estaba demostrado con una espantosa evidencia que don Carlos y su causa eran arrebatados á pasos gigantescos hácia una ruina segura, ¿podían creer que aquel príncipe, negándose á la evidencia, se colocase de parte de sus enemigos que trabajaban con actividad y sangre fria para arruinarle, contra sus vasallos mas fieles, mas afectos y cuyo único fin y deseo era el de salvarle? No. La única conclusion á que podían conducirles todas sus reflexiones, era que don Carlos no tenía libertad para obrar sino que estaba como prisionero.

Los sucesos se han encargado de justificar á los desterrados, y lo que ha pasado en las provincias en los meses de agosto y setiembre prueba que habian juzgado bien de los hombres y de las cosas.

Los escritos publicados por los desterrados, la entrada de Espartero en las provincias, el

abandonó en que Maroto dejó à Tarragual, y algunos valientes batallones sacrificados en la supuesta defensa de Ramales, exasperaron los espíritus del pueblo y del ejército de Navarra; una diputacion de ese mismo ejército pasó la frontera y vino á consultar á los desterrados acerca de las medidas que convendria tomar para evitar la destruccion total de la causa y salvar la persona de don Carlos. Despues de largas deliberaciones, se escribieron cartas á los diversos comandantes de los batallones navarros, en las que se les preguntaba, si estaban firmes en su resolucion de unirse para salvar al rey, á la religion y al pais. Apenas llegaron estas cartas á sus destinos cuando el 5.º batallon se sublevó y se dirigió á Vera.

Es un hecho positivo que los desterrados no tuvieron noticia de la insurreccion de este batallon hasta despues que la habia verificado, y emprendido la marcha para Vera, pues su proyecto era no emprender cosa alguna hasta estar seguros de la cooperacion de todo el ejército navarro. En cuanto á la voluntad de don Carlos la tenian sobradamente conocida. Mucho contrarió á don Juan Echevarría el paso dado por aquel batallon, y á fin de impedir que su precipitacion perjudicase al plan proyectado, y de evitar las desgracias que podrian ocurrir si aquellas tropas quedasen entregadas á sí mismas en un momento tan critico, se decidió á acercarse á las fronteras, pero al mismo tiem-

po resolvió no hacer cosa alguna sin orden de don Carlos. Al llegar á la frontera publicó la siguiente proclama.

Navarros y habitantes de las provincias vascongadas.

«Seis años de desolacion y de muerte que pesan sobre vuestro desdichado pais, han debido probar al mundo entero que vuestra gloriosa insurreccion, vuestra constancia y vuestros sacrificios, tenian por objeto el triunfo de la religion, de la monarquia pura (*) de nuestro legitimo soberano don Carlos V, y de vuestros fueros; mas la revolucion que hace ya tiempo conoce la impotencia de sus armas, ha visto la necesidad que tenia de introducir sus agentes y sicarios en las filas de la lealtad, y en los puestos mas eminentes del Estado. Sus maquinaciones, sus intrigas, sus planes secretos, han tenido siempre por objeto reduciros á la inaccion y paralizar todas las operaciones que hubieran podido producir el triunfo de la legitimidad y la pronta terminacion de la guerra.

«Testigos habeis sido de todo lo que se ha intentado para que las armas de S. M. no saliesen del limitado territorio de estas fieles pro-

(*) ¡Y esto lo dice un navarro! Mal se aviene la monarquia pura con los fueros del reino de Navarra.

vincias, á fin de eternizar la guerra, introducir en el país el hambre y la miseria, y llegar á un desenlace para el cual los agentes de la revolución han trabajado sin descanso.

«Este plan ha sufrido diferentes modificaciones, pero su tendencia ha sido siempre hácia el mismo objeto: *que no reine Carlos V, que renuncie á sus derechos, que gobierne una regencia por cierto número de años, y que sus individuos se elijan, como es justo, entre los enemigos declarados de Navarra y de las provincias.*

«El rey ha rechazado constantemente las tentativas que se han hecho con él de una manera indirecta para hacerle adoptar este horrible proyecto, porque conocia sus funestas consecuencias, de las cuales hubiera sido la primera *la declaracion de nulidad de todo cuanto se hubiese hecho por su orden, y la abolicion de todos nuestros fueros.* (*) Hallábase entonces rodeado de vasallos fieles que le alentaban en tan justas resoluciones, y de generales que sabian

(*) El empeño con que en todos los documentos carlistas se habla á las provincias de la conservacion de sus fueros, demuestra claramente que esta idea tenia gran parte en el entusiasmo con que combatian aquellos habitantes, por mas que el autor diga falsamente lo contrario en varios parages de su obra, y el resultado del reconocimiento de los fueros, confirma, como hemos dicho ya, más y mas esta asercion, poniéndola fuera de toda duda.

hacerlas respetar, pero los agentes de la revolución no han encontrado medio mas espedito de libertarse de aquellos hombres, cuya adhesion y afecto eran á toda prueba, que el de mandarlos fusilar.

«Seis meses de oscuras intrigas y de incessantes ataques han conseguido al fin violentar la voluntad soberana, y desde aquel tiempo la guerra derrama mas que nunca sus furores sobre vuestro territorio. A vosotros, vascongados y navarros, está reservada la gloria de salvar á vuestro rey, á su causa, y á vuestro propio país. Un momento basta; corred, que en esta empresa no os abandonarán vuestros gefes.»

Aquel mismo dia publicó el general Zariategui otra proclama que decia asi:

«Bastaneses: En el momento en que nos preparábamos á castigar noblemente con las armas á los que, con la antorcha incendiaria en la mano, despojan de sus cosechas las fértiles llanuras de la Solana, para hacer despues otro tanto con vosotros, algunos miserables voluntarios, seducidos por un cobarde, han desertado de las filas de la lealtad y del campo de la gloria, para cubrirse con la ignominia y vergüenza de los traidores. A vosotros, padres y hermanos de los soldados seducidos toca destruir su error; la patria lo exige, el rey os mira, y un compatriota que tantas veces ha participado de los peligros y de la gloria de esos mismos voluntarios, os hace esta llamada, y ofrece un

completo olvido de todo á los estraviados, no porque necesitemos su presencia para contener y castigar á los revolucionarios, sino para evitar este disgusto á nuestro muy amado soberano, y para que toda Europa, que admira nuestros hechos extraordinarios, no nos confunda con los mercenarios que pelean por oficio.

« Dios y el rey fué siempre nuestra divisa; por Dios y por el rey sabremos triunfar ó morir.

« Cuartel general de Etulain 9 de agosto de 1839.

Zariategui.

Don Juan Echeverría permaneció en la frontera extrema de Francia desde el 9 de agosto por la tarde hasta el 12, y sabiendo entonces la aproximación de don Carlos entró en España para recibir sus órdenes.

El día siguiente llegó á Vera el cura de Lesaca que llevaba el encargo de invitar á don Juan de parte de don Carlos á que pasase á Lesaca para tener una conferencia con él. Don Juan obedeció y se puso en camino, acompañándole únicamente el cura que había venido á buscarle. En esta ocasión tuvieron una nueva prueba del interés que Montenegro y algunos otros de los que rodeaban á don Carlos tenían en impedir que supiese lo que se tramaba contra él, pues habiendo tenido noticia del objeto que llevaba el cura de Lesaca, mandaron ocupar el puente que hay sobre el Bidasoa entre

Lesaca y Vera por una compañía del 7.º batallón, con orden de no dejar pasar á don Juan; pero como el sol calentaba extraordinariamente, caminaron don Juan y el cura por algunas sendas fuera de camino, en que había alguna sombra, y á esta circunstancia debieron el poder llegar á Lesaca. Don Carlos recibió á don Juan de la manera mas afectuosa, y su conferencia duró cerca de dos horas.

En ella rogó don Juan á don Carlos que se pusiese á la cabeza de los batallones insurreccionados, y se librase por este medio de las manos que le oprimian. Respondióle don Carlos que habiendo quedado su familia en Goizueta, no se atrevia á emprender nada por temor de que no estuviese segura, y que creía mas prudente que don Juan se volviese á Francia, á esperar un momento mas favorable, y los batallones regresasen á sus acantonamientos.

Mientras don Juan Echeverría estaba en Lesaca al lado de don Carlos, Elío se aprovechó de su ausencia para enviar á Vera al P. Guillermo, á fin de que procurase que el batallón 5.º volviese á la obediencia. El fraile arengó á los soldados diciéndoles que el rey estaba completamente libre y mandaba que entregasen las armas, en cuyo caso se les concedería un perdón general. Los oficiales y sargentos se reunieron, y uno de ellos respondió en nombre del batallón de este modo: « No quereinos pensar mal de las intenciones de Elío, á quien tenemos por

hombre de honor, y otro tanto decimos de vd., individuo de la iglesia; pero si vds. son incapaces de decir una falsedad, nosotros lo somos tambien de faltar á una palabra dada. Prometemos á vd. que entregaremos las armas siempre que el rey vaya á Estella sin otra escolta que la nuestra; al llegar á aquel punto, nos someteremos gustosos á su soberana voluntad, manifestada por él solo. De lo contrario previnimos á vd. que bien pueden los que mandan lanzar decretos y proclamas firmados de la real mano, que nosotros los consideraremos siempre como nulos y arrancados por la violencia.» Oida esta respuesta volvió el fraile á dar noticia de todo á Elío.

Al regresar don Juan á Vera manifestó á los voluntarios los deseos de don Carlos, y les anunció su intencion de volverse á Francia, pero apenas le dejaron tiempo para acabar, esclamando todos los que se habían levantado para libertar al rey y salvar su causa, que querian otros conducir á la ruina, y que estando decididos á llevar á cabo su objeto, no permitirian á don Juan que los abandonase. Entonces consintió éste en permanecer allí y trató de restablecer entre ellos el orden.

Viendo el general Elío que las tropas con que se habia aproximado á Vera parecian dispuestas á fraternizar con los insurreccionados, envió un espreso á Zariatégui, pidiéndole refuerzos, mas la respuesta de éste, que fué intercep-

tada por el comandante del 5.º batallon, y cuya copia sigue, prueba cuales eran las disposiciones de los batallones navarros.

Etulain 12 de agosto de 1839.

« He recibido la carta que vd. me ha dirigido, é inmediatamente he reunido los gefes de los batallones 2.º, 3.º y 10.º y el de Ripalda; todos dicen que tienen la mas completa confianza en sus oficiales, y que por consiguiente pueden contar con sus soldados, pero lleva uno ya dos peardos y si la cosa va en aumento, llevaremos doscientos en este asunto; asi es que, á pesar de sus protestas, no me atrevo á enviar un batallon, para no complicar mi propia situacion y la de ahí. Voy á ver si será posible enviar dos compañías del 7.º con municiones y artilleria, y daré las instrucciones convenientes para que el convoy no caiga en malas manos.

«No se qué decir ni qué escribir. Adios.»
Mandé vd. á su afectísimo

Juan Antonio Zariatégui.

El 17 publicó don Juan Echevarría la siguiente proclama.

« Voluntarios, heróicos pueblos de Navarra y de las provincias vascongadas: »

« El velo que ocultaba á vuestros ojos el vasto plan de perfidia tramado por la revolucion para envolveros en un caos de interminables desgracias, acaba por fin de rasgarse. Ha-

beis visto caer por el plomo fratricida á vuestros mejores generales, á los mas firmes baluartes de la restauracion, y á un monstruo tan feroz como brutal, tan estúpido como atrevido ponerse á la cabeza de un puñado de asesinos, matar, desterrar, y lo que es peor, deshonrar, aplicándoles el dictado de traidores, á los heroes en quien reposaban todas las esperanzas del rey y de la patria; habeis visto á ese cobarde precipitarse sobre el mejor de los reyes, sobre el virtuoso Carlos; ultrajarle y degradarle á la faz de las naciones que antes contemplaban con admiracion vuestras marciales virtudes. Leed, voluntarios y pueblos, leed esa infame carta dirigida á nuestro buen rey por el que mandaba la turba de los asesinos (18) esa carta publicada por él mismo para que pasase á la posteridad por un monumento eterno de su barbarie y del mayor insulto que jamás se ha hecho á la dignidad real. ¡Leed igualmente el primer acto escandaloso del gobierno de esos hombres que á fuerza de crímenes se han apoderado del mando, acto que se halla consignado en el decreto que declara revestido de la plenitud de todas las atribuciones á un vasallo que acaba de degradar á su rey! Voluntarios y pueblos vascongados-navarros, habeis visto todo eso, pero ignorais todavía que esos hombres indignos, sin escuchar mas que á un interés, acaban de contratar la venta de vuestro rey, la vuestra, la abolición de vuestros fueros, el in-

cenidio de vuestros hogares y de vuestros campos, la eterna esclavitud de vuestros descendientes, la ruina de la patria y la desolacion del santuario. ¡Miserables! ¡Con qué placer disfrutarian en un pais extranjero de las mezquinas pensiones que han aceptado por premio de la entrega de objetos tan sagrados y queridos en manos de sus enemigos!

« Voluntarios y pueblos: si la sorpresa producida por tamaños atentados ha podido deteneros por algun tiempo, ha llegado el dia de que se manifieste el valor que inflama vuestros nobles corazones, no para matar ilegalmente, lo cual solo conviene á cobardes asesinos, sino para salvar del mayor peligro una causa tan santa, y por la cual se han hecho tantos sacrificios; porque es preciso que lo sepais, voluntarios y pueblos; estamos en peligro de perder la recompensa debida á vuestro valor y fidelidad, y á mirar envuelto para siempre en el olvido vuestro heroismo incomparable.

« Voluntarios y pueblos: se han llevado á Lesaca á nuestro muy amado monarca, pero rodeado de los marotistas mas desenfrenados, de todos aquellos que mas abiertamente han tomado parte en la conjuracion; no le han permitido que os vea, ni han querido que vuestros jefes le hablen, sin duda para dáros una prueba mas de la esclavitud á que le tienen reducido, y obligarle á firmar la abdicacion de sus derechos imprescriptibles, único crimen que les falta come-

ter para entrar á gozar de las pensiones que se les han asegurado en pais extranjero. Mas vosotros no permitireis que recojan el fruto de su infamia, pues sino desisten de su abominable proyecto, les hareis morir en el suelo mismo que han manchado con tantos crímenes y atrocidades.

« Vengan á nosotros los que hasta ahora han estado alucinados ó seducidos á fuerza de intrigas, seguros de que serán recibidos como hermanos. Unámonos todos para romper las cadenas que tienen preso á nuestro muy amado monarca; lavemos la mancha impresa sobre su trono por esos hombres desleales y pérfidos; marchémos identificados con nuestros principios por el sendero del deber, por el camino que el rey mismo nos trazó en Portugal, y persistamos en nuestra gloriosa empresa hasta que hayamos asegurado su triunfo, y visto lucir el gran día de la restauracion española.

« Vera 17 de agosto de 1839. »

Por una coincidencia singular, siempre que D. Juan publicaba un documento cualquiera, aparecia otro de la parte opuesta, como para servirle de correctivo. Asi es que el mismo 17, día que se publicó la proclama de D. Juan, hizo Montenegro circular otra, y es notable el cuidado con que en dicho documento evita decir que D. Juan vino á Lesaca, por orden expresa de D. Carlos, circunstancia que no podia

ignorar Montenegro, pues la conferencia habia durado dos horas, durante las cuales á nadie se permitió entrar en el real aposento, y además porque él mismo hizo cuanto pudo para impedir que la entrevista se verificase.

La proclama publicada por Montenegro decia asi:

« Boletin del cuartel real 17 de agosto de 1839. = Secretaría de estado y del despacho de la guerra.

« Las primeras noticias recibidas por el rey acerca de los desagradables acontecimientos del 6.º batallon de Navarra, bastaron para que se pusiese en marcha hácia Vera, punto á que se habian dirigido los insurgentes. Despues de haber tenido una conferencia con el comandante general de Navarra, se enviaron á dicho punto varias personas de confianza y de un caracter respetable, entre ellas el cura de Lesaca, para que hablasen á los oficiales y soldados, á fin de inducirlos á que renunciassen á una empresa que atraeria males sin cuento sobre su pais, su religion, y una causa por la cual se ha derramado ya tanta sangre. No habiendo producido ningun resultado favorable estas paternales demostraciones, se envió una real orden al jefe de los sublevados, mandándole que pasase inmediatamente á Sumbilla, donde recibiria de su comandante general las órdenes que S. M. le habia comunicado; pero la respuesta dió á conocer el grado de perversidad á que descienden los que habiën-

dose desviado una vez de la senda del deber, no siguen ya otro impulso que el de sus pasiones, pues dicha respuesta se reducía á eludir la obediencia debida á esta orden bajo diversos pretextos especiosos.

Hallábanse las cosas en este estado, cuando el presbítero D. Juan Echeverría se presentó en Lesaca, acompañado por el cura de dicha villa, y despues de una conferencia con S. M. declaró que los refugiados de Vera estaban dispuestos á someterse á la voluntad soberana. Esta palabra dada por un ministro del altar, no dejó duda de su cumplimiento, y se creyó que los rebeldes pasarían al punto que se les habia designado, pero no ha sucedido así, y su desobediencia ha llegado al mas alto punto. S. M., que sin comprometer su real dignidad, no podia ver con indiferencia esta in subordinacion y falta de respeto á sus órdenes soberanas, mandó al comandante general de Navarra que reuniese las fuerzas necesarias para reducir con las armas á los que ciegos y faltando al amor que deben á su real persona, llenaban de amargura su paternal corazón. Con este motivo, y para que los leales habitantes de estas provincias y de este reino fiel, su valiente ejército y la Europa entera, sepan la marcha que se ha seguido en un negocio tan delicado, ha dirigido S. M. á su ejército la siguiente alocucion.

« Voluntarios: La insurreccion del 5.º batallon de Navarra en un momento en que se ha-

llaba al frente del enemigo, dispuesto á invadir nuestro territorio, ha llamado mi soberana atencion, y queriendo cortar el mal en su raiz, he dejado otros negocios no menos graves, y he venido aquí para invitarles á que desistiesen de su temeraria empresa, volviesen á las filas de este valiente ejército, y continuasen dando dias de gloria á nuestra causa. Las paternales exhortaciones de personas respetables, y que merecen toda mi confianza, no han bastado para hacerles entrar en el sendero del honor y del deber; y no permitiéndome mi dignidad soberana que deje impune un atentado tan criminal, he resuelto hacer uso de la fuerza, puesto que la dulzura no ha producido resultado alguno.

« Voluntarios: testigos habeis sido de mis esfuerzos para hacer volver á vuestras filas á ese puñado de extraviados que abusando de todo lo mas sagrado, y hasta de nuestra santa religion, clavan un puñal homicida en el seno de nuestra muy amada patria. Conociendo bien la decision y lealtad que os distinguen, espero que dareis una nueva prueba de amor á vuestro rey, y contribuireis con vuestras armas á esterminar ese germen de in subordinacion cobarde y de vil traicion. Eso es lo que espera de vosotros vuestro rey y general.

Carlos.

El 23 de agosto pasó la frontera y vino á Vera el general D. Basilio García, y encontró

los batallones en un estado de estremada irritacion, causada por la rápida marcha de Espartero en las provincias. El dia siguiente le enviaron una diputacion, pidiéndole que se pusiese á su cabeza, mas el general no se prestó á ello, diciendo que no podia hacerlo sin una orden del rey, á quien escribió con este objeto (19).

El 26 recibió D. Juan Echeverría una carta de Maroto, cuya copia vá á continuacion, y en la qual no repara este en decir que no tiene otros principios que los de «rey, religion, y en particular el bienestar de estas provincias», y estando Espartero en Durango, añade «que no es posible resistir al enemigo, sino hay union entre los carlistas.» El objeto de esta carta no podia ser otro que el de atraer á D. Juan para apoderarse de su persona. La carta decia así:

«Sr. D. Juan Echeverría:

«Muy señor mio: mucho me sorprende que sea vd. quien dé el golpe mortal á la causa del rey con la sublevacion del 5.º de Navarra y demas. Reflexione, arrepiéntase y desista de tan temerario empeño, en la firme inteligencia de que jamás se hallarán en mí otros principios que los de rey, religion, y en particular el bienestar de estas provincias, como espero probar algun dia. Si le fuere á vd. posible seria conveniente que nos viésemos para conferenciar jun-

tos. El enemigo invade el pais con fuerzas numerosas; sino hay union será imposible resistirle, y vd. y los que le acompañan serán los únicos culpables de las desgracias que nos sucedan por no hacer caso de esta noble y franca invitacion.

«Soy de vd. afectísimo y seguro servidor etc.

Rafael Maroto.

«Elorrio 23 de agosto de 1839.»

La respuesta de don Juan fue la que debia esperarse de un leal carlista, y de un valiente navarro, y estaba concebida en estos términos.

«Sr. D. Rafael Maroto:

«Quien da el golpe mortal á la causa del rey, á la religion y á las provincias, es vd.; el traidor, el asesino, el enemigo declarado del uno y de las otras. Hablen por nosotros los sucesos: ¿quién fué el autor de los asesinatos de Estella? ¿quién obligó al rey con un puñal á la garganta, á firmar el contradecreto? ¿quién ha vendido y entregado á Ramales, Guardamino, Balmaseda, Orduña, Urquiola y Durango? ¿quién ha perseguido á muerte á todos los fieles partidarios del rey y de su causa?»

«Jamás me uniré con asesinos, y traidores como vd. Con menos tropas y recursos hemos podido siempre contrarrestar al enemigo, é impedirle que invada el pais: ahora han atrave-

sado, como en triunfo, parages en donde hasta el último debiera haber perecido. Pero ¿qué extraño es esto siendo público y notorio que hace ya largo tiempo que vd. está vendido á Espartero?

«Pero no crea el traidor Maroto que los batallones 5.º y 12.º sean los últimos que levanten el grito de *viva el rey y muera Maroto*: no; este ejemplo será seguido por todos los verdaderos realistas, y en especial por los denodados navarros. Sus obras lo demostrarán así.

«Me admira que un impio se atreva á hablar de religion, cuando todos los actos de su conducta prueban que vd. es su mayor enemigo.

«Pero yo, mis mayores amigos y todos los oficiales y soldados, estamos penetrados de la obligacion que nos impone nuestra conciencia de defender hasta el último suspiro al rey y la religion, y no consentir nunca una humillante transaccion, con los principios que nos propusimos defender, y confiamos en que el pueblo apoyará nuestros votos y deseos.»

«Es de vd. servidor, etc.

Juan de Echeverría.

«Santistevan 26 de agosto de 1839.»

El 27 ocurrió una circunstancia bastante importante, y tal, que sino tuviese las pruebas de ella en mi mano, hubiera dudado mucho publicarla.

Aldave, gefe de la línea de la frontera, previno al capitán Lanz, gobernador de Vera, que habia tomado parte en el alzamiento de los batallones, que deseaba tener una conferencia con él para manifestarle las intenciones del general Elío. Lanz pasó al punto indicado con dos oficiales del 5.º, y Aldave le dijo que Elío le habia encargado pusiese en su noticia que tenia 12 batallones navarros y la caballería del mismo reino, y que estaba pronto á declararse contra Maroto, á condicion de que la Navarra quedase independiente. Lanz y sus compañeros contestaron «que no querian independencia, que los batallones 5.º y 12.º estaban decididos á defender á su rey en la plenitud de sus derechos, derramando para ello hasta la última gota de su sangre.»

Sin acusar á Elío de duplicidad en sus relaciones con D. Juan Echeverría, y los sublevados, no se puede menos de concebir algunas sospechas contra él cuando se le vé entrar en conferencias secretas contra algunos de los gefes de la insurreccion, y despues darles órdenes oficiales como comandante general de Navarra, para que cubran algunos puntos que les designa, probando de este modo que no los considera como rebeldes contra la autoridad de D. Carlos, sino al contrario, como vasallos sumisos y soldados disciplinados y obedientes; y por otra parte se le vé, de acuerdo con sus amigos, esparcir rumores absurdos respecto á estos batallones, é in-

disponer contra ellos el ánimo de la princesa de la Beira, atribuyéndoles las intenciones más infames y criminales.

Si la insurrección se hubiese limitado á los batallones 5.^o, 12.^o y 3.^o, se hubiera podido creer con razón que no representaba sino la opinión de una parte muy corta del ejército, pero no era así. Además de la adhesión que envió á D. Juan Echeverría la mayor parte de los batallones navarros, la guardia real compuesta de jóvenes de las familias más influyentes de las provincias y de Navarra, profesaba los mismos principios que los sublevados, y estaba dispuesta á tomar las medidas más activas contra los marotistas, si D. Carlos se lo hubiese mandado; en términos de que las personas empleadas en el cuartel real llegaron á tener tal miedo de las disposiciones hostiles que la guardia manifestaba contra ellas, que nada omitieron para ver si podían disolverla, ó por lo menos mandar todos sus comandantes.

El 28 llegó D. Carlos á Iraizos, y aquella misma tarde se supo que los oficiales y sargentos de los batallones sublevados habían manifestado á D. Juan su intención de marchar contra el cuartel real; y que había costado muchísimo trabajo á D. Juan el disuadirles de su intento.

El día siguiente 29 á las siete de la tarde, habiéndose reunido la guardia real de infantería y caballería enfrente de palacio, se presentó don Carlos, acompañado de su hijo, del P. Cirilo, de

los generales Eguía, Villareal, y Valdespina, y de los señores Erro, Otal y Juras Reales, y dirigiéndose á los soldados de la guardia les dijo: «He sabido con extremo sentimiento que mi guardia, que debe dar á todo el ejército el ejemplo de obediencia y subordinación, pues que le está confiada la seguridad de mi real persona, se manifiesta enemiga de los que me rodean, y propala contra ellos amenazas muy criminales. Vuestro rey os pregunta si puede contar con vosotros para su defensa y la de sus servidores, en caso que los batallones sublevados viniesen al cuartel real.» La guardia real contestó que estaba dispuesta, entonces como siempre, á morir en defensa de su rey.

Al retirarse D. Carlos mandó á los comandantes Arellano y Zárate que se presentasen en palacio á las ocho, y que les daría audiencia. Presentáronse con efecto, y hallaron á D. Carlos rodeado por las mismas personas que antes, delante de las cuales les reprendió vivamente, diciéndoles que les hacía responsables con su cabeza de cualquiera desorden que pudiera ocurrir en el cuartel real.

Villareal, que muy mal disimulaba su odio á la guardia, se dirigió á los comandantes, y sin respetar la presencia de D. Carlos y de la princesa, les dijo: «se de una manera positiva que la guardia real amenaza con la muerte á diferentes personas del cuartel real; y aconsejo á vds. que vigilen sobre sus soldados, porque si

oigo decir la cosa mas mínima, los haré fusilar á entrambos.»—«Nuestra conducta ha sido siempre honrada, respondieron los dos comandantes; somos militares y conocemos los deberes que este titulo nos impone. Jamas hemos faltado á la obediencia que se debe al rey, y á los gefes á quienes honra con su confianza, pero vd. no ignora, mi general, que hay individuos en el cuartel real, á quienes incomoda la fidelidad de la guardia, porque es un obstáculo para sus proyectos, y por consiguiente desearian verla disuelta y á nosotros fusilados. Saben que conocemos sus malas intenciones, nos tienen miedo y temen que quiera vengarse la guardia real; y por eso tratan de desconceptuarnos en el ánimo del rey; pero S. M. debe saber que la guardia le ha sido y le es siempre afecta, y que está dispuesta á verter hasta la última gota de sangre en su defensa.»

Aquel mismo dia recibió D. Juan una carta autógrafa de D. Carlos, con fecha del 26 en Lataza, en que le mandaba que obedeciese las órdenes que se le comunicáran por el comandante general y el secretario del despacho, al propio tiempo que le hacia responsable de cualquiera atentado que pudieran cometer los batallones sublevados contra la real familia, ó contra cualquiera persona del cuartel real. D. Juan respondió que el odio que los batallones habian concebido contra los hombres conocidos por sus opiniones marotistas, era tal, que de ningun modo

podia constituirse responsable de la conducta que los soldados observasen con respecto á ellos, pero en cuanto á su persona, serian siempre inalterables su obediencia y sumision á las órdenes del rey.

El 30 recorrieron los soldados las calles de Vera, gritando: «vamos al cuartel real y acabemos con los traidores marotistas.» D. Basilio García se metió en medio de ellos, no sin grande riesgo, y consiguió tranquilizarlos y hacerles conocer que con semejante conducta desobedecian á las órdenes del rey. Los soldados, cediendo á sus exhortaciones y á su firmeza, se volvieron á sus cuarteles, aunque siempre gritando: *viva el rey, mueran los traidores.*

El 31 avisó Elío á D. Juan, que habia tenido noticias de que la guarnicion de Irun iba á intentar una salida, por lo cual era urgente que los batallones 5.^o y 12.^o tomasen posiciones para cubrir á Vera y defender la frontera. Don Juan obedeció inmediatamente á las órdenes de Elío, y él se quedó en Lesaca con una sola compañía para conservar las comunicaciones con el cuartel real. Si Elío, que entonces debia estar ya convencido de los planes de Maroto, se hubiese declarado abiertamente contra los que le habian ayudado en la ejecucion de sus proyectos, los sublevados se habieran puesto inmediatamente á sus órdenes, incorporándose con el resto de los batallones de Navarra; pero la conducta ambigua de aquel general le hizo sospe-

choso, y creyeron que pertenecía al partido marotista y pretendia obligar á D. Carlos á que pasase á Francia.

Desde el 31 de agosto hasta el 3 de setiembre, todo permaneció en la frontera en el mismo estado, y varias personas pasaron por Vera para introducirse en Francia, sin que nadie les inquietase, entre otros el P. Gil, los jesuitas de Loyola, doña Pilar Fulgoso (á quien D. Basilio proporcionó escolta, en virtud de una orden que para ello envió D. Juan desde Santistevan), el brigadier Abaurre, el coronel Gordillo, y algunos otros oficiales.

El día 4, el general Elio trasladó una orden al comandante del 5.º batallon, mandándole que dejase pasar libremente á cuantas personas quisieran refugiarse en Francia. El mismo día pasó el comandante Aguirre con su hermano á casa de D. Basilio, y le dijo: «los oficiales y soldados de los batallones estan furiosos, pues aunque Maroto no está ya entre los carlistas, ven que la causa del rey va á peor cada día, y que no se toma ninguna medida para reparar los males que la traicion nos ha causado; ven, por fin, que no era Maroto el único traidor, y que no lo son menos los que todavía rodean á D. Carlos. Aun se nos podria sacar del abismo en que hemos caido, y lejos de eso, cada vez nos metemos mas en él; por consiguiente estan resueltos á marchar al cuartel real. En tal caso prevéo grandes desgracias, y seria bue-

no que fuese vd. á ponerse de acuerdo con don Juan acerca de lo que debemos hacer.»

Con efecto, pasó D. Basilio á Santistevan y manifestó á D. Juan lo que habia, en presencia del general Arroyo y otros; se decidió que el dia siguiente volviese el general García á Vera, y emplease todos los medios posibles para calmar los espíritus, y efectivamente lo consiguió aun aquel dia.

Don Juan llegó á Vera el 6 con intencion de pasar á Francia, en cumplimiento de nuevas órdenes de D. Carlos que le habia enviado la víspera el general Merino; pero los comandantes y oficiales de los batallones 5.º y 12.º se reunieron en junta, y decidieron ponerse en marcha el dia siguiente al rayar el alba hácia Lecumberri con 9 compañías, á fin de abrir los ojos á D. Carlos acerca de los peligros que amenazaban á su causa, y hacerle conocer la necesidad de separar de su persona y consejos á Eguía, Montenegro y otros. Despues del consejo pasaron á casa de D. Juan, á quien dieron parte de lo que habian determinado, y le rogaron igualmente que á D. Basilio, que se pusiesen á su cabeza. Uno y otro lo recusaron, y emplearon las observaciones y los ruegos para hacerles desistir de su intento, pero fue en vano, pues se mostraron tan resueltos en la voluntad que habian manifestado de llevarlos consigo, que temiendo D. Juan y D. Basilio que se desajasen atrastrar á algun esceso si no cedian; pro-

metieron seguirles, pero bajo la condicion de que observarian la mas estrecha disciplina, y obedecerian á todas sus órdenes.

El 7 á las seis de la mañana se pusieron en marcha las compañías; comieron en Santistevan, y pasando por Elorriaga, Iturzu, Zubieta y Zaldias, llegaron á las ocho de la noche á Arraras, que dista solas dos leguas de Lecumberri. Desde allí envió D. Basilio á Nuñez, ayudante de campo del general Uranga, á buscar al coronel Castillo que mandaba un escuadron de Castilla, y á rogarle que se reuniese á los batallones. Este paso tenia por objeto calmar la irritacion que se habia escitado en los navarros contra los castellanos, y el éxito coronó la buena intencion del general, pues los castellanos fueron muy bien recibidos por los batallones, y se pasó tranquilamente la noche á dos leguas del cuartel real.

Al rayar el dia salió Velasco para Lecumberri, segun habia convenido con D. Juan y D. Basilio, y tan pronto como llegó solicitó una audiencia de D. Carlos. Admitido á su presencia le dijo que iba enviado por los batallones 5.^o y 12.^o para asegurarle de su afecto y fidelidad, y rogarle que les permitiera presentarse en su presencia. Declaró que si los batallones se habian sublevado habia sido porque conocian la conducta de Maroto, cuyos proyectos les habia prohibido su lealtad favorecer; pero que Maroto no era sin duda el único perjuro, pues si

lo fuese se habrian tomado ya medidas energicas para prevenir las funestas consecuencias de su desercion, cuales eran la pérdida de la causa realista, y acaso la de la persona misma de D. Carlos. Acabó Velasco pidiendo á éste que tuviese á bien recibir á D. Juan y á D. Basilio, y pasar revista á los batallones. Don Carlos parecia muy dispuesto á conceder lo que se le pedia en nombre de los batallones, pero la princesa de la Beira se opuso á ello, diciendo que sabia que los sublevados querian asesinarla. En vano le hizo presente Velasco que la habian engañado los que tenian interes en impedir que D. Carlos conociese sus maniobras; en vano le dijo que injuriaba á D. Juan, á D. Basilio y á él mismo, cuando los servicios que habian hecho á D. Carlos y el testimonio de una vida honrosa, debian ponerlos á cubierto de toda sospecha; en vano se arrojó á sus pies rogándole que no contribuyese á su propia ruina; todo fue inútil, y tuvo que retirarse sin haber conseguido nada.

La antecámara estaba llena de gente, que proferia los mas groseros insultos contra don Juan, D. Basilio y los batallones. Velasco tomó su defensa, pero la discusion se acaloró, y Villarreal le amenazó con que le haria fusilar acto continuo. Velasco salió de palacio y se fue á casa de un amigo, esperando que D. Carlos lo reflexionaria mejor y le llamaria; en efecto, fue así, porque poco despues vinieron á buscarle,

pero Velasco respondió que no reconocia que aquel fuese el palacio del rey, pues mas bien se habia creído en una taberna, y que no podia volver sin riesgo á un parage donde le habian insultado y amenazado. A corto rato le envió á decir D. Carlos que si los batallones y sus gefes hacian una esposicion sumisa y moderada en que le espusiesen sus deseos, estaba pronto á recibirla.

Al momento que Eguía supo que se aproximaban los batallones, mandó formar los alaveses y el batallon Cantabro. Habiéndosele presentado en la plaza el comandante de la guardia real, le insultó, diciéndole que iba á mandarlos fusilar á todos; y aunque el comandante protestó que estaba siempre dispuesto á obedecer á las órdenes del rey, le mandó Eguía que entregase el mando de su batallon á su segundo D. Pio Luis de Berrueta. El comandante se dirigió á palacio é informó á D. Carlos de lo que acababa de pasar, y este le dijo que continuase con el mando, que él se encargaba de hablar á Eguía (20). Un batallon alaves se colocó frente á palacio, y Villareal mandó cargar las armas, y en seguida dispuso que la guardia formase delante de la puerta, prohibiéndole que cargase sus fusiles; por fin colocó la última compañía del batallon detras de la guardia, que no pudo menos de inquietarse al observar estas disposiciones, porque viéndose colocada entre dos fuegos creyó que se trataba decididamente de sacrificarla.

Mientras esto pasaba en Lecumberri, los sublevados se habian adelantado hasta Aldaz, á media legua de dicho pueblo; allí D. Juan y D. Basilio les mandaron hacer alto á fin de dar á Velasco el tiempo necesario para desempeñar su comision, mas las compañías se alborotaron diciendo que esta mision no tenia otro objeto que el de advertir á los traidores y dejarlos escapar. Don Juan les recordó sus promesas de obedecerle y no entregarse á ningun esceso, pero á pesar de todo fue necesario ponerse otra vez en marcha hasta dar vista á Lecumberri, donde hicieron nuevo alto. Algunos instantes despues se presentó Crespi, ayudante de campo del general Eguía, el cual venia á reconocer qué tropa era la que se acercaba, y de quién habia recibido órdenes para hacerlo, á lo que respondieron que eran algunas compañías de los fieles batallones 5.º y 12.º que venian á rogar á D. Carlos que arrojase de su lado á los que le vendian, y que esperaban las órdenes del rey, á quien habian enviado un diputado. Crespi se retiró, y á corto rato llegó Velasco, trayendo la respuesta de D. Carlos.

En tanto que se escribia la esposicion que pedia D. Carlos, volvió Crespi adonde estaban las tropas, y les mandó que se retirasen á sus acantonamientos si efectivamente reconocian la autoridad del rey. Respondiéronle que estaban en comunicacion directa con D. Carlos, á cuya soberana voluntad estaban dispuestos á obede-

cer. Don Juan preguntó á Crespi, qué general era el que daba órdenes de aquel modo, y habiéndole contestado que Eguía, añadió: «Pues nosotros no obedecemos á Eguía, porque vende á su rey.» Crespi se retiró, y el comandante Castillo y otro oficial pasaron á palacio á saber la última voluntad de D. Carlos, mas antes que volviesen, D. Juan y D. Basilio hicieron retirar á sus tropas, porque vieron que Villareal hacia adelantar algunos batallones, maniobrando de manera que pudieran cojerles unos de frente y otros por retaguardia; mas queriendo evitar una coalision prohibieron á los soldados que disparasen un fusilazo, aun en el caso de que fuesen atacados, para no confirmar á la princesa en la idea de que venian á asesinarla.

Apenas empezaron la retirada, cuando los alaveses, que venian á la vanguardia, se unieron á la retaguardia del 5.º, gritando: *viva el rey; mueran los traidores: á Lecumberri, á echar de allí á todos los que venden al rey.* Don Basilio y D. Juan hicieron los mayores esfuerzos para contener á los soldados del 5.º, cuya resolucion se aumentaba al verse sostenidos por los alaveses á quienes habian enviado contra ellos, mas al fin pudieron conseguirlo y continuaron su marcha hasta Arraras, donde se detuvieron para pasar allí la noche. Los dos oficiales enviados por D. Juan y D. Basilio fueron recibidos por D. Carlos; pero Eguía, Villareal y Elio que se hallaban presentes, se en-

colerizaron de tal modo, amenazándolos con que los harian fusilar á ellos y á todos los soldados del 5.º y 12.º que encontrasen fuera de sus acantonamientos, que los dos oficiales tuvieron que retirarse sin ser siquiera oidos.

Don Carlos salió de Lecumberri el 8, con direccion á Elizondo. Al llegar á Icaizos, dijo Villareal al comandante de la guardia Zárate, que la voluntad de D. Carlos era que entregase el mando á su segundo: Zárate obedeció y estuvo privado de su empleo hasta el 11, que Villareal le mandó volviese á tomar la comandancia, que no se le habia suspendido sino por sospechar que estuviese en relaciones con don Juan y el 5.º, en cuyo caso se habia temido su influjo en la guardia.

El 9 por la noche llegaron los batallones 5.º y 12.º á Santistevan; D. Juan y D. Basilio arengaron á los soldados alabándolos por su obediencia y su buena conducta, y se escribió y envió á D. Carlos la esposicion.

El 10, habiendo vuelto ya todos á Vera, llegó á cosa de medio día el cura de Elizondo, á quien enviaba D. Carlos, para decir á don Juan, á D. Basilio y á los hermanos Aguirres, que deseaba que se volviesen á Francia, y que cuando los necesitase les haria venir á su lado, á lo cual respondieron todos que no tenían otra voluntad que la de su rey, y que estaban siempre dispuestos á obedecerle.

El 11 se reunieron los oficiales de los ba-

tallones, enviaron á buscar al cura de Elizondo, y le rogaron que dijese á D. Carlos en su nombre, que no permitirian que se ausentasen aquellos cuatro sugetos, y antes por lo contrario, deseaban que D. Carlos llamase á su lado á todos los que habian sido desterrados por Maroto. Añadieron que aunque no tenian gran confianza en Elio, le obedecerian sin embargo; puesto que tal era la voluntad de D. Carlos.

Don Juan y D. Basilio se acercaron á la frontera de Francia con la esperanza de poderla atravesar, pero era tal la vigilancia con que estaban los soldados para impedirles que desertasen de su causa, como ellos decian, que no pudieron efectuar su proyecto.

El 12 por la tarde recibió D. Juan la carta siguiente del vicario de Elizondo.

Elizondo 11 de setiembre.

A las once de la noche.

«Mi querido amigo: no he escrito á vd. inmediatamente, porque S. M. me habia dicho que me enviaria á llamar. Efectivamente acaba de llamarme, y me ha dicho que vd. y don Basilio podian dirigirle una respetuosa esposicion, escrita en terminos muy moderados, en que le pidiesen permiso para permanecer en España. S. M. dice que lo primero de todo es rechazar al enemigo, y que para esto debe reinar la mas estrecha union entre todos los carlistas,

y sobre todo entre las tropas que se hallan á las órdenes de Elio. S. M. autoriza á los Aguirres para que hagan igual peticion. En cuanto á la separacion de las personas que rodean á S. M., exigida por los batallones, no se presenta del todo mal, como tampoco el resto de los negocios.»

Soy de vd. afectísimo amigo y servidor

Juan Nicolas.

Los batallones sublevados recibieron orden de Elio para pasar á un punto que les señalaba, dejando en Vera una fuerza suficiente para defender la villa en caso de ataque. Los oficiales se reunieron, y se decidió que se obedeciese aquella orden. El 13 salieron de Vera los batallones con arreglo á la orden de Elio, dejando allí dos compañías para su defensa.

Aquel mismo dia entraron los cristinos en Santistevan, pasando por los puertos de Doña María y de Velate, que el comandante carlista habia dejado descubiertos por una negligencia bien culpable.

El 14, don Juan Echeverría, el general Garcia, Velasco y los batallones sublevados, entraron en Francia, terminando asi la insurreccion de Vera, que principió con la leal intencion de salvar la causa carlista y la persona de don Carlos, cuya huida á Francia realizó los justos temores de los desterrados y de los verdaderos realistas.

Los desterrados querían purificar el cuartel real y el ejército, querían limpiar esos nuevos establos de Augias, pero menos dichosos que Hércules sucumbieron en la empresa, no porque la justicia estuviese contra ellos, ni porque don Carlos se opusiese á sus deseos, sino porque habían alarmado y prevenido á la princesa de la Beira. Usando de un sistema de terror, se impidió á los verdaderos amigos de don Carlos que se pronunciasen abiertamente, y por medio del espionaje y la vigilancia se consiguió que la verdad no pudiese llegar hasta él. Las probalidades no eran iguales, pues los desterrados se hallaban en Francia, y los marotistas eran poderosos en palacio; así es que los primeros sucumbieron, mientras los segundos obtuvieron una completa victoria.

Un consuelo queda, sin embargo, á los que tomaron parte en la insurrección de Vera, y es que pueden presentarse en todas partes con la cabeza erguida, sin recurrir á la miserable excusa de haber sido engañados. ¿Pueden decir otro tanto los que dirigieron la causa carlista desde el mes de febrero de 1839? No. Ministros, generales, consejeros, han tenido que unirse para repetir el unánime pero falso grito de que fueron engañados por Maroto hasta el último momento.

Los enemigos de don Juan Echeverría y de don Basilio, no perdonan ningún medio de perjudicarles en la opinión pública; y para ello

les atribuyen los excesos cometidos por los batallones sublevados, acusandolos de haber permitido, y acaso de haber tomado parte en robos, asesinatos y otros; sin embargo, nada hay más falso, y los marotistas lo saben bien, pero convenia á sus miras decirlo así, y no han dejado de hacerlo.

Es cierto que los batallones sublevados, exasperados con lo que pasaba cada día, maltrataron y robaron á varios de los que creían partidarios de Maroto, ó á quienes acusaban de abandonar la causa de don Carlos porque los veían pasar la frontera; pero ¿quién puede hacer responsables á don Basilio de los excesos cometidos por los batallones? ¿Ha ocurrido á nadie de acusar á Espartero de complicidad en los asesinatos de Sarsfield, Mendivil, Escalera y otros? ¿Es responsable Mirasol de las vergonzosas escenas de Hernani? El mismo Maroto, ¿lo es de las atrocidades cometidas en Azcoitia por sus batallones favoritos? No por cierto. Pues al leer las páginas que preceden se habrán visto que don Juan Echeverría y don Basilio García, lejos de alentar los desórdenes, hicieron cuanto humanamente podían para evitarlos, aun arriesgando su vida. Así fué que hicieron pasar en secreto, para salvarlas del furor de los soldados, á varias personas cuyo odio á los desterrados era bien conocido. Pregúntense al capitán Goizue- ta los pormenores de la misión que fué á desempeñar á Vera; que diga, sobre todo, quién le

envió, y entonces se conocerá la verdad, y podrán entregarse los criminales á la indignacion pública.

Y ¿quienes fueron los asesinos del general Moreno? (21) ¿Quién repartió dinero para que se cometiese aquel horrible atentado? ¿En dónde se refugiaron los asesinos con las manos manchadas aun en la sangre de aquél sincero amigo de don Carlos? ¿Fue en el campamento de los insurgentes? No; porque allí hubiera recibido el castigo que su crimen merecia. Sin embargo, ¡no ha faltado quien haya tenido la impudencia de atribuir aquel hecho á don Juan y á sus amigos!

¿Quiénes fueron los instigadores de los robos cometidos por las tropas de Guipúzcoa despues de desordenadas, á las cuales debe atribuirse la mayor parte de los estesos cometidos? Ese es todavia un secreto, pero es probable que deje de serlo con el tiempo.

Don Juan Echeverría y don Basilio Garcia, nada tienen que echarse en cara á sí mismos, porque su conciencia está limpia. ¿Pueden decir otro tanto sus acusadores?

CAPITULO IV.

Los vascongados españoles son uno de los pueblos mas originales, y acaso de los menos desmoralizados de Europa. Un gran número de ellos, mas bien por amor al trabajo que por necesidad, se embarcan para la América del Sur, donde han solido reunir considerables riquezas; mas á pesar de eso el amor á su pais natal existe siempre en ellos, sin producir no obstante el abatimiento y tristeza que suelen notarse en los emigrados de otras naciones; y aunque los vascongados desean mejorar su fortuna, jamás se

envió, y entonces se conocerá la verdad, y podrán entregarse los criminales á la indignacion pública.

Y ¿quienes fueron los asesinos del general Moreno? (21) ¿Quién repartió dinero para que se cometiese aquel horrible atentado? ¿En dónde se refugiaron los asesinos con las manos manchadas aun en la sangre de aquél sincero amigo de don Carlos? ¿Fue en el campamento de los insurgentes? No; porque allí hubiera recibido el castigo que su crimen merecia. Sin embargo, ¡no ha faltado quien haya tenido la impudencia de atribuir aquel hecho á don Juan y á sus amigos!

¿Quiénes fueron los instigadores de los robos cometidos por las tropas de Guipúzcoa despues de desordenadas, á las cuales debe atribuirse la mayor parte de los estesos cometidos? Ese es todavía un secreto, pero es probable que deje de serlo con el tiempo.

Don Juan Echeverría y don Basilio Garcia, nada tienen que echarse en cara á sí mismos, porque su conciencia está limpia. ¿Pueden decir otro tanto sus acusadores?

CAPITULO IV.

Los vascongados españoles son uno de los pueblos mas originales, y acaso de los menos desmoralizados de Europa. Un gran número de ellos, mas bien por amor al trabajo que por necesidad, se embarcan para la América del Sur, donde han solido reunir considerables riquezas; mas á pesar de eso el amor á su pais natal existe siempre en ellos, sin producir no obstante el abatimiento y tristeza que suelen notarse en los emigrados de otras naciones; y aunque los vascongados desean mejorar su fortuna, jamás se

les ve entrar á servir en los ejércitos de ninguna nacion estrangera.

Los vascongados se diferencian del resto de los españoles, tanto por su carácter como por las leyes que les gobiernan y que son particulares de su país, leyes que se conocen con el nombre de *fueros*, y que les hacen hasta cierto punto independientes. Dichos *fueros* estan garantidos por tratados hechos con los reyes de Castilla, y todos los soberanos españoles los juran solemnemente en su advenimiento al trono. Ningun pueblo del mundo ha dado pruebas de una adhesion tan firme á sus derechos y privilegios, en cuya defensa lucharon contra los romanos y los francos, y no menos valientes se han mostrado siempre en mar que en tierra, pues Washington habla de un combate naval que sostuvieron contra los ingleses el 28 de agosto de 1450.

Los vascongados conservan una veneracion tan grande á sus antiguos usos, y á las acciones memorables de su historia, que aun en el dia los habitantes de Verastegui celebran todos los años el aniversario de la batalla de Beotivar, que ganaron los guipuzcoanos contra los navarros en 24 de junio de 1321, y llevan en procesion unos grandes palos en memoria de las armas con que sus antecesores batieron á sus enemigos.

Su nombre mismo indica que los vascongados son los *vascones* de los antiguos, palabra

derivada de su propio idioma, en el cual *vasco* significa una montaña, y *vascon* un montañés.

Desde tiempos inmemoriales han sido reputados los vascongados por un pueblo valiente, altivo y obstinado, y siempre prontos á sacrificar sus vidas en defensa de sus derechos ó para proteger á sus compatriotas, están tan unidos entre sí que hay como una especie de confraternidad que hace que se presten mutuo auxilio, donde quiera que se encuentran en país extranjero. Los mismos sentimientos que animaban á los vascongados del siglo XIV viven en los corazones de sus descendientes, y así es que cuando se decidieron en favor de don Carlos, tomaron las armas resueltos á asegurar su triunfo.

Fernando VII murió el 29 de setiembre de 1833, y el 6 de octubre salió Alzáa de Oñate á la cabeza de una compañía de voluntarios realistas, gritando *viva Carlos V*, para ir á Segura á ponerse á las órdenes de Lardizabal. Pronto siguieron otros el ejemplo dado por aquellos dos pueblos, y el 9 resonaron las mismas voces en Azpeitia, el 11 en Irun, Hernani y Aztigarraga, y el 16 en Oyarzun y el resto de la provincia; mas habiendo puesto los cristinos guarniciones en las principales villas, el pueblo tuvo que contenerse, hasta que protegido por las victorias de Zumalacarrgui, no se oyó en toda Guipúzcoa mas grito que el de *viva el rey, viva la religion*.

Se ha hablado tantas veces y en tantas par-

tes del valor de los guipuzcoanos; que es inútil entrar aquí en pormenores acerca de sus hechos de armas. Solo diré que la legion inglesa mandada por Evans no olvidará en mucho tiempo el recibimiento que le hicieron en aquella provincia.

Se ha dicho que los vascongados se habían rebelado contra el gobierno de Isabel por la conservación de sus fueros, y que no se colocaron bajo el estandarte de don Carlos sino porque este había prometido conservárselos. Los que conocen la historia de la guerra civil saben que no es así, pues aunque es verdad que los vascongados no han pensado jamás en renunciar sus fueros, también lo es que desde el principio de la insurrección se oyeron los gritos de *viva el rey, viva la religión, y nunca el de vivan los fueros*; los cuales por otra parte no podían servir de pretexto á la insurrección, porque cuando ésta principió, la reina María Cristina, en su manifiesto de 3 de octubre, publicado por Zea Bermudez, declaró que quería conservar y transmitir á su hija Isabel el reino, gobernado por las mismas leyes, y en el mismo estado que le recibió del rey Fernando VII. (*)

(*) Lo que aquí dice el autor es verdadero hasta cierto punto; pero no por eso puede deducirse la consecuencia que él deduce. Es verdad que al principio no se levantaron los vascongados por los fueros, pero si bien

Si todavía pudiera dudarse de los verdaderos motivos que produjeron la insurrección de las provincias, bastaría leer con atención la proclama siguiente, publicada por los que se pusieron á la cabeza de ella; en vano se buscará en ella ni una sola palabra de fueros, sino al contrario se inferirá de su lectura que la diputación formada en Vizcaya llama al pueblo á sostener los derechos de don Carlos y le invita á que una sus esfuerzos con los del resto de España para colocarle en el trono de San Fernando.

«Vizcainos: una facción anti-religiosa y anti-monárquica se ha apoderado del mando durante la larga enfermedad de nuestro difunto rey, y trata de ir adquiriendo ascendiente, para esponerlos sin defensa á los ataques de la revolución y de la anarquía que combatimos en

se examina, se verá que lo hicieron mas que por otra cosa por un sentimiento de fanatismo religioso, como puede deducirse del contesto de todas las proclamas del principio de la insurrección: mas pasado cierto tiempo se mezcló la cuestión de fueros, y entonces se puede decir que se hizo mas general la insurrección en las provincias; así es, que como hemos observado en la nota de la página 113, los jefes de la facción hablan siempre de los fueros en sus allocuciones, y tan luego como las provincias han creído que hasta cierto punto se les aseguraban por el convenio de Vergara han depuesto las armas, y las masas permanecen tranquilas y contentas, lo cual no hubiera podido suceder con el carácter constante de los vascongados, que el mismo autor reconoce, si hubiesen tomado las armas únicamente para defender la monarquía absoluta de don Carlos.

1823. Sus partidarios aparentan que consideran las leyes antiguas y fundamentales del reino abolidas por otras nuevas, y despues de haber alterado el orden de sucesion al trono con una audacia de que no presenta otro ejemplo la historia, quieren hacer á España cómplice de sus abominables maquinaciones que la propaganda revolucionaria inventa para destruir el orden social en Europa. Con tal objeto se traman intrigas públicas y privadas, y la célebre fidelidad de este glorioso pais no puede escaparse completamente de sus ramificaciones.

«Vizcainos: la lealtad que anima vuestros corazones estaba contenida mientras la existencia del monarca oponía una barrera á la manifestacion de vuestras opiniones; pero ahora que la providencia ha tenido por conveniente llamarle á mejor vida, os ha electrizado el patriotismo mas noble y puro, y rompiendo las cadenas de la esclavitud que os querian imponer, habeis proclamado á vuestro legítimo soberano, el magnánimo y virtuoso don Carlos María Isidro de Borbon, que se os ha presentado rodeado del amor de todos los españoles, para cicatrizar las llagas que el genio destructor del orden social os habia causado.

«Vizcainos: perseverad, como todos los buenos españoles, en vuestra valerosa resolucion. La diputacion que se halla á vuestro frente dara la señal á vuestro celo y entusiasmo, y cuando vuestros esfuerzos, unidos á los del resto de

España, hayan conseguido colocar en el trono de San Fernando á nuestro muy amado monarca don Carlos V, ¡qué felicidad será la vuestra, pues habreis demostrado al mundo entero que no habeis degenerado, y que sois dignos sucesores de vuestros ilustres é intrépidos ascendientes!

El marques de Valdespina.

L. Javier de Batiz.

Fernandó de Zabala.

«Bilbao 5 de octubre de 1833.»

Al momento que se supo en Alava la muerte de Fernando, se formó una junta, que publicó una proclama en el mismo sentido, y tan cierto es que los fueros no entraban en la cuestion, que en una de las primeras cartas que Zumalacarregui escribió á don Carlos cuando este se hallaba todavía en Portugal, le invita á que venga á las provincias, pero nada habla de fueros, y solo le dice que el pueblo le ha proclamado rey, y que pelea para restablecerle en el trono de sus padres. La tal carta dice asi:

Huarte-Araquil 19 de mayo de 1834.

SEÑOR:

«Escache V. M. la voz de sus fieles vasallos. La espada de la justicia ha salido de la vaina, todos los navarros se han levantado en

favor de V. M. y solo esperan su presencia en su fiel reino de Navarra, para rodear y defender el trono que V. M. eleve en medio de ellos. Jamás se encontraron corazones mas llenos de entusiasmo; aproveche V. M., señor, pues si no os viesen podrian desanimarse.

«Creedme, señor: aun cuando V. M. no pudiese contar mas que con los esfuerzos de Navarra y de las provincias vascongadas, no serian estos inútiles, aunque limitados. Venid, señor; nada temais; aqui, en medio de nosotros se adornará vuestra frente con la corona del reino de Navarra, que si su territorio es poco estenso, sus habitantes son leales y heroicos. Todas las naciones os respetarán, sereis reconocido como rey, y un pueblo de valientes perecerá hasta el último individuo antes de permitir que os suceda ningun mal: en fin, señor, V. M. sostendrá su dignidad, será proclamado rey por todos sus vasallos, y recobrará de este modo el trono de San Fernando.

«Nuestras conciencias y nuestro honor nos obligan, señor, á rogar á V. M. que venga entre nosotros. Vuestra presencia sola bastará, pues si V. M. llega á poner el pie en el suelo navarro ó en las costas de Guipúzcoa, estará ya en seguridad, y todos iremos á recibirle. Al llegar V. M. al territorio español tendrá á su lado diez mil bayonetas puestas en manos de igual número de soldados valientes, y pocos dias bastarán para que se aumenten otras tantas. ¡Oja-

lá esté próximo tan feliz momento, que no puede menos de llegar, pues la proteccion divina recompensará las virtudes de V. M.!

«Vuestras armas, señor, triunfaron completamente el 22 de abril, del enemigo mandado por Quesada; el primer batallon de Navarra bastó solo para derrotar dos mil granaderos de la guardia que Quesada tenia á sus órdenes. El 24 del mismo mes, fue vencido segunda vez su ejército.

«Entraria con gusto, señor, en mas pormenores, pero me es imposible, porque todavia estamos en la incertidumbre de si mi humilde carta del mes de abril último ha llegado á manos de V. M.

«Dios conserve la preciosa vida de V. M. y le traiga felizmente entre nosotros para nuestra dicha.»

A L. R. P. de V. M.

Tomas Zumalacarregui.

En la proclama siguiente que publicó don Carlos estando todavia en Portugal, tampoco se hace mencion alguna de los fueros, y sin embargo fue recibida con el mayor entusiasmo en las provincias, donde se reimprimió y circuló con rapidez y profusion.

Carlos V, rey de España, à sus amados vasallos.

«Bien conocidos son mis derechos á la co-

rona de España en toda Europa, y los sentimientos en esta parte de los españoles, que son harto notorios para que me detenga en justificarlos; fiel, sumiso y obediente, como el último de los vasallos á mi muy caro hermano que acaba de fallecer, y cuya pérdida, tanto por sí misma, como por sus circunstancias, ha penetrado de dolor mi corazón, todo lo he sacrificado; mi tranquilidad, la de mi familia; he arrostrado todo clase de peligros para testificarle mi respetuosa obediencia, dando al mismo tiempo este testimonio público de mis principios religiosos y sociales, tal vez han creído algunos que los he llevado hasta el exceso, pero nunca he creído que puede haberlo en punto del cual depende la paz de las monarquías.

«Ahora soy vuestro rey, y al presentarme por la primera vez á vosotros, bajo este título, no puedo dudar un solo momento, que imitareis mi ejemplo sobre la obediencia que se debe á los príncipes que ocupan legítimamente el trono, y volareis todos á colocaros debajo de mis banderas, haciéndoos así acreedores á mi afecto y soberana beneficencia, pero sabreis igualmente que recaerá el peso de la justicia sobre aquellos que desobedientes y desleales no quieren escuchar la voz de un soberano, y un padre que solo desea haceros felices. = Octubre de 1833.»

Carlos.

Al sublevarse los vascongados en favor de

don Carlos arriesgaban verdaderamente sus fueros, pues se esponía al resentimiento y venganza de un gobierno que se negaban á reconocer. ¿Quién hubiera podido prever en aquella época que se verificarían escenas como las de la Granja y Barcelona, que diesen lugar á proclamar la constitucion de 1812? ¿Podían los vascongados adivinar que España sería protegida por lord Palmerston, y que el resultado de esta proteccion sería el cambio de todas las leyes fundamentales de la monarquía española? No: los vascongados son hombres rectos y francos; miraban á don Carlos como su soberano legítimo, y por eso tomaron las armas para sostenerle.

Los vascongados han sufrido mucho por la causa que se propusieron defender. Cualquiera otra nacion hubiera sucumbido, y sino hubiesen consultado mas que sus intereses particulares hubieran depuesto las armas poco despues que las tomaron (*), pues cada nuevo general que enviaba el gobierno de Madrid, al mismo tiempo que imponía castigos á las provincias sublevadas, les ofrecía el reconocimiento de sus fueros, si renunciaban á sostener las pretensiones de don Carlos. En noviembre de 1833, el

(*) Como lo han hecho luego que se han convencido de que no sostenían sus intereses, ni los de la monarquía y religion, sino los de unos cuantos privilegiados.

general Castañon, entonces capitán general de Guipúzcoa, suspendió los fueros por primera vez, y eso únicamente con respecto á las ciudades y pueblos que habian abrazado la causa de don Carlos. No habiendo producido ningun efecto esta amenaza, publicó Castañon el 3 de diciembre del mismo año, una nueva orden, en la cual se previene que todo individuo que oculte municiones ó dinero perteneciente á los sublevados será fusilado inmediatamente; que si desde alguna casa se hace fuego á las tropas de la reina, será quemada la casa; que cualquiera individuo que forme parte de una partida de menos de 50 hombres armados y sea cogido á menos de un cuarto de legua del camino real, será tenido por ladrón y fusilado; que lo será igualmente cualquiera que intercepte un correo del gobierno; que se confiscarán las propiedades de los ausentes; que todo individuo que se niegue á llevar partes de los ayuntamientos al cuartel general será condenado á dos años de trabajos públicos; que toda muger que con palabras ó acciones favorezca á los rebeldes será condenada á la pena de reclusion; y otras providencias semejantes.

Iguales ó análogas disposiciones se tomaron en Vizcaya, Navarra y Alava; pero el único efecto que produjeron fue el de aumentar las filas de D. Carlos. Estas medidas de rigor aumentaron de tal modo el odio de aquellos pueblos contra el gobierno de Madrid, que los hom-

bres abandonaban sus casas, mugeres é hijos, y corrían á incorporarse en los batallones carlistas. En junio de 1834, estando yo en Guipúzcoa, encontré á un labrador rico, y deseando saber qué efecto produciría en él la noticia de haber salido D. Carlos de Portugal, le dije: «¡ Con que D. Carlos se ha embarcado para Inglaterra! » — «Hace mucho tiempo que lo esperábamos, me contestó, pero es para bien de nuestra causa, y aun en el caso de que nos abandonase, encontraríamos otro que se pusiese á nuestra cabeza. Como quiera que sea, no queremos que nos gobierne una muger.» Ni una palabra me dijo de fueros, y debía ser así, pues la única idea que entonces ocupaba al pueblo, era la posibilidad de perder á D. Carlos, y la firme resolución de no obedecer á Isabel. (*)

El 9 de julio de 1834 entró D. Carlos en las provincias, y fue recibido con el mayor en-

(*) Creemos que la consecuencia que deduce aquí el autor no es legítima. Si el labrador nada habló de fueros, y de ahí se infiere que el pueblo no se batía por ellos, también se espresó con una grandísima indiferencia sobre la pérdida de don Carlos, y con mas razón puede deducirse de aquí que no se batían las provincias por amor al pretendiente. ¿Por qué, pues, se batían y se batían con encarnizamiento? Porque algunos hombres interesados, y principalmente eclesiásticos, como don Juan Echeverría, les habian hecho creer que con el nuevo orden de cosas se perdian su religion y sus fueros, y por eso no querian al gobierno de Isabel II, y preferian un rey absoluto, cualquiera que este fuese.

tusiasmo, entre las aclamaciones de *viva el rey, viva Carlos V.* Desde aquel momento hasta que D. Carlos se hizo dueño de las provincias, la conducta de los habitantes de ellas fue superior á todo elogio, proporcionándole medios de librarse siempre de las activas persecuciones de los generales cristianos, sin embargo de que el auxilio que daban á D. Carlos no carecía de peligros, pues algunos fueron víctimas del afecto que profesaban á su persona.

He creído que debía entrar en estos pormenores, para manifestar cuál era el verdadero objeto de la insurrección de los vascongados y navarros; ahora voy á decir algunas palabras acerca de Guipúzcoa, en razón á que sus batallones tomaron una parte muy activa en los últimos acontecimientos.

Es indudable que las cargas que pesaban sobre el pueblo en las provincias por efecto de la guerra eran gravísimas, y que su consecuencia natural era la de padecer privaciones sin número, mas sin embargo estas privaciones no eran suficientes para abatir su noble valor.

Muchas tentativas se hicieron desde 1835 por el gobierno de Madrid para seducir á los valientes voluntarios de Guipúzcoa, pero siempre inútilmente, y el coronel inglés Wylde tomó muchas veces parte en ellas, aunque siempre fue rechazado con indignación. El levantamiento de la bandera de Muñagorri fue una de las invenciones del tal coronel Wylde, el cual

y sus agentes prometieron maravillas á los gobiernos inglés y español, diciéndoles que como no faltase dinero, toda la población de las provincias vascongadas correría á colocarse bajo la bandera de *paz y fueros*. Habiendo conseguido ponerse en correspondencia con Iturbe, se creyó Wylde tan seguro del buen éxito, que escribió á lord John Hay que todos los batallones de las provincias estaban dispuestos á abandonar la causa de D. Carlos. Lord John Hay, como hombre prudente, quiso cerciorarse por sí mismo de la verdad de tales asertos, y con este objeto envió un mensaje al general Iturriza, comandante general de Guipúzcoa, manifestándole el deseo de tener una conferencia con él. Iturriza, que se hallaba enfermo, envió en su lugar á Pasages al brigadier Alzáa, su gefe de estado mayor, acompañado de Iturbe y de un intérprete, los cuales al llegar á Pasages encontraron allí á lord John Hay, que traía consigo á M. Queheille, comerciante de San Sebastian, para que le sirviese de intérprete.

Los gefes carlistas habían creído que lord John Hay deseaba entrar en algun arreglo para la ejecución del tratado de Elliot, mas al momento que su señoría citó el nombre de Muñagorri, interrumpió Alzáa la conferencia, diciéndole: «que él estaba sinceramente unido á su soberano, que tanto él como sus soldados estaban seguros del triunfo de la causa que defendían, y que se hallaban resueltos á sostener-

la hasta el último extremo,» con lo cual los gefes carlistas se volvieron á Andoain.

Desde aquel momento perdió Muñagorri todo el prestigio que habia adquirido en el ánimo de lord John Hay, y aunque por obediencia á las órdenes de lord Palmerston, tuvo que suministrarle armas, artillería y municiones, no volvió á tener la menor confianza en aquella famosa empresa, que vino á ser un objeto de risa para todos los partidos. Si los vascongados no se hubiesen levantado sino para conservar sus fueros, ¿hubieran desperdiciado esta ocasion de asegurarlos sin pelear mas tiempo? (*). No, sin duda, pues, con la poderosa proteccion de lord John Hay y de lord Palmerston, hubieran podido facilmente obtener las convenientes garantías; pero lejos de eso manifestaron en aquella ocasion que su afecto á D. Carlos era tan fuerte y sincero como habia sido siempre.

Después que falló la tentativa de Muñagorri, Iturbé auxiliado por su hermano, que residia en San Sebastian, continuó sus intrigas para introducir la corrupcion en los batallones; se repartia dinero á los soldados, y se les acostumbraba á oír constantemente «que era imposible acabar la guerra por la fuerza de las armas; que era inutil derramar mas sangre española; que

(*). Ya hemos dicho que esta era una de las causas, pero no la única.

si los vascongados pudiesen conservar sus fueros y obtener una paz honrosa seria una locura el continuar la guerra etc, etc.» (*)

Quando los instrumentos de Maroto, Iturriaga é Iturbe vieron que los voluntarios escuchaban sin ira estas observaciones, empezaron á decir que el mismo D. Carlos estaba convencido de la necesidad de hacer una transaccion para terminar la guerra, sin lo cual seria esta eterna, y que con este fin habia autorizado á Maroto para que se pusiese de acuerdo con Espartero, pero que jamas se faltaria á los principios en cuya defensa habian tomado las armas los vascongados. Estas maniobras produjeron el efecto que se deseaba; los batallones se hicieron transaccionistas, y los soldados miraron como enemigos de D. Carlos, y desobedientes á su voluntad, á todos los que quisieron explicarles la conducta de Maroto.

El pasage siguiente, extractado de un folleto publicado por M. A. Mareley, capitan adicto al estado mayor de la division castellana, y

(*) Esta es una nueva prueba de que esos pueblos que, segun el autor, solo peleaban por afecto á don Carlos, empezaron á ceder de su defensa luego que hubo personas que tomaron á su cargo ir destruyendo el fanatismo que otros les habian inspirado, y hacerles conocer sus verdaderos intereses, desengañándoles al mismo tiempo de que con el regimen constitucional no peligraba la religion de sus padres, á que tan afectas son aquellas religiosas provincias.

ayudante de campo de Urbistondo, manifiesta los medios que fue necesario emplear, aun despues de todas estas maniobras preparatorias, para obligar á los valientes guipuzcoanos á que se uniesen á Espartero, siendo de advertir que no puede ponerse en duda ni un solo instante el testimonio de M. Marcle, porque este oficial era partidario decidido de una transaccion.

En la noche del 30 al 31 de agosto, dice, los guipuzcoanos recibieron de Iturriaga la orden de separarse de Maroto, que queria entregarlos bajo condiciones vergonzosas, mandándoles al mismo tiempo que vinieran á reunirse al resto de la division. Indeciso Iturbe, anunció á Maroto que sus batallones querian ir á reunirse á la division, con la cual estaban de acuerdo, y que se veía obligado á ceder, porque principalmente las compañías de preferencia se negaban á continuar la marcha. Maroto envió un ayudante de estado mayor general á responder á Iturbe y tranquilizar á los batallones; mas halló á estos en el mayor desorden y confusion, y no pudo encontrar al brigadier, ni conseguir que le oyesen, y los vió desfilar hácia la parte opuesta.

« Volvióse el ayudante, y á la bajada del puerto encontró á Iturbe, á quien dijo lo que pasaba, é Iturbe corrió hácia los batallones, pero sin decirle con qué intencion. Despues se ha dicho que aquella tarde escribió al rey asegurándole de la sumision de su brigada, pero escribió

otra cosa á Urbistondo, el cual alarmado, se dirigió inmediatamente á Vergara donde se hallaba Maroto, y al marchar dejó ordenado terminantemente que se tomasen todas las medidas necesarias para impedir que se propagase el movimiento de los guipuzcoanos.

« Sin embargo, no fue posible ocultarle absolutamente, y los gefes y oficiales viendo que no tenían á su cabeza á ninguno de los generales en quienes habian colocado su confianza, resolvieron ir á ocupar la posicion de Descarga, y tomar allí una determinacion decisiva.

« La situacion de aquellos oficiales era á la verdad muy triste y critica, pues estaban convencidos de que su rey les creia traidores: se veían amenazados por la espalda por las bayonetas de los navarros, se esponian á perder la ocasion de contribuir al bien de su pais, y sin embargo su honor no les permitia que abandonasen á sus compañeros de armas, y la causa porque habian peleado seis años enteros. El tratado podia conciliarlo todo, pero nada conocian todavía de él, sino el modo poco noble con que se habia hecho. ¡ Desgraciados oficiales! ¡ Yo les ví entonces invocar mil veces la muerte y maldecir su suerte que les habia conservado la vida, en medio de tantos combates, fatigas y peligros!

« Entregada á estas agitaciones subia el puerto la columna, cuando llegó Urbistondo á galope. A su voz que mandaba cambiar la direc-

ción de la columna, las tropas ejecutaron el movimiento en silencio, y con tanta exactitud como si hubiesen estado en una parada; tal era la admirable subordinación de la tropa y el influjo que ejercía el general en los soldados.

« Al fin entró en Vergara la columna castellana, y en seguida Iturbe con sus batallones. Espartero les arengó, abrazó á Maroto, y gritó: *viva la paz; viva la union de los españoles; viva Isabel II.* A los dos primeros gritos respondieron con entusiasmo los voluntarios, pero al tercero se miraron sorprendidos, y guardaron silencio.

« Admiramos entonces verdaderamente la disciplina del ejército de Espartero, y la cordialidad y urbanidad con que nos abrazó á todos. Aquel mismo dia entró en Vergara la división vizcaina, y despues la de Guipúzcoa; la primera completa, pero la última casi sin oficiales.»

Tal era el estado de la opinión en la división de Guipúzcoa; veamos ahora cuál era la del pueblo. Para llegar á conocerla exactamente tenemos dos medios: 1.º la conducta de los representantes de la provincia; 2.º la de la guardia real, compuesta de los hijos de las familias mas influyentes de las provincias. (*)

(*) Hay otro medio mas seguro é infalible de conocer la opinión de la generalidad de los pueblos que

¿ Qué han hecho los representantes del pueblo, los individuos de la diputación de Guipúzcoa? A pesar de que todos son ricos propietarios, ¿han aceptado la oferta de la conservación de sus fueros, y abandonado la causa de D. Carlos? No. El duque de Granada de Ega, presidente de la diputación, D. Pablo Ortiz, don Juan Antonio Elzaurdi, D. Francisco Legorburu, y D. Francisco Eznarizaga, todos se han refugiado en Francia; y el único individuo de la corporación que se ha sometido á los cristinos ha sido D. Domingo Zumalacarregui.

Los guipuzcoanos, navarros, alaveses y vizcainos de la guardia real ¿han abandonado á don Carlos? No. Aquellos valientes jóvenes le han acompañado á Francia, y están actualmente en los depósitos. Pues si sus padres, que pertenecen á la parte mas respetable de la población de las provincias, hubiesen sido partidarios del convenio de Vergara, los hijos no estarían hoy emigrados en país extranjero.

La mayor parte de los oficiales de la división de Guipúzcoa, casi todos naturales de la provincia, ¿aceptaron ese convenio? No; sino que faltos de todo han ido á buscar refugio en Francia. Es verdad que algunos de ellos han

su conducta posterior al convenio de Vergara, y esta demuestra del modo mas concluyente que aquellas provincias deseaban con ardor la paz, siempre que no la adquiriesen por medios degradantes.

vuelto posteriormente á sus casas, pero su regreso ¿será ventajoso para la conservacion de la paz? Solo el tiempo nos lo podrá decir.

¿Cuáles son: pues, las personas que actualmente residen en Guipúzcoa, que aprueban el tratado de Vergara? Los emigrados cristinos que hallándose ausentes de sus casas mucho tiempo hacia, han podido volver á ellas á consecuencia del convenio; pero el pueblo en general, está inquieto y descontento. Los vascongados no olvidarán jamás que han sido vendidos como esclavos (*). No ha sido la suerte de las armas la que se ha declarado contra ellos; se les ha vencido por traicion, y se les ha herido, no solo en sus opiniones, sino en su orgullo,

(*) El autor calumnia aquí á las provincias vascongadas y á toda la nacion española. A las primeras por que su conducta pacífica, su obediencia á las autoridades, y su sincera reconciliacion con los que habian seguido un partido opuesto, prueba que las poblaciones no están inquietas ni descontentas; á la segunda porque lejos de haber comprado como esclavos á los habitantes de las provincias vascongadas, no solo los ha recibido como hermanos con los brazos abiertos, admitiéndoles á la participacion de todos los derechos que disfrutaban los demas españoles, sino que no habiendo ellos estipulado espresamente en el convenio de Vergara la conservacion de los fueros, se los ha concedido íntegramente, y ha llevado la generosidad hasta el punto de permitirles la instalacion de diputaciones forales, cosa que puede muy bien ponerse en duda que esté en armonia con el régimen de la Constitucion. Todo el resto del párrafo es igualmente una imputura.

pues se consideran humillados al pensar que se quiere persuadir al mundo entero que han luchado durante seis años y hecho los mayores sacrificios únicamente por la defensa de sus fueros. Los vascongados han peleado en defensa de sus opiniones, pero no por la de algunos intereses materiales.

Iguales observaciones pueden hacerse respecto á Vizcaya, cuya diputacion, lo mismo que la de Guipúzcoa, ha salido de la provincia, y se ha refugiado en Francia. En cuanto á Navarra y Alava, soldados y pueblo han permanecido fieles á su monarca hasta el último momento.

Los que han levantado la voz con mayor fuerza desde el principio de la guerra, en favor de los fueros, han sido los cristinos, y asi es que de San Sebastian, de Bilbao, de Pamplona y de otras ciudades, han enviado representaciones enérgicas al gobierno de Madrid y á las Cortes, protestando contra todo lo que pudiese atacar á aquel código sagrado. Sin embargo, esos mismos hombres, por una inconsecuencia de que ha dado muchas muestras la nueva escuela, han elegido diputados para las Cortes, han reconocido aquel cuerpo legislativo, y sancionado de antemano todos sus actos. Los cristinos de las provincias son ó no negociantes ó propietarios, y su oposicion era completamente interesada, pues los primeros tenian las aduanas, y los segundos la pérdida de su influjo personal.

La conducta de los carlistas de las mismas provincias ha sido bien diferente, pues por sostener á un príncipe que creían debería hacer la felicidad de España, dejando á un lado cualquiera sentimiento de egoísmo, han hecho los mayores sacrificios con una constancia que no les podía inspirar sino el convencimiento de la justicia de la causa que defendían.

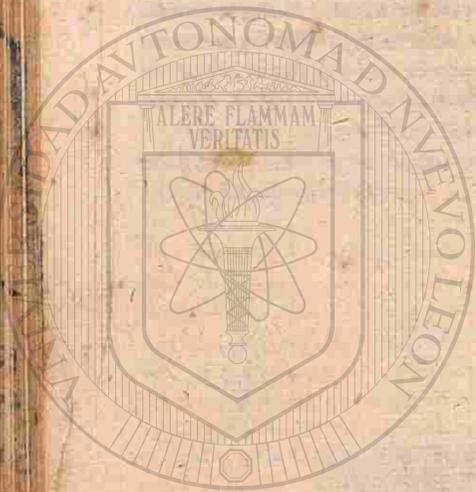
Los vascongados han sido vendidos, pero permanece intacto el honor de la mayoría de aquel heróico pueblo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NOTAS. (*)

(1) PAG. XXI.

El conde de Negri salió de las provincias el 15 de marzo de 1838 con una división compuesta de 9 batallones castellanos y 200 caballos, y el general Merino, comandante general de las Castillas, le acompañaba con dos escuadrones de caballería. Al llegar á las inmediaciones de Burgos, quiso el conde dirigir la marcha de sus tropas hácia las mon-

(*) *Entre las notas que el autor pone al fin de su obra, hay unas que hacen referencia á los asuntos generales de que esta trata, y otras que si bien pueden tener y tienen alguna relacion con ellos, son puramente personales, y muchas veces escritas con acritud y resentimiento. En la traduccion hemos conservado únicamente las primeras, y desechado constantemente las segundas, pues hemos querido huir cuanto nos sea posible de personalidades que solo hemos conservado cuando no estaba en nuestra mano evitarlas.*

(2)

tañas de Liébana, pero Merino, que conocia bien el país, y se habia convencido de que Negri era incapaz, sino mal intencionado, le hizo presente la imprudencia que cometeria en conducir la expedición á unas montañas que nada producen, y cuyo clima es tan riguroso durante las tres cuartas partes del año, que por sí solo bastaria para destruir un ejército. Añadió Merino que la marcha de las tropas en esta direccion no podia tener otro objeto que el de destruirlas; mas Negri persistió, y Merino se separó de él viniendo con sus dos escuadrones á los acantonamientos de Lerma y Aranda.

Continuó Negri su marcha; y llegó á Liébana, perseguido muy de cerca por Latre, que le obligó el 22 de marzo á aceptar el combate en Bendejo, y á pesar de los prodigios de valor de los esforzados castellanos, la expedición sufrió pérdidas considerables á consecuencia de las maniobras mandadas por el conde. La noche que siguió á tan desastrosa accion, cayó una cantidad de nieve tal, que al otro dia por la mañana los dos ejércitos tuvieron que permanecer en las mismas posiciones en que quedaron despues del combate. Los carlistas pasaron aquella noche y el dia siguiente en una situacion horrible, sin raciones y sin tener ni aun techo en que guarecerse; los infelices heridos, muertos de hambre, de frio, y privados de todo socorro, fueron amontonados en la Cruz de Cabezuela, en un *invernial* (especie de granja que construyen en las montañas para encerrar en ella las yerbas que secan en el verano y han de servir de alimento á las bestias en el invierno), en el cual perecieron un

(3)

gran número de ellos. Negri hubiera podido evitar todos estos sufrimientos á sus soldados, pues el 22, poco despues del combate, don Antonio Roldan, individuo de la junta carlista creada en Potes, habia venido á ofrecerle, en nombre de aquella corporacion, doce mil raciones de pan, vino y carne que habia reunido para sus tropas en aquel pueblo, donde podian descansar, y cuidar á los heridos como exigia su situacion. Negri reusó sin motivo alguno esta oferta, y permaneció en las inmediaciones de Bendejo hasta el 24 por la mañana que emprendió su marcha para lo alto de la sierra entre Liébana y el valle de Polaciones, para salir á Pernia por el puerto de Piedras Luengas, y desde allí por Campóo hasta la sierra de Burgos, en que se hallaba Merino.

Este anciano activo y emprendedor habia organizado ya dos batallones compuestos de jóvenes del país, y empezado las fortificaciones de la Peña de Casaro, á fin de tener un punto de apoyo para base de sus operaciones y asegurar la subsistencia de sus tropas. La llegada de Negri en derrota le contrarió mucho, pues no podia menos de producir un efecto muy malo y perjudicar á la causa carlista en el ánimo de los habitantes; para remediarlo resolvió Merino ocupar militarmente el país, y con este objeto pidió á Negri que le dejase dos de sus batallones para operar en tanto que los reclutas recibian la instruccion necesaria, prometiéndole en cambio encargarse de sus enfermos y heridos, y reunir los soldados que hubiesen quedado dispersos despues de la accion de Bendejo.

(4)

Estas disposiciones eran ventajosas aun para el mismo Negri, porque si sufría un nuevo reves, contaría siempre con un refugio y socorros, pues Merino era poderoso en aquel país; pero todo fue inútil. Negri no quiso escuchar nada, y Merino exasperado le dijo que era un traidor, que trataba de arruinar la causa carlista en Castilla y perder á los fieles castellanos. Despues de esta conferencia sin resultado, Negri se puso en camino para Segovia, y mientras fatigaba á sus tropas con marchas inútiles, dió tiempo á los generales cristinos para que empezasen de nuevo á perseguirle. Asi es que desde Segovia, vino sin objeto aparente á las llanuras de Campos, donde se metió con muy poca caballería, y sufrió el ataque de Mayorga, que fue tambien desgraciado, y lo hubiese sido mucho mas sin el extraordinario valor del coronel Aróspide, que dió una carga al frente de 24 ginetes, y consiguió librar una parte de la division, que sin esto hubiera perecido completamente. Aquellos valerosos ginetes se sacrificaron por la infantería y casi todos quedaron en el campo de batalla.

El 20 de abril volvió Negri á las montañas de Liébana, perseguido por Iriarte, siendo tal la intensidad del frio que muchos de sus soldados estenuados ya por el hambre y la fatiga, no pudieron resistirle, y perecieron en medio de las nieves.

Espartero, seguro del éxito, tomaba sus disposiciones para apoderarse sin trabajo de la expedición, y Negri parecía que se hubiese propuesto facilitarle los medios para ello, pues se dirigió á Aguila de Campo, donde perdió un dia entero en

(5)

batir en brecha, con una pieza de campaña de á 4, una iglesia antigua, convertida en fuerte, y cuyas paredes eran tan gruesas, que hubieran podido resistir muchos dias aun á la artillería de sitio. Mientras se ocupaba en este inútil ataque, Iriarte se acercó, y Negri se retiró precipitadamente hácia Fresno de Rodillas, adonde llegó despues de haber hecho caminar á sus tropas diez y seis leguas en un dia; de manera que cuando los cristinos se presentaron, los restos de aquella hermosa division no pudieron oponer resistencia alguna y tuvieron que entregarse sin tirar un fusilazo. Negri se salvó con los oficiales de estado mayor que habian conservado sus caballos, y algunos soldados de caballería que habian seguido al coronel Aróspide.

Negri no mostró ningun pesar por la pérdida de la expedición que se le habia confiado, mas cuando supo la de su equipage se puso á llorar como un niño, con gran escándalo de los que le acompañaban, y á decir que lo que sentia mas que todo era la faja de mariscal de campo que habia recibido de don Carlos al mismo tiempo que el mando de la expedición, y como recompensa anticipada de los servicios que habia de hacer.

(2) PAG. 30.

El 9 y 10 de mayo empezó el fuego de las baterías enemigas contra el fuerte, pero sin efecto alguno, porque desde el sitio en que se hallaban colocadas, no se distinguía mas que la cresta de los parapetos, y para establecer las baterías á una dis-

(6)

tancia conveniente hubiera sido necesario apoderarse de las posiciones ocupadas por las tropas carlistas.

El 11 atacaron las posiciones los cristinos, y habiéndose apoderado de ellas, rodearon el fuerte, y Espartero intimó la rendición al gobernador que contestó negativamente. Aquella noche estableció el enemigo sus baterías sobre el terreno conquistado, y el 12, antes de rayar el día recibió Espartero un oficio de Maroto, que decía así.

«Si manda vd. suspender las hostilidades contra el fuerte de Guardamino, y deja salir á sus defensores en clase de prisioneros, mandaré evacuar el fuerte, y conducir al punto que vd. designe un número igual de soldados de los que se hallan en nuestros depósitos. Hago á vd. esta propuesta, deseando que cese la lucha sobre la posesion de dicho fuerte, sin que se derrame mas sangre española.»

Espartero le respondió.

«Los sentimientos de humanidad que me animan me hicieron proponer ayer mismo al gobernador que rindiese el fuerte bajo las condiciones que vd. me indica en su oficio: si vd. manda á la guarnicion que se entregue prisionera, será preferida para el cange primero que se verifique con un número igual de los prisioneros de mi ejército que se hallan en poder de vd. Espero que dará vd. la orden conveniente sin pérdida de tiempo, para evitar la efusion de sangre que seria inevitable en consecuencia de las medidas que he tomado.»

El mismo día 12 envió Maroto á Espartero otro oficio concebido en estos términos.

(7)

«Incluyo á vd. la orden que me pide para que se entregue prisionera de guerra la guarnicion del fuerte de Guardamino. Estoy de acuerdo acerca de los demas puntos que contiene su oficio, pero puesto que hay tan corta diferencia entre lo que usted quiere y lo que yo le he propuesto, quisiera merecer de vd. tuviese á bien permitir que la referida guarnicion pasase inmediatamente á mi campamento, seguro, como debe vd. estarlo, de que mi promesa es sagrada, y que le enviaré puntual é inmediatamente un número igual de prisioneros, entre los cuales comprenderé, si á vd. le conviene, los que han caido en mi poder estos últimos dias.»

Habiéndose entregado la orden que se menciona al gobernador del fuerte, respondió este que no se rendia á menos que viniera á mandárselo un ayudante de campo de Maroto enviado por éste. En su consecuencia el 13 por la mañana envió Maroto dos gefes que verificaron la entrega del fuerte.

(3) PAG. 50.

Los carlistas interceptaron las cartas siguientes. *Sociedad española de Jovellanos.*— Núm. 71.

«En la sesion celebrada ayer por el B... G... se leyó y examinó con la atencion que merece la comunicacion número 6, en que se anuncia la llegada del diputado de lo interior enviado por los amigos para conferenciar con vd. y arreglar el plan que se ha resuelto poner en ejecucion, como el mas seguro y conveniente para destruir el poder fanático que rodea y domina á don Carlos, y que ha

proyectado la ruina de los amigos á quienes acusa de moderantismo. Por el mismo medio puede usted decir verbalmente: 1.º que este B... G... aprueba la noble empresa que han meditado los amigos para su propia conservacion, aniquilando de un golpe, por medio del terror, ese principio fanático y revolucionario: 2.º que se proporcionarán á los amigos los fondos necesarios para la empresa: 3.º que si por desgracia la empresa no correspondiese á sus esperanzas, y se viesen precisados á emigrar, se les concederán los medios necesarios para vivir decorosamente, como deben esperar con justicia.

«En lo demas debe vd. observar la conducta mas circunspecta, especialmente en lo que pueda sobrevenir en lo interior, cuidando mucho de no comprometer en nada la S... Es indispensable la mayor discrecion para que no lleguen á conocerse las intenciones de la S... pues si los amigos ejecutan algun acto sangriento, seria funestamente trascendental, si llegasen á saber algo los enemigos de la S... por consiguiente todas las comunicaciones relativas á este asunto deberán ser verbales, y cuando se ofrezca alguna duda, se consultará á este B... G...

«Salud, moderacion y esperanza:

«Madrid, 15 de enero de 1839.»

El secretario.

Directorio general de Jovellanos. S. E. B. J.

Sociedad española de Jovellanos.—Núm. 77.

«Por la comunicacion núm. 10, se ha enterado este B... G... de haber llegado aqui un mensa-

gero de los amigos. Segun sus explicaciones se aproxima la tempestad, y se han tomado todas las medidas para que el triunfo sea completo.

«Este B... G... espera que al punto que llegue á conocimiento de vd. la noticia del rompimiento se lo participará con todos los pormenores que pueda y las observaciones que le ocurran. Hasta que esto se verifique este B... G... estará en la mayor ansiedad, y cooperará por su parte, y con todo su poder, á dar apoyo á los amigos en la opinion pública por medio de nuestros periódicos y del influjo moral que ejerce en las reuniones políticas.

«Salud, moderacion y esperanza.

«Madrid 14 de febrero de 1839.»

El secretario.

Directorio general de Jovellanos S. E. B. J.

Sociedad española de Jovellanos.—Núm. 80.

«Este B... G... ha recibido del triángulo del ejercito del norte la proclama, dirigida por el grande amigo al pueblo y á las tropas en Estella el 18 de este mes, y su carta del 20 á don Carlos.

«Estos dos documentos son en extremo interesantes, y encontrarán mucho eco en Europa, porque la parte ilustrada se convencerá de que por todas partes se estiende y reina el espíritu de moderacion, que es la verdadera tendencia del siglo, y que es irresistible, porque la opinion pública marcha con ella.

«La carta á don Carlos es un modelo de redaccion y de lógica. Nuestro secretario 9, 3, 17, 33,

34, 15, 9, se ha portado bien; progresará en la magistratura, pues ha demostrado que tiene una cabeza bien organizada, y á propósito para las circunstancias en que se ha encontrado.

«Esta carta vale mas que si se hubiese ; el hombre se ha suicidado de hecho, y ha desaparecido la poca fuerza moral que le quedaba; el amigo se ha

, nada puede resistir á su brazo y á su corazón de hierro, y es ya seguro el triunfo de la moderación.

«Diga vd. á los amigos que todo se ha recibido muy bien aqui, y que de dia en dia va ganando el grande amigo en la opinion pública.

«Este B... G... espera comunicacion de vd. con todos los pormenores.

«Salud, moderacion y esperanza.

«Madrid 28 de febrero de 1839.»

El secretario.

Directorio general de Jovellanos, S. E. B. J. ()*

(*) *Mucho se ha hablado de la tal Sociedad de Jovellanos, cuya existencia no hemos visto demostrada completamente. No es de nuestro objeto entrar en el exámen de si hay ó no tal sociedad, aunque los documentos anteriores parece que resuelven la cuestion afirmativamente; pero si diremos que si en efecto existe, y su tendencia, como aparece de los mismos, es á procurar la paz por cuantos medios esten á su alcance, no será por eso odiosa á los ojos de los buenos españoles, si bien podrá serlo por otras doctrinas que profese y que nos son desconocidas.*

Por la carta siguiente se verá que Maroto y sus amigos, consentian en arreglarse con Arias Tejeiro.

Elorrio 28 de junio de 1838.

«Mi querido Mitchell: ya hemos obtenido un triunfo, aunque es cierto que nos ha costado caro, pues ha sido necesario nada menos que la toma de Peñacerrada para imponer silencio á la infame oposicion que se ha manifestado contra el general Maroto. Arias Tejeiro nos ha hecho un grave mal impidiendo que el Rey confiase antes el mando de su ejército á un general tan distinguido por su energía y actividad, como por sus conocimientos militares. El ejército ha recibido con aclamacion este nombramiento, y puede vd. estar seguro de que en el primer encuentro que tenga con el enemigo probará que es invencible cuando está bien mandado.

«Creo que en breve se confiará el ministerio de la guerra al valiente marques de Valdespina, quien como hombre de estado, activo y sin preocupaciones, ausiliará poderosamente á su amigo el general Maroto, que le ha propuesto al Rey, para aquel elevado cargo, y antes de mucho verá usted que nuestros asuntos reciben un fuerte impulso. Por lo que hace al ministerio de negocios extranjeros conviene que continúe en manos de Arias porque no tenemos á nadie capaz de reemplazarle,

pero será preciso que se limite á su ministerio y no quiera mezclarse en las atribuciones de los demas, pues no siendo así nos veremos en la precison de abandonarle á su mala suerte. Con Sierra, volverian á presentarse Mon, Lagraciniere, y compañía, y ademas sabe vd. que la poca salud de Sierra no le permite tener una vida activa, y nos dejaría en el momento preciso en que mas necesitásemos de él. Es necesario, pues, contentarnos por ahora con Arias Tejeiro, á quien á fuerza de adulaciones han envanecido hasta lo sumo, en términos que no puede tolerar la menor contradiccion. Como de nada duda, se cree el primer hombre de estado porque sabe emborronar papel y escribe con bastante facilidad, sin embargo de que su estilo deja mucho que desear, pues es demasiado difuso para un ministro de negocios estrangeros; pero tiene buenas intenciones, y es muy trabajador, cosa bastante rara entre los españoles.

«No he enviado á vd. un espreso para anunciarle el nombramiento de Maroto, porque sabia que el ministro le enviaba uno.

«Soy siempre de vd. etc.»

El baron de los Valles:

«P. S. El infante don Sebastian, ha salido hoy á las cuatro de la tarde para Loyola, de donde ira todos los dias á tomar los baños de Gestona. Así, pues, se han desvanecido sus agradables sueños, y Lagraciniere no podrá citarle en mucho tiempo en sus boletines de San Juan de Luz.»

Cuando Maroto abandonó en 1836 el mando de Cataluña que se le habia confiado, se retiró á Francia, dió don Carlos una real órden, en la cual, despues de oida la junta consultiva, se prohibia á Maroto que entrase en España sin una nueva resolucion de don Carlos, la cual no podria tomarse sino sujetándole á que viniese á responder ante un consejo de guerra de oficiales generales á las graves acusaciones que pesaban sobre él, y que resultaban de un espediente formado en el ministerio de la guerra, que entonces desempeñaba Erro, y de algunos documentos curiosos que probaban que Maroto era enemigo personal de don Carlos. Esto, unido á varias cartas escritas á Erro por el mismo general, al interrogatorio que sufrió ante el general frances Harispe, y á otra infinidad de datos, le hacia aparecer como reo de lesa magestad. Así es que su llegada á las provincias despues de los sucesos de Estella, en 1838, sorprendió á todos los que conocian sus antecedentes, y el mismo don Carlos no pudo ocultar la admiracion que le causaba tanto atrevimiento.

Don Celestino Martinez de Celis estaba en Zumarraga cuando don Carlos pasó de Tolosa á Elorrio el 15 de junio de 1838. Dos dias despues llegó Maroto al último punto muy de mañana, y se encaminó al alojamiento del conde del Prado, adonde llamaron en seguida á don Joaquin Montenegro, á los generales Cuevillas, Martinez y otros. Celis supo por Cuevillas que habian tratado de

ponerse de acuerdo acerca de un plan para obligar á don Carlos á que nombrase á Maroto gefe de estado mayor general, á cuyo fin debian pasar á palacio el dia siguiente el conde del Prado y Montenegro, y este escribió al general Portugués Pinheiro, que viniera á reunirse con ellos. Habiendo hecho la casualidad que esta carta llegase á manos de Celis, vió que Montenegro decia á Pinheiro, que era absolutamente necesario que viniese al cuartel real, que pasase por Elgueta para hablar al general Cabañas, y que cuando llegase á palacio viera á Villavicencio para que le informara el papel que debia hacer, añadiendo que no perudiese tiempo, porque la causa del Rey estaba en gran peligro.

Con todas estas noticias escribió Celis al ministro de la guerra don José Arias Tejeiro, diciéndole que comunicase á don Carlos lo que se tramaba, á fin de que no consiguiesen sorprenderle.

El dia siguiente, en el momento en que el conde del Prado emprendia el camino de palacio, recibió una real orden que le prohibia venir á él y le mandaba que fuese á Azpeitia. Al mismo tiempo enviaron á Mondragón á su secretario Casado, para que esperase allí su clasificacion.

(6) PAG. 52.

Queriendo Maroto atraer á Balmaseda á su partido, puso en práctica todos los medios de seducion que le fueron posibles, le regaló un mag-

nifico par de pistolas, y no omitió ni las caricias ni las adulaciones. Viendo que no conseguia nada por estos medios indirectos, le habló abiertamente y le prometió la faja de general si queria unirse á él, pero aquel gefe, tan honrado como valiente, no pudiendo disimular la cólera que le causaban tales maniobras, le dijo: "Sepa vd. que no conozco mas partido que el del Rey, y si supiese que existia otro le perseguiria con el mismo ardor que á los cristinos, y mi espada sabria castigar á quien fomentase tales inttigas, aun cuando fuese usted mismo." Desde entonces cambió la escena, y con diferentes pretextos le quitó Maroto el mando de su columna. Balmaseda recurrió á don Carlos, que mandó á Maroto que le volviese aquel cargo, pero Maroto no hizo caso alguno, como tampoco de cuatro reales órdenes que se le enviaron por escrito con ese objeto.

Maroto resolvió deshacerse de Balmaseda, para lo cual envió agentes á Los Arcos, donde se hallaba, con orden de apoderarse de él; pero Balmaseda, que tuvo noticia de sus intenciones, salió de allí para el cuartel real, con objeto de rogar á don Carlos que admitiese su dimision y le permitiera retirarse á algun sitio donde pudiese estar á cubierto de las tentativas de Maroto; mas don Carlos le negó lo que pedia y le mandó que volviese á ponerse al frente de su columna, que estaba en Los Arcos. Balmaseda, deseoso de terminar de una vez, fue á Estella, donde se hallaba Maroto, y tuvo con él una conferencia de que ni uno ni otro quedaron satisfechos. Pocos dias despues llegaron

á ser tan vivas las persecuciones 'contra Balmaseda, que este tuvo que recurrir de nuevo á la proteccion de don Carlos. Sabedor Maroto de que se hallaba en el cuartel real, envió un sumario contra él, y le reclamó para que viniese á responder de su conducta ante un consejo de guerra. Don Carlos no vió otro medio de protegerle que enviarle al castillo de Guevara, prometiendo á Maroto que le haria castigar si era culpado. Pocos dias antes de los fusilamientos de Estella escribió Maroto al gobernador del castillo, diciéndole que no entregase el preso á nadie, ni aun en virtud de órden del mismo don Carlos. Cuando se supieron en el cuartel real las ocurrencias de Estella, los amigos de Balmaseda corrieron á rogar á don Carlos que le mandase venir al cuartel real, para librarle de tener igual suerte que los generales navarros. Con efecto salió de Guevara, en virtud de una órden escrita enteramente de mano de don Carlos, pero apenas se hallaría á media legua del castillo cuando llegó un ayudante de campo de Maroto á reclamarle.

El 3o de mayo de 1839, publicó Balmaseda la proclama siguiente.

» Castellanos: unos atentados cuyo recuerdo solo espanta, preparados por una serie de intrigas que solo podia urdir un traidor, han sepultado en la tumba á valientes generales y compañeros nuestros, cuya pérdida nunca podremos deplorar bastantemente, y me han separado de vosotros. No hay dificultades que no puedan superar el valor y fidelidad de los héroes á quien tengo la honra

de mandar; sus espadas, á que nada resiste; sabrán cortar el nudo gordiano de la traicion, y romper las cadenas que oprimen á nuestro amado soberano.

» En tanto que llegan estos felices momentos, seguid constantes el camino del honor y de la fidelidad. No desconozcais mi voz aunque os la dirija desde lejos; sed constantes, repito, unid vuestros esfuerzos á los de vuestros hermanos y compañeros de las provincias vascongadas, sin que os desanimen las fatigas; estad unidos de modo que la discordia no se introduzca entre vosotros y rompa los lazos de vuestra fraternidad; no abandonéis á nuestro muy amado soberano, y sobre todo velad noche y dia por su preciosa existencia y la de toda la real familia. ¡ Castellanos, constancia!

» No desmintais vuestra bien merecida reputacion, seguros de que tan luego como las operaciones militares permitan á estos gefes invencibles asegurar el triunfo de las armas del Rey, en los reinos de Aragon y Cataluña, volarán á socorremos con numerosas fuerzas. Entonces me vereis en la vanguardia, y nada podrá resistir á nuestro ardor. Mi corazon palpita esperando la llegada del momento, que no está distante, en que nuestras armas victoriosas coronen con un doble triunfo la noble empresa á que nos hemos consagrado.

» Castellanos, vascongados y navarros: sea nuestra divisa *el Rey, constancia, union, y es- terminio de los traidores.*

«Cuartel general de Chelva 30 de mayo de 1839.
«Vuestro compatriota y amigo.»

Juan Manuel Balmaseda.

(7) PAG. 56.

Hallándose Maroto el 17 cerca de Estella, con su tropa mas afecta, que traía presos á Sanz y al intendente Uriz, el comandante del 12.º de Navarra, pasó á casa del general Garcia y le dijo: «Mi general; traen presos á Sanz y Uriz, y sin duda le van á prender á vd. tambien; póngase vd. en seguridad viniéndose á la cabeza de mi batallón.» Garcia se negó á acceder á sus ruegos, apoyados por las lágrimas de su muger, que se unió á las reiteradas instancias del comandante, y respondió á todo: «El Rey me ha mandado que permanezca aqui, y debo obedecerle; un general debe morir antes que dar el ejemplo de la insubordinacion.»

En aquel instante llegó el cura de San Pedro, y al ver la resistencia que Garcia oponia á los ruegos de su muger, le suplicó que cediese á ellos, asegurándole que su vida corria mucho riesgo. El criado del general entró muy asustado, y le dijo: «una porcion de soldados estan rodeando esta casa;» entonces el cura de san Pedro conjuró á Garcia en nombre de Dios para que se pusiese su traje de eclesiástico, y saliese por aquel medio sin que le conociesen, pues era ya casi oscurecido. El general Garcia consintió al fin en ello, y poniéndose el traje del cura salió de la casa pasando por medio de los soldados sin ser conocido y fué á ocultarse en casa del mismo cura donde permaneció

una hora. Creyéndose enconces ya seguro, salió de allí y se dirigió á la puerta de la ciudad que da al camino de Iratche; el centinela le preguntó quien era, y el general respondió que el capellan del hospital de Iratche. El soldado llamó al oficial de guardia, y este mandó al supuesto capellan que se desembosase, pues se cubria con el manteo parte de la cara, y al ver los bigotes le reconoció, le arresto y dió aviso á Maroto, que le mandó conducir al Puig coa el mismo traje de eclesiástico, con el cual recibió despues la muerte.

Carmona estaba en Cirauqui, y Maroto le envió á llamar por medio de uno de sus ayudantes de campo, diciendo que necesitaba hablarle. Habiendo llegado tarde á Estella, no se presentó Carmona á Maroto, sino el dia siguiente por la mañana muy temprano. Preguntóle Maroto si se habia desayunado, y siendo negativa su respuesta, le convidó á tomar chocolate con él; terminado el desayuno, le dijo: «Vaya vd. con mi ayudante de campo, y él le dirá lo que ha de hacer;» y habiendo seguido el desconfiado Carmona al ayudante, este le condujo al Puig, donde fué arrestado y fusilado poco despues.

Sanz fué preso en Arriba, conducido desde allí á Tolosa á pie, y desde Tolosa á Estella del mismo modo; al llegar á este punto fué encerrado en el Puig, y á la mañana siguiente fusilado con los demas.

Guergué, arrestado en su casa de Legaria, fué conducido á Estella á pie, sin permitirle siquiera que viese á su esposa, y el 18 le fusilaron con Sanz, Garcia, Carmona y Uriz.

Quando vinieron los frailes á confesarlos, García y Carmona solicitaron que se les dejase hablar á Maroto, pero este no quiso verlos; entonces los generales pidieron que se les diese dos horas para arreglar sus asuntos de familia y hacer testamento, y tambien se les negó esta gracia.

En el momento de ir á morir se abrazaron aquellos valientes, y dirigiéndose el general García á los soldados, les dijo: "Soldados: tendreis valor para fusilar á un general que tantas veces os ha conducido á la victoria?" Ellos respondieron que debian obedecer á las órdenes del Rey, y entonces continuó García: "Pues haced fuego; muero por el Rey y la religion; no olvideis que ese es un deber de todos."

La única batalla ganada en las provincias durante el mando del general Maroto, fué la de El Perdon, dada el 18 de setiembre por el valiente y desgraciado general García, que dió asi parte de aquella brillante jornada.

"Excmo. Sr.: Las divisiones de Alaix y Ezpeleta han recibido una nueva prueba de lo que pueden los valientes voluntarios cuando se hallan en frente del enemigo.

"Habiendo maniobrado los cristinos para atacarme, supe sus intenciones, y adelantándome hácia Puente-la-Reina, los he alcanzado cerca de El Perdon, y los he puesto en tan completa derrota que si Puente-la-Reina hubiese estado media legua mas distante, y por consiguiente hubiera yo podido llevar mas allá la persecucion, no habria escapado ni un solo hombre. Alaix, gefe de los enemigos, ha recibido tres heridas graves en el campo

de batalla; y casi todos los equipages de los enemigos, y una gran cantidad de municiones, fusiles, mulas, etc., han caido en nuestro poder, como igualmente 800 fusiles.

» Hemos cogido al enemigo 476 soldados y 27 gefes y oficiales de infanteria, y 50 ginetes con caballos.

» La pérdida del enemigo entre muertos y heridos sube, segun las noticias que he podido adquirir, á 1500 hombres fuera de combate. La nuestra ha sido de 15 muertos y 150 heridos. Entre los primeros deploramos la pérdida del valiente brigadier don Martin Luis de Echeverría; y el comandante de la caballería Ortigosa ha sido gravemente herido.

» Estoy bloqueando á Puente-la-Reina, y si el enemigo, que se ha encerrado en este punto, intenta salir de él, estamos prontos á recibirle.

» Dios guarde á V. E. muchos años.

» Cuartel general de Legarda 19 de setiembre á las doce de la noche.

Francisco Garcia.

» Excmo. señor ministro de la guerra.

Poco tiempo despues de haber ganado esta batalla, estando Maroto en Balmaseda, García y el brigadier Balmaseda, que se hallaban en Los Arcos con su columna, formaron un plan para apoderarse de Tafalla, donde habian podido adquirir correspondientes, y dieron parte á Maroto de su intencion. En respuesta á aquel parte dió Maroto órden al brigadier Balmaseda para que inmediata-

mente pasase con su columna á las Encartaciones, y á Garcia la de dirigirse hácia el alto Aragón. Respondió Garcia á Maroto que si pasaba á Aragón con sus tropas quedaba abierta la Navarra á los ataques de los cristinos, y sobre todo se veria en gran peligro la ciudad de Estella. Insistiendo Maroto, le hizo saber Garcia que como don Carlos era el general en jefe del ejército, y él no era mas que jefe de estado mayor general, antes de emprender una operacion que consideraba desastrosa para la causa del Rey, queria consultarlo con éste. Maroto no se atrevió á insistir mas, pero aquella negativa aumentó su odio al general Garcia.

Véase lo que sobre estos acontecimientos dice en una carta Ayerre, secretario del general Garcia.

» Maroto empezó su obra fingiendo una extraordinaria amistad al valiente y leal general Garcia, con la esperanza de atraerle á su partido; pero pronto se convenció de la inutilidad de sus tentativas, pues el general conoció las intenciones de Maroto, y no correspondió á sus exageradas demostraciones de amistad sino con una fria reserva.

» Poco despues de haber tomado el mando trasladó Maroto su cuartel general de Estella á Morantín; el general Garcia estaba en Dicastillo, que solo dista media legua, y todos los dias iba á ver á Maroto, con quien estaba tres ó cuatro horas por complacerle. Garcia esperaba siempre que Maroto hablase de operaciones militares, pero jamas te-

caba este punto, que parecia que debiera ser el que casi esclusivamente ocupase la atencion del general en jefe del ejército,

» Pasó así largo tiempo, con mucho disgusto del general Garcia, que puso su cuartel general en Cirauqui. Apenas llegó á este punto cuando recibió una carta muy amistosa de Maroto, en la cual le rogaba que atendidos sus muchos conocimientos del terreno le propusiese un plan de ataque ventajoso para las armas de don Carlos, tomando en consideracion las fuerzas de ambos partidos, y acababa diciéndole que le contestase inmediatamente. Admiróse en extremo Garcia de ver que Maroto que le habia tenido tanto tiempo á su lado y jamas le habia dicho una palabra que pudiera hacerle creer que pensaba en atacar; le escribiese en este sentido á las pocas horas de haberse separado; sospechó, pues, que este podia ser un lazo, mas sin embargo contestó al momento, indicándole un ataque contra la columna de la Ribera, cuyo éxito parecia seguro, y que en ningun caso podia ser desventajoso para las armas carlistas. Luego que Maroto recibió esta carta le escribió de nuevo, diciéndole que su plan era excelente y que le hubiera llevado á cabo, si algunas noticias confidentiales que acababa de recibir no le hubieran obligado á marchar inmediatamente á Vizcaya. Garcia, que sabia muy bien que en aquel momento nada podia tener que hacer en Vizcaya, conoció que era una astucia dirigida á ocultar sus planes, que se iban haciendo notorios, aun para los menos prevenidos contra él.

»Emprendió Maroto su marcha hácia Vizcaya, dejando á Garcia muy pocas tropas, para que no pudiera emprender nada durante su ausencia, sobre todo teniendo una línea tan estensa que guardar. Aquella noche, escribió Maroto á Garcia desde Alazua, diciéndole que volveria siempre que fuese conveniente para el servicio de S. M., y rogándole que le avisase inmediatamente, si se presentaba la ocasion de hacer alguna operacion ventajosa. Persuadido Garcia de que todo esto no eran mas que palabras, le respondió como su honor le aconsejaba, diciéndole que en su última carta le habia propuesto un plan de ataque que prometia felices resultados, y que todavia se estaba á tiempo de ejecutarle, si queria volver con cuatro batallones; ó que si por razones particulares no le convenia volver, no tenia mas que enviarle los batallones y que con ellos atacaria á Lumbier, de cuyo punto prometia apoderarse en veinticuatro horas. Añadia algunos pormenores sobre la importancia de esta operacion, que proporcionaria medios de dominar el alto Aragon, Maroto no hizo caso alguno de este oficio interesante, y continuó el plan que se habia propuesto.

»A principios de setiembre, desesperado Garcia de ver que se pasaba el tiempo sin conseguir ninguna ventaja para la causa, y convencido de que Maroto no atacaria jamas á los cristinos, ni permitiria que los demas lo hiciesen, resolvió emplear los siete batallones y tres escuadrones de caballería que tenia á sus órdenes, en batir á dos columnas cristinas que operaban entre Pamplona y Lodesa.

Con este objeto pasó el Arga la noche del 18, y el dia siguiente, dió la batalla de El Perdon, en la cual cogió mas de 500 prisioneros, hiriendo gravamente á Alaix. Despues de la acción escribió Garcia á Maroto, dándole parte de ella como gefe del ejército, mas éste le contestó que la gloria militar no consistia en dar una batalla ventajosa, pero cuyo resultado único era el de haberse derramado sangre, y le acusaba de haber obrado con imprudencia.

Al enviar á Maroto el parte relativo á la batalla que acababa de ganar, le decia también Garcia que el momento era favorable para apoderarse de Lumbier, y prometia de nuevo tomar aquel punto en veinticuatro horas si Maroto daba las órdenes convenientes para que dos batallones de los que estaban ociosos en otros puntos viniesen á ocupar la Solana, á fin de que él pudiese ejecutar la operacion con los que tenia disponibles.

»Maroto no acusó el recibo de esta comunicacion tan importante, mas desde entonces no ocultó ya su odio al general Garcia, que fué aumentando hasta la muerte de este.

Habiendo llegado Ibañez á Estella el dia 18 por la tarde, fue encerrado inmediatamente en el Puig, y puesto en capilla para ser fusilado dentro de dos horas. Al saber la suerte que le esperaba, el fiel Ibañez conservó toda su serenidad; tomó su cortaplumas, y cortando una pluma con la mayor

calma, escribió á su desgraciada esposa las líneas siguientes:

«Jesus, María y José.

»Puig de Estella 18 de febrero de 1839.

»Querida de mi alma: á las dos horas de haber escrito esta carta, me ballaré ya en presencia de N. S. Jesucristo. Vuelven los tiempos primitivos de la iglesia, y mi Dios se ha dignado concederme la gracia que le pedia hace mucho tiempo de derramar mi sangre por su gloria. Muero inocente y por lo mismo feliz, pues lo espero todo de la misericordia del Señor.

»Cedo en tí todos mis derechos á los pocos bienes que pueden tocarme por muerte de mis amados padres, despues de repartidos con mis hermanos vivos

.....
»Adios; rogaré á Dios por tí. Soy desgraciado en concepto del mundo, pero feliz, segun nuestra santa madre iglesia.»

Luis Antonio Ibañez.

(9) PAG. 59.

Don Juan José Arizaga, á quien Maroto mandó venir de Valencia, poco tiempo despues de haber tomado el mando del ejército.

(10) PAG. 59.

Poco antes de pasarse á los cristinos, cansado Maroto de las incesantes reclamaciones que se le hacían, y sin duda, para producir un efecto favorable á sus proyectos, mandó imprimir en Durango, lo que llamaba pruebas de la culpabilidad de

los generales fusilados en Estella. Entre estos documentos figuran algunas cartas del general don Francisco García; en que acusaba al general Maroto de estar en correspondencia con el general Espartero; y daba algunos pormenores acerca de este punto; pero como los sucesos le obligaron á terminar su plan antes de lo que pensaba; apenas estaban impresos aquellos documentos cuando los mandó recoger y quemar todos.

(11) PAG 63.

Quando don Carlos volvió á las provincias de su expedición á las puertas de Madrid en 1837, mandó que los generales Zariategui y Elio se presentasen ante un consejo de guerra; y entre las acusaciones que se les hacían, eran las de haber permitido que sus tropas se entregasen á toda clase de excesos en los pueblos por donde habían pasado, y especialmente en Segovia, donde los soldados no respetaron ni aun las iglesias; haber desobedecido á las órdenes del general Moreno, que era jefe de estado mayor general, y haber precipitado su vuelta á Navarra, abandonando á don Carlos con una debil columna en la sierra de Burgos á pesar de las reiteradas reales órdenes.

Al brigadier Cabañas se le acusaba de haber desobedecido á las órdenes que se le comunicaron, y de haber colocado su caballería al acercarse el enemigo en un desfiladero peligroso y distante tres leguas de la retaguardia del ejército carlista, donde pudo haber perecido todo.

Iturbe, que declaró como testigo ante el mis-

mo consejo de guerra, dijo: «que su opinion era que las maniobras de Cabañas en aquella ocasion, no podian atribuirse á falta de talentos militares, sino á traicion.»

Entre los oficiales que por su conducta en la expedicion habian caido en desgracia de don Carlos, pero que al volver fueron empleados de nuevo, era uno Villareal. No habia disimulado este el odio que profesaba al general Moreno, y como tenia bastante influencia en los soldados, su ejemplo esparció la insubordinacion en el ejército.

Don Simon Latorre fué separado tambien, porque su conducta en la expedicion habia sido escandalosa, poniendo en ridículo á Moreno y sus órdenes, atacando hasta la persona de don Carlos, y contribuyendo á la desorganizacion del ejército.

La conducta poco mesurada de los que rodeaban al infante don Sebastian, indispuso fuertemente contra él á su tío. Poco despues de haber llegado á Amurrio, se presentó el infante y solicitó ver á don Carlos; estaba éste comiendo, y en vez de mandar que entrara el infante y se sentara con él á la mesa como acostumbraba hacer cuando estaban juntos, le envió á decir que esperase á que tuviera á bien recibirle, y el infante permaneció en la antecámara. Despues de comer se dispuso don Carlos para salir á dar su acostumbrado paseo, y al pasar por la antecámara encontró en ella al infante, que esperaba sus órdenes, y cuyo semblante indicaba descontento. Adelantóse don Sebastian, saludó á su tío, y viendo que es-

te no le decia nada; le preguntó: «¿Ha recibido V. M. noticias de Saltzburgo?» Sí; respondió don Carlos; todos están buenos;» y sin decir mas continuó andando. El infante le siguió, y al volver, sin invitarle don Carlos á que entrase en la cámara, le dijo que podia ir á descansar á su alojamiento. Esta frialdad duró muchos dias, pero al fin el infante volvió á ocupar su puesto en la mesa de su tío.

Al llegar á Arciniega, publicó don Carlos la proclama siguiente.

«Voluntarios: vencida y humillada la revolucion, y próxima á sucumbir á vuestros esfuerzos sobrehumanos, ha puesto sus últimas esperanzas en medios dignos de su perfidia para prolongar algunos dias mas su sangrienta existencia. Por fortuna han sido descubiertos sus proyectos y yo sabré contrarrestarlos. Para tomar medidas que puedan poner un pronto término á esta lucha de desolacion y de muerte, y para ejecutarlas, he vuelto momentáneamente á estas fieles provincias; pero pronto me vereis, como hoy me veis aquí, en los sitios adonde me llaman mis deberes. Mi corazon paternal está demasiado penetrado de vuestro heroismo para que renuncie jamás al triunfo, y para que no prefiera, si necesario fuese, morir gloriosamente entre vosotros.»

«Voluntarios: no bastaba la no interrumpida serie de prodigios que componen la historia de vuestras campañas, sino que en los cinco meses que acaban de transcurrir, os habeis escedido á vosotros mismos, y la conducta del cuerpo expedicio-

nario es superior á todo elogio. Solo con el tercio de las tropas que obran de Navarra se han reducido las fuerzas enemigas á un número menor que el de las que tengo á mis órdenes en la estension de mis dominios; habeis vencido á los revolucionarios en las Hanuras como en las montañas, con artilleria como sin ella. Huesca, Barbastro, Retuerta, Villar de los Navarros, serán monumentos eternos de vuestro valor. Si la falta de municiones ó la de cooperacion de algun cuerpo, os ha obligado á veces á ceder terreno, habeis hecho pagar al enemigo bien caras estas ventajas momentáneas, y aun en vuestras retiradas, seguidos y no perseguidos por fuerzas dobles, nunca se han atrevido á atacaros cuando les habeis dado la cara, y ni aun han osado hacer fuego á vuestras masas (*). Sobre todo habeis manifestado á la Europa entera que mis enemigos son los enemigos de mis pueblos, cuya lealtad y amor no pueden ser mayores, cuyo afecto á mi persona y entusiasmo por mi justa y sagrada causa, han provocado la sangrienta venganza de sus opresores, y que esperan que vuestra proteccion les liberte del yugo que les oprime, tanto en Aragon como en Cataluña, asi en Valencia como en las Castillas.

“Sí, voluntarios; no ha dependido ni de vosotros ni de mis pueblos el acabar con la usurpacion en este desgraciado pais, teatro de los crímenes mas

(*) *Se necesita á la verdad mucha imprudencia para espresarse así al volver de una expedicion en que sus batallones no habian hecho mas que correr á la vista de los nuestros.*

odiosos y de la anarquía que devora á sus habitantes y acabará por devorarse á sí misma. Causas conocidas, pero independientes de vosotros, han prolongado las desgracias de la patria, mas estas van á desaparecer para siempre.

“La experiencia ha mostrado la marcha que debe seguirse, y las medidas que voy á adoptar llenarán vuestros deseos y las esperanzas de todos los buenos españoles.

“Voluntarios: testigo de vuestro heroico amor, he participado de vuestras privaciones y fatigas, he admirado vuestra resignacion y vuestras virtudes, y quiero ante todo daros un testimonio de mi real satisfaccion. Desde hoy me pongo á vuestra cabeza, y yo mismo os conduciré á la victoria. Preparaos, pues, á coger nuevos laureles, sed dignos de vosotros mismos, y contando con la proteccion de nuestra generalísima, redoblad vuestra confianza con el pensamiento de que vuestro general es vuestro Rey Carlos.

“Cuartel general de Arciniega 29 de octubre de 1837.”

(12) PAG. 68.

El 23, en una conversacion que tuvieron en la antecámara de palacio Urbistondo, y una persona de bastante influjo, insistia el primero en la necesidad de una pronta reconciliacion con Maroto, y apoyaba sus argumentos en la ventaja que sacaria Espartero de la desunion que reinaba entre los carlistas para penetrar en las provincias. “No tenemos mas que nueve compañías en Alava, dijo, y 500

hombres escasos para cubrir la Navarra, mientras que en Vizcaya solo hay dos batallones."—"No tema usted nada, respondió L. Espartero no les incomodará á ustedes."—"¿Por qué?" preguntó Urbistondo.—"Porque los planes de operaciones, replicó el fiel vascongado, se han sometido á Espartero y merecido su aprobacion." Poco rato despues salió L. de palacio, y separándose voluntariamente de sus amigos y de su pais, se retiró á Francia.

(13) PAG. 70.

Aquel mismo dia nombró don Carlos ministro de la guerra al brigadier don Juan Montenegro en reemplazo del duque de Granada de Ega, y á don Paulino Ramirez de la Piscina, ministro de negocios extranjeros. Algunos dias despues nombró á Marcó del Pont ministro de hacienda.

El marques de Valdespina, que desempeñaba el ministerio de la guerra desde el 28 de agosto de 1838, fue reemplazado por el duque de Granada de Ega tan luego como supo don Carlos la muerte de los generales en Estella.

(14) PAG. 71.

Las personas desterradas por órden de Maroto fueron las siguientes.

- El obispo de Leon.
 D. Ramon Pecondon, su secretario.
 D. Juan Echeverría, presidente de la junta de Navarra.
 D. José Arias Tejeiro, ministro de negocios extranjeros.

- D. Pedro Alcántara Diez de Labandero, ministro de hacienda.
 D. José Lamas Pardo, consejero.
 D. José Uranga, teniente general y ayudante de Campo de don Carlos.
 D. José Marrasa, general.
 D. Basilio Antonio García, general.
 D. Lino Antonio de Orellana, oficial de la secretaria de negocios extranjeros.
 D. Diego Miguel García, oficial de la secretaria de gracia y justicia.
 D. Antonio Suarez, id.
 D. Florencio Sanz, primer secretario del ministerio de la guerra.
 D. Juan Balmaseda, brigadier.
 D. Celestino Martínez de Celis, consejero.
 D. Nicanor de Labandero, intendente de ejército.
 D. José Tejeiro, gentil-hombre del Rey.
 D. Juan José Aguirre, comandante de la guardia real de caballeria.
 El coronel Aguiere, comandante del 5.º batallon de Navarra.
 D. José Ochoa, comandante de la guardia de infanteria.
 D. Antonio Jesus Serradilla, coronel.
 D. Lorenzo Solana, id.
 D. Sebastian Fabian de las Herrerías, id.
 D. Juan José Lasuen, comisario de Guerra.
 D. José Aguillo.
 D. Antonio Neira, magistrado.
 D. Teodoro Gelos, cirujano de don Carlos.
 El P. Lárraga, confesor de don Carlos.
 El Padre Domingo de San José, predicador del Rey.

- D. Ramon Dallo, capellan de estado mayor.
 El cura del pueblo de Ayegui.
 D. Joaquin Cadenas, portero mayor de la secretaria de gracia y justicia,
 El capitán Monge.
 D. Enrique Yarza; empleado de palacio.
 D. Roque Fernandez, gefe de los correos de gabinete.

Al mismo tiempo que estos señores fue desterrada tambien la señora doña Jacinta Perez de Soñanes, esposa de don Luis Velasco, presidente de la junta de Santander y mayordomo de semana de don Carlos.

(15) PAG. 91.

Al tomar el mando Guibelalde publicó la proclama siguiente.

«Guipuzcoanos: la mas horrible perfidia había urdido una trama, que conspiraba á la ruina de la sagrada persona del Rey, y á la de nuestros intereses, y que si hubiera llegado á tener efecto, hubiera colmado el abismo de nuestros males.

«Algunos hombres perjuros, olvidando sus deberes, han abusado de vuestra sencillez é inocencia para entregaros, á pretexto de paz, en manos de vuestros enemigos. Los dos gefes rebeldes, compañeros en las revoluciones de América, y guiados por los mismos principios, son los autores de ese plan maquiavélico, conforme al cual Maroto, ganado por el oro que ha recibido, hace á Espartero dueño de vuestro país, sujetándoos al vergonzoso yugo constitucional de Cristina, contra el cual habeis combatido por espacio de seis años con admiracion del mundo entero, para continuar como hasta aquí siendo gobernados por el de los descendientes de

San Fernando, y para conservar vuestros fueros y privilegios, que por tanto tiempo han hecho la felicidad de estas hermosas provincias. ¿Permitireis ahora que vuestro país sea presa de vuestros enemigos? ¿Os dejareis engañar aun, conociendo ya los medios de que se han valido para arrastraros al abismo? Cese vuestra ceguedad. Guipuzcoano soy yo, como vosotros, bien lo sabeis; con vosotros he empezado esta gloriosa campaña, y con vosotros quiero terminarla combatiendo. Los navarros y alaveses nos dan el ejemplo; unámonos á ellos, y ese enemigo que por la facilidad que se le ha dado ha penetrado en esta leal provincia, encontrará en ella su sepulcro. De este modo es como será sólida la paz. Aseguremos con ella las propiedades y empleos que el Rey ha tenido á bien concedernos, y no del modo que el enemigo nos promete; que tambien las viudas y huérfanos de vuestros compañeros muertos en el campo del honor, serán socorridos por la piadosa mano del Rey y de sus augustos descendientes. No ignorais que S. M. os mira como la mas preciosa joya de su corona. Morir combatiendo con fidelidad, tal es nuestra divisa. *Viva la religion, viva el Rey.*

«Cuartel general de Andoain 31 de agosto de 1839.» = *Guibelalde.*

(16) PAG. 92.

Es la que se halla en el capítulo primero, página 43.

(17) PAG. 101.

Poco despues de haber vuelto de París á las

provincias uno de los agentes de esta comision, un periódico de la frontera, publicó el documento siguiente.

«El decreto de abdicacion que ha redactado la comision de Paris, y debe presentarse á don Carlos para que la firme dice así.

«Españoles: seis años de desgracias y disgustos de todo género, han fatigado mi espíritu, llenado de amargura mi corazon, y agotado mis fuerzas, á punto de haberme resuelto á trocar por una vida tranquila, la de combates é intrigas que he recorrido hasta aquí. Con este fin, y habiendo oido el parecer de los consejeros de mi corona, he resuelto abdicar espontáneamente en favor de mi muy amado hijo el príncipe de Asturias don Carlos Leon María de Borbon y de Braganza, para que desde hoy en adelante ejerza la soberanía que yo habia heredado de mis antecesores, conforme á las antiguas leyes, usos y costumbres de la monarquía.

«Ordeno y mando á mis consejeros, prelados eclesiásticos, gefes y oficiales de los ejércitos de mar y tierra, que guarden y hagan guardar esta mi real resolucion, que creo conforme á los decretos de la Providencia, y al interes de mis queridos vasallos.

«Tendreislo entendido, etc.»

(18) PAG. 112.

Se refiere á la que está en el capítulo segundo, pág. 63.

(19) PAG. 118.

El 29, no habiendo recibido don Basilio Garcia respuesta alguna á la carta que habia escrito,

rogó al P. Huerta, general del orden de San Agustin, y á otro eclesiástico, que pasasen á ver á don Carlos y le dijesen, que habiéndose hecho firmar por fuerza á S. M., como todo el mundo sabia, su destierro y el de sus compañeros, habia venido á ofrecerle de nuevo sus servicios. Don Carlos encargó al P. Huerta que dijese á don Basilio que le estimaba mucho, como á todos los demas desterrados, y que cuando fuese tiempo le daria á conocer su voluntad.»

(20) PAG. 130.

Las anécdotas siguientes prueban la determinacion que habian tomado los partidarios del sistema de transaccion, de que Eguía era uno de los gefes principales, de ponerlo todo en práctica, para impedir que don Carlos pudiera sostenerse mas en las provincias.

El comandante de uno de los batallones de Castillá don N. Hernandez, estaba enfermo cuando Maroto entregó su batallon á Espartero, y habiendo sabido lo que ocurría se presentó al general Eguía en Lecumberri; pidiéndole un pase para ir á buscar á su batallon; y prometiéndole que le haria volver á la obediencia de don Carlos. «Aun es posible, añadió, que pueda atraerme algun otro, pues no dejo de tener influjo en los oficiales y soldados.» Eguía no solamente le negó su peticion, sino que le dijo que hubiera debido seguir la suerte de su batallon, le trató de cobarde é indisciplinado, y le mandó que se retirase á Francia.

Muchos gefes y oficiales que por su conocida fidelidad se hallaban tiempo hacia confinados por

orden de Maroto en el depósito de Ordi i i, se presentaron á Eguía y se ofrecieron á servir como soldados en defensa de don Carlos; pero Eguía despues de insultarles de la manera mas atroz, les dijo que se volviesen á su depósito, lo cual era ya imposible, pues las tropas cristinas ocupaban todo aquel pais.

Algunos voluntarios de los batallones de Castilla entregados á Espartero, habian conseguido escaparse del campo de los cristinos, y se presentaron en Elizondo al general Eguía, pidiéndole que les incorporase en otro batallon, añadiendo que no habian tenido parte alguna en lo que se habia hecho y que los habian entregado sin su consentimiento. Eguía se puso furioso, los trató de desertores, de malos soldados, y acabó diciéndoles que los mandaria fusilar si volvian á presentarse delante de él.

(21) PAG. 138.

Véase referido el suceso en una carta escrita por el ayudante de campo de aquel general.

«Muy señor mio: en la mañana del 6 de setiembre último, el capitán general don Vicente Gonzalez Moreno, fue asesinado en la villa de Urdax por algunos soldados del 11.º batallon de Navarra, que se hallaban acantonados en dicho punto.

«Hízose correr la voz de que dicho general pasaba á Francia con algunos cajones de dinero, y con este pretexto, algunos sargentos y soldados le sacaron de su alojamiento entre los gritos de *muerá el general Moreno*, y á pocos instantes despues cayó herido por una bala de fusil, y atravesado con

varios bayonetazos. Inútil fue la serenidad con que se presentó á ellos, asegurándoles que no pasaba á Francia y que únicamente iba á conducir á su esposa hasta la frontera; no le escucharon porque su muerte estaba decidida.

«Aquella misma mañana: el general Moreno habia solicitado y obtenido del gobernador don Fermín Iribarren una escolta de un oficial; el comandante Mendoza la negó al principio, aunque se le pedia de parte del gobernador, pero habiéndose presentado el general, le prometió Mendoza que se la daria. Llegada la hora de marchar, dijo el oficial nombrado para mandar la escolta que no podia acompañar al general, porque las órdenes que acababa de recibir de Mendoza, le abligaban á salir para Zugarramundi.

«En tanto que el comisionado de policía de la frontera Eguilaz estendía el pasaporte para las señoras Moreno, llegó otro oficial encargado de escoltarlas, pero en el tiempo que se perdió en estas disputas, y en estas idas y venidas, cometieron los soldados su infame atentado, (2) y despues de ha-

(2) *No entraremos nosotros á examinar, como el autor, quién pudo ser el promovedor de la muerte de Moreno, porque nada nos interesa, y solo diremos que era justo que el asesino de las víctimas de Málaga, de los infelices compañeros del general Torrijos, muriera asesinado, pues al asesinato debió su elevacion. Hay una Providencia que tarde ó temprano descarga su justicia sobre el malvado, y no le deja disfrutar impunemente del precio de sus crímenes.*

berle cometido recorrían todavía las calles, gritando: *mueran los traidores; mueran los edecanes de Moreno; viva Elio; muera Maroto.*

«Si un observador imparcial fija un poco su atención en estos gritos, en las dificultades que de propósito se opusieron á la marcha del general y la retardaron, si reflexiona en el conocido afecto del 11.º Batallón á Maroto y en la circunstancia de hallarse en la frontera y á media legua de Urdax, el consejero y amigo de aquel don José Manuel Arizaga, si á estas circunstancias añade la de haberse cometido el asesinato en presencia del comandante Mendoza, y sobre todo la de que el rumor de la muerte del general Moreno habia circulado por los pueblos inmediatos algunas horas antes de que se cometiese el crimen, no podrá persuadirse de que aquella muerte fue efecto de la casualidad ó de la insubordinacion de los soldados, sino de premeditacion anterior.

Bayona 14 de octubre de 1839.

Antonio Acena.

Ayudante de campo del general Moreno.

FIN.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

E NUEY
BLIOTE